

El escritor



GONZALO CARRETERO



Durante más de una década, el mundo ha acogido con expectación las novelas de Arthur Carraway. Poco se sabe del misterioso escritor: rumores sobre sus problemas con el alcohol, sus traumas de la infancia y sus viajes a tierras lejanas sólo añaden intriga a la icónica figura. Poco después de la publicación de su último libro, su cuerpo es encontrado en la escena de un crimen, inconsciente, tendido sobre el cadáver del anciano señor Emmerton.

¿Cómo ha acabado allí, en el calmado y remoto pueblo de Bedford?, ¿qué relación guardaba con la víctima?, ¿quién mató a Patrick Emmerton?, ¿fue el escritor?, ¿o fue el destino? Estas son las preguntas que el inspector Bigelow tratará de responder a lo largo de una noche interminable, en un interrogatorio que llevará a ambos hombres al límite y que desvelará las entrañas de la enigmática vida y obra de Arthur Carraway.

¿Qué es verdad? ¿Qué es ficción? ¿Acaso hay diferencia?

*“Qué es la verdad sino nuestra
propia versión de la realidad”*

FÉNIX,

“Antes de que amanezca”

El escritor

por Gonzalo Carretero Contreras

Para Des. Por y para ti.

Espero que algún día puedas perdonarme...

Capítulo 1

Un hombre de mediana edad se halla sentado sobre una silla metálica y bajo un elegante y oscuro sombrero. A su alrededor, diez metros cuadrados de pálidos suelos, techo y paredes le privan de cualquier tipo de iluminación natural. Cuatro fluorescentes arañan la oscuridad con incómodos tonos blancos. Sonríe, por algún motivo sonríe, como si fuese plenamente consciente del lugar que ocupa y de lo que está a punto de pasar. Los ojos del hombre miran con semblante despreocupado hacia la mesa plateada que se encuentra delante de él y que ocupa la mayor parte de la estancia. Comienza a tararear una alegre melodía ratificando su falta de preocupación. De pronto la única puerta de la estancia se abre y de ella emerge un hombre elegantemente uniformado. Viste una americana beis, unos pantalones un par de tonos más oscuros y unos buenos zapatos de piel marrones. Carga un maletín a juego con sus pantalones y una tarjeta de identificación colgada al cuello: "Inspector Bigelow". Cierra la puerta y en un par de zancadas se sitúa frente al hombre sentado, al otro lado de la mesa. Su alopecia brilla bajo la luz del techo. Toma asiento, coloca el maletín en su regazo y lo abre con cuidado. Sus movimientos son meticulosos y precisos, como si repitiese un patrón que ya ha llevado a cabo un millón de veces. Saca del maletín una carpeta llena de papeles, una pluma de marfil tallado y una grabadora de voz.

- Buenos días señor Carraway -dice apuntando en su carpeta la fecha y la sesión del interrogatorio.

El hombre alza ligeramente la vista y asiente con la cabeza a modo de contestación.

- Antes de empezar, y antes de que esta conversación sea oficial -

prosigue el inspector-, querría decirle que mi mujer es una gran admiradora suya, ha leído todos y cada uno de sus libros, y se pondría hecha una furia si descubriese que he tenido oportunidad de hablar con usted y no le he expresado su afecto.

El señor Carraway se toma su tiempo para contestar. Durante unos segundos ambos hombres se miran sin siquiera respirar.

- Dígale a su mujer que gracias -contesta por fin-. Dígale que me honra con su admiración y que me sería mucho más fácil disfrutar de sus cumplidos si su marido no me tuviese enjaulado en una sala de interrogatorios -concluye con calma.

Su voz es suave pero contundente.

- Tan solo hago mi trabajo señor Carraway -contesta el inspector perdiendo el tono familiar con el que hasta ahora había abordado al acusado-. Si es usted culpable o inocente se decidirá en un juicio en base a las pruebas encontradas en el lugar de los hechos junto con su testimonio -hace una pausa en la que mira con firmeza al hombre al otro lado de la mesa y después, con la misma calma con la que hubiera empezado la conversación, enciende la grabadora y comienza de nuevo a hablar-. Señor Carraway, ¿entiende usted el motivo por el cual está siendo retenido y va a ser interrogado? -pregunta mirando a sus papeles.

El acusado pone los ojos ligeramente en blanco y se recuesta en su silla con actitud cansada.

- Me hago una ligera idea -contesta con sorna-, lo que no entiendo es cómo la policía puede pensar que un escritor de fama mundial, con más de una decena de obras publicadas, ha podido cometer un crimen tan atroz como del que se le acusa.

- Está usted aquí por haber sido encontrado en la escena de un crimen, señor Carraway, manchado con la sangre de la víctima, ¿no cree que son razones suficientes para ser retenido?

- ¿Cree usted en las coincidencias, inspector Bigelow? -pregunta el

hombre incorporándose y poniendo los codos en la mesa.

- ¿Qué si creo en las coincidencias?

- Sí, en las coincidencias. Toda esta historia no ha sido más que la unión desafortunada de coincidencias, colocadas unas sobre otras como si se tratara de un castillo de naipes. Lo bueno, inspector, es que es fácil derribar un castillo de naipes, y eso es exactamente lo que yo voy a hacer con mi versión de los hechos. Tan pronto como acabe mi declaración descubrirá que no soy yo la persona que ustedes están buscando.

- ¿Insinúa usted que sabe quién es el culpable del asesinato de Patrick Emmerton? –pregunta el inspector con interés.

Carraway esboza media sonrisa, disfruta con la atención que ahora le presta el hombre que está frente a él, y con la atención que sabe que seguramente le estarán prestando los hombres al otro lado del gran espejo situado en la pared de su izquierda. Afirma lentamente con la cabeza.

- Está bien, señor Carraway –dice Bigelow comprobando de nuevo que la grabadora de voz está encendida correctamente-, vaya directo a los hechos ocurridos el veintidós de Febrero a las dos treinta de la madrugada. Trate de proporcionar nombres y horas en su declaración si es capaz de recordarlo.

Carraway se recuesta resoplando en su asiento.

- ¿Qué vaya directamente a los hechos? –dice riéndose ligeramente- Soy escritor señor Bigelow, me gano la vida contando historias, y en casi veinte años de profesión he descubierto que no existen las historias extraordinarias, sino las historias extraordinariamente contadas... ¿en qué me convertiría si fuese “directo a los hechos”?

- ¿Qué quiere decir con eso? –pregunta el inspector con evidente confusión.

- Tendrá mi declaración –contesta Carraway-, pero la tendrá a mi modo.

Hay una pausa en la que Bigelow mira con apariencia perdida hacia el espejo

que está a su derecha, después se pasa la mano por la calva y vuelve a mirar al espejo.

- ¿Quiere especificar a qué se refiere con “una declaración a su modo”?

Carraway sonríe con prepotencia.

- Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que ahora yo soy, ni más ni menos, que como un personaje de un libro, y como tal, merezco que mi historia sea contada con algo de elegancia, y como soy el único en disposición de llevar a cabo semejante tarea, haré yo mismo de mi propio narrador –dice calmadamente.

- ¿Entonces tendremos su declaración? –pregunta el inspector aún confuso.

- La tendrán –contesta Carraway- pero tiempo al tiempo, nunca se ha de correr al contar una historia. Es usted un hombre afortunado señor Bigelow, no todos los días uno tiene la suerte de que el gran Arthur Carraway haga de narrador en directo. Podría mostrar algo de entusiasmo.

Bigelow mira inquisitivamente a los oscuros ojos de Carraway, que le mantiene la mirada. En estos instantes el temperamento del inspector está siendo puesto a prueba, Carraway está haciendo equilibrios sobre una fina cuerda, y es perfectamente consciente de ello. Disfruta teniendo la sensación de tener la situación bajo control, porque necesitan su declaración y sabe que no tienen nada sobre el caso aparte de su presencia en esa sala.

- Hará falta una última cosa antes de empezar, inspector –dice alargando cada sílaba.

- ¿Qué hará falta señor Carraway? –pregunta Bigelow intentando que su tono no suene tan adusto como le gustaría.

Carraway parece mostrarse satisfecho por el estado hasta el que ha llevado al inspector.

- Café, hará falta mucho café...

Capítulo 2

- En un instante mi boca se queda seca, mi mandíbula inferior deja de temblar y queda inerte, tan inerte como el cuerpo que se encuentra tendido a mis pies. Mis papilas gustativas se tiñen con el sabor a sangre. Si mi cerebro estuviese en condiciones de hacer razonamientos lógicos llegaría a la conclusión de que ese sabor que percibe es debido al solapamiento del gusto y el olfato, y que en realidad tan solo estoy oliendo el intenso aroma a hemoglobina, no saboreándolo. Una creciente sábana de sangre carmesí comienza a empapar las suelas de mis zapatos nuevos. Debería moverme pero no lo hago. Mis huesos se hallan pétreos, encasquillados por las articulaciones mientras que mis músculos vibran de terror, deseando dejar desbordar una energía que ahora se encuentra en represión. Un alarido intenta trepar por mi garganta pero queda enmudecido por una inesperada arcada. Lo único capaz de moverse en mi cuerpo es el corazón. Se mueve arriba y abajo, adentro y afuera, con la macabra violencia de un martillo neumático, tratando ansiosamente de abrir un agujero en mi pecho y huir brincando. Mis párpados bajan y suben en un instante, humedecen mis ojos lo suficiente como para que puedan seguir abiertos de par en par, inmóviles, bien fijos y anclados al frente, hacia el rostro sin vida, extremadamente pálido del anciano señor Emmerton. Por fin mi mente cede, y se lleva consigo a mi cuerpo. La presión que se estaba acumulando en mis sienes cesa de pronto, mi vista se nubla y se apaga, mi cuerpo se rinde y finalmente se duerme. Me desvanezco y caigo inconsciente al frío suelo –Carraway hace una pausa para mirar hacia el espejo-. Esa es la escena del crimen señor Bigelow, y el caso es que, a pesar de lo que pudiera parecer cuando me encontraron, yo no soy más que la víctima de una serie de desafortunados sucesos, y que mi presencia allí fue un macabro experimento del azar o del destino. ¿Cree usted en el destino señor Bigelow?, ¿cree que la muerte del señor Emmerton fue obra de alguien

malvado o cree que estaba fijada ya en las páginas de la historia desde mucho antes de que sucediera?, ¿cree que el hecho de que yo estuviese allí fue algo puramente fortuito, o que realmente debía estar allí?, ¿cree que usted y yo nos hallamos en esta desamparada sala bajo propia iniciativa, o que algo por encima nos mira y se ríe de nuestra ridícula sensación de libertad? ¿En qué cree inspector?

El inspector se incorpora en su asiento, da un sorbo de su cortado sin azúcar y para la grabadora de voz. Mira hacia el espejo, se acerca al acusado y comienza a hablarle en bajo.

- Creo señor Carraway, que está jugando con mi paciencia, que su pedantería es tan grande como las palabras que utiliza y que si su declaración tan solo se va a basar en una poética interpretación de lo que según usted ocurrió aquella noche, no quiero seguir escuchándole.

- ¿Poética interpretación? -contesta Carraway tranquilo- la vida es poesía, ¿cómo espera que la interprete? -ríe-. Cálmese señor Bigelow, mi declaración no ha hecho más que empezar, y créame, le daré el nombre que busca. Pero si se lo diese ya, nadie escucharía atento todo lo que tengo que contar...

Bigelow se mueve nervioso en su asiento y finalmente se deja caer sobre el respaldo dándose por vencido. El hombre que tiene delante está jugando con él, y no puede hacer más que esperar para ver en qué acaba todo.

- Continúe -dice con un tono algo cansado.

Carraway sonríe con gravedad.

- Está bien, -comienza- ese es tan solo el final de la historia inspector, una historia que, como el buen vino, ha ido madurando durante mucho tiempo. Ambos sabemos muy bien que mi relato concluye con mi cuerpo tendido inconsciente sobre el charco de sangre de Patrick Emmerton, y cuando algo acaba intuitivamente recuerdas cómo empezó, así que, ¿cómo y cuándo empezó todo, cómo comenzó la cadena de sucesos que me han traído hasta aquí?

Cualquier persona normal contestaría con una fecha y un acontecimiento, pero supongo que no soy una persona normal y no me gustan las cosas fáciles, así que diré que el cuándo es “una tranquila tarde de Agosto” y el cómo es... el cómo es “con una canción”. –Bigelow le mira ahora con una cansada atención- Agosto del sesenta y tres, y “The end of the world” de Skeeter Davis, así empezó todo... En una austera fiesta en el jardín trasero de la señora Harlton, una tibia noche de verano y con esa música de fondo fue como se conocieron mis padres...

Bigelow resopla sonoramente.

- Señor Carraway -exclama sin poder evitar subir el tono-. ¿No empezará ahora a hablar de sus padres verdad?

- Inspector, inspector... ¿Acaso no lo entiende? Si la señora Harlton no hubiera tenido una urgente e inesperada reunión de negocios en Mitchigan aquel día, su hija, Clarisse Harlton, de dieciséis años, que recientemente había conocido a mi madre en su trabajo de media jornada como camarera, no hubiera podido organizar la fiesta en la que mis padres se conocieron. Si mi padre no hubiera decidido abandonar su plan previo de ir al cine con Laura Rostentose o si no hubiese sonado esa canción mientras bailaban, o si, ¡Dios no lo quiera!, hubiese llovido aquel día en lugar de hacer buen tiempo, mis padres no se hubieran enamorado y yo no habría nacido, ergo probablemente Patrick Emmerton seguiría con vida y usted y yo no estaríamos aquí sentados. ¿Entiende ahora que mi narración se extienda hasta incluso antes de mi nacimiento, señor Bigelow?

- Espere, espere, ¿está afirmando que si usted no hubiese estado en Plank Street la noche del veintidós de Febrero, el señor Emmerton seguiría con vida?, ¿es eso una confesión? -pregunta con interés apuntando algo en sus hojas.

- En efecto inspector -contesta Carraway con su usual calma- es una confesión... Confieso que soy inocente de la muerte de Patrick Emmerton, pero que mi presencia allí aquella noche quizás supusiese su final, eso no es un delito señor Bigelow, tan solo es una desafortunada coincidencia.

Bigelow escucha ahora atentamente y escribe con su pluma de marfil a

velocidades vertiginosas.

- Explique eso mejor señor Carraway.

- Tenga paciencia inspector, llegaremos a ese punto, pero a su debido tiempo...

- Está bien -dice Bigelow suspirando y masajeándose con fuerza las cejas-. Continúe.

- Lo que usted mande -dice Carraway-. Continuaré -carraspea antes de volver a hablar-. Mis padres se casaron en Junio del sesenta y seis y nueve meses después, día arriba día abajo, mis ojos vieron por primera vez la luz de este mundo. Mi madre siempre decía que yo estaba dentro de ella desde mucho antes de que naciese, desde mucho antes de quedarse embarazada, que me había llevado dentro desde la primera vez que sintió instinto maternal. Y era cierto, yo era el bebé que desde hacía años había deseado: varón, con mis dos manitas, mis dos piernecitas y mis dos ojos pardos, como directamente salido de sus sueños... Ella era una mujer sencilla, de gustos sencillos, amante del arte y de la buena literatura. Eso fue precisamente lo que acabó con su vida... - Bigelow alza la vista con esas palabras-. En la cálida primavera del setenta y siete Amelia Carraway, mi madre, se quedó dormida en la vieja mecedora del salón. La ceniza de su cigarro prendió el ejemplar de "El rey Lear" que tenía en el regazo. Las llamas devoraron hasta los cimientos la pequeña casa que teníamos a las afueras de Maine mientras mi padre trabajaba y yo estaba en la escuela. Recuerdo aquellas lenguas de fuego, aquella creciente columna de espeso humo oscuro, y el aún más oscuro semblante de mi padre. A pesar de tener unos tiernos diez años, mi madurez dio un necesario y precoz brinco hacia la adolescencia. Aquel día, al ver cómo mi padre contemplaba con los ojos desnudos y gélidos cómo todo cuanto teníamos ardía junto con su amada, comprendí que jamás volvería a verle sonreír, comprendí que aquel semblante distante le acompañaría todos los días del resto de su vida. ¿Y sabe qué señor Bigelow? Sería tan solo un niño, pero no me equivoqué...

«Con su precario sueldo por su empleo en la construcción, mi padre pagó un entierro sencillo para los restos carbonizados de mi madre. Todos los conocidos fueron al funeral, aunque ninguno habló por ella, supongo que nadie está preparado para hablar en momentos así. A pesar de estar casi seguro de

que no iba a llorar durante el acto, la acumulación de fuertes sentimientos, más la emoción del momento y del lugar, más esa extraña sensación de vacío que proporcionan los días lluviosos como aquel hicieron que me sumiera en un frágil estado. Finalmente me rompí al ver la lápida de granito que custodiaría por siempre a mi madre difunta. Mi padre puso su mano en mi hombro sin bajar la vista siquiera para mirarme, aquella mano desprendía vida alguna, sentía como si sobre mí se hubiese apoyado la extremidad de un maniquí, no de un ser humano. Y es que todo aquello fue demasiado para mi pobre padre, algo dentro de él murió aquel día, algo que solo descubres que posees cuando lo pierdes: las ganas de vivir. Conocidos y amigos debieron llegar a las mismas conclusiones que yo al ver su actitud apagada y lejana y le dijeron un millar de piadosos consejos cortados por el mismo patrón: "lo que ha ocurrido es horrible, pero la vida sigue", "debes seguir luchando, debes seguir luchando por Arthur", "abandonad este lugar, abandonad Maine, tratad de empezar de nuevo...". Mi padre contestó a todos aquellos consejos de la misma forma: mudamente, con un leve movimiento de cabeza como máximo. Pero en realidad, todas esas palabras cruzaron su duro cráneo y, de algún modo, empaparon su cerebro con las ideas que contenían. En menos de una semana mi padre y yo, montados en la destartada camioneta Ford del 68, estábamos en la carretera rumbo a lo desconocido, huyendo de un dolor que siempre ensombrecería nuestro pasado. Lo único que quedó de nuestra anterior vida fueron los libros de mi madre, todos menos "El rey Lear". Ella los guardaba en una pequeña caseta en la parte trasera del jardín, una caseta que ella misma llamaba: "La biblioteca de Alejandría". Si hubiese decidido guardarlos en casa todos ellos se hubieran convertido en cenizas en el incendio, y si mi padre no hubiera decidido cargarlos en la parte trasera de la camioneta, yo no hubiera podido leerlos y enamorarme de ellos y de la buena literatura. En ambos casos yo no me encontraría aquí hablando con usted ahora mismo, inspector Bigelow... -hay un largo silencio en el que el inspector mira a Carraway sin decir una palabra, consciente de que se le está revelando el pasado de uno de los hombres más misteriosos de Norte América-. Bedford, ese fue el pueblo que elegimos como nuevo hogar, en el condado de Middlesex, Massachusetts -prosigue Carraway-. Quizás porque nos gustaron sus zonas boscosas y su aparente tranquilidad, o quizás porque ya estábamos cansados de buscar. Llevábamos tres días viajando sin pausa, durmiendo en el coche, y la espalda de mi padre comenzaba a quejarse de nuestro insano ritmo de vida. Así que cuando llegamos a Bedford y me preguntó si me gustaba

aquello, no dudé en asentir con la cabeza, por él y por mí. Nos acabamos hospedando en un barato, sencillo y algo sucio motel cerca de la carretera principal. Las luces de los coches llenaban el techo de nuestra austera habitación con siniestras sombras durante la noche y el ruido era casi insoportable durante el día, pero ambos sabíamos que aquello tan solo era algo temporal, así que aguantamos las inclemencias de ese hogar improvisado hasta que mi padre encontró trabajo en una fábrica cercana. Durante cuatro semanas hizo extenuantes turnos dobles mientras yo me quedaba en la habitación con una lata de conservas para comer. Cuando volvía tenía el cansancio esculpido en el rostro y las manos negras como la brea, se echaba algo sencillo al estómago e inmediatamente se metía en la cama hasta la mañana siguiente. Me dolía verlo en ese estado, me dolía pensar que una vez fue feliz, mientras que ahora se limitaba a levantarse cada día como un autómatas para luchar por proporcionarme una vida mejor, sin duda sus esfuerzos no serían en vano... –Carraway hace una momentánea pausa-. Yo, por mi parte, con el único objetivo de buscar consuelo, o mejor dicho, distracción para el centenar de solitarias horas muertas que tenía delante de mí, y para alejar dolorosos pensamientos de mi cabeza, decidí empezar a leerme los libros de mi madre. Había aprendido a leer en el colegio, aunque nunca lo había hecho por voluntad propia. En unos cuantos días de lectura intensiva descubrí ser adicto. En cuanto quise darme cuenta, la literatura ya me había atrapado. Con cada nuevo libro, personaje, cada nuevo marco temporal, cada nuevo lugar... mi mente huía de aquel sucio motel de Bedford, huía de esa vida que me había tocado vivir y volaba libre a través de aquellas apasionantes historias. Leía a todas horas, leía durante el desayuno, leía durante la comida, leía durante la cena, y por la noche me metía debajo de las sábanas de mi sofá-cama y seguía leyendo bajo la tenue luz de una linterna. El verso y la prosa comenzaron a inundar la sangre que corría por mis venas y pronto alcanzaron mi corazón. La lectura me hizo ver el mundo de un modo distinto. A pesar de que la realidad siguiese siendo la misma, a través de mis ojos todo parecía haber cambiado. Mi padre era ahora un personaje plano y vacío, cuyo aparente desprecio por la vida sería fácilmente explicado con el empleo de un flashback, mi madre era un personaje romántico, amante de la vida, únicamente anclada a su familia y a su corazón, y que al igual que el prototipo de personaje romántico, había fallecido de forma precoz. Todo a mi alrededor parecía formar ahora parte de un libro, y aquella nueva visión del mundo hizo de mis días algo mucho más soportable. Veía mi vida como una

historia que estaba siendo escrita en directo y, siguiendo esa visión, pensé por primera vez que quizás existía un escritor por encima de mí escrutando cada minúsculo detalle de mi existencia, llegué a pensar que yo actuaba conforme sus dedos se movían por las teclas de su máquina de escribir, conforme la tinta se impregnaba en el papel. Aquellas reflexiones lo cambiaban todo, ahora yo no estaba en el extremo más alejado del mundo, sino que estaba situado en su centro, yo era el protagonista de una gran historia que, a mis ojos, no había hecho más que empezar. Tan solo quedaba un cabo suelto, y era el decidir qué tipo de personaje quería ser, y qué tipo de historia sobre mí quería que fuese contada -Carraway detiene su relato al ver el semblante distante de Bigelow-. ¿Le estoy aburriendo inspector?

Bigelow alza la cabeza como despertándose de un sueño y le mira.

- No es eso señor Carraway -dice regresando al tono familiar del principio-, tan solo estaba pensando que esa forma de ver el mundo es realmente extraña para tratarse de un niño de solo diez años.

Carraway se ríe por dentro, comprende que finalmente se ha acabado ganando al inspector a través de su relato. Ahora parece tener su interés, su atención y su respeto.

- Por supuesto que era una visión extraña inspector, ¿qué niño de diez años alegre y risueño hace unas reflexiones como esas?, ¡pues ninguno!, para llegar a esas conclusiones hay que estar pasándolo muy mal. Y, aunque viéndolo en perspectiva parezca una locura, aquella forma de verlo todo me salvó de acabar padeciendo un trauma o una depresión durante aquellos días extraños. Desde entonces recorro a esa explicación de la realidad cuando me veo superado por ella. Pienso de nuevo que un escritor, por encima de nosotros, narra nuestras historias como yo le narro ahora la mía. Si tu vida es un libro, tan solo es cuestión de unas cuantas páginas el superar los momentos malos, ¿no?, esa es la idea. El hecho de que esté ahora aquí, sentado frente a usted, hace que esa peculiar visión de la realidad vuelva a apoderarse de mi razón. Vuelvo a pensar de ese modo señor Bigelow, las circunstancias han hecho que vuelva a hacerlo. ¿Y si alguien está escribiendo esto ahora mismo, y si somos fruto de la imaginación de alguien, y si nuestros actos y nuestras palabras no son más que tinta sobre el papel?

- ¿No irá a excusar sus actos diciendo que alguien por encima le obligó a hacerlo, no señor Carraway? –pregunta Bigelow riéndose-. Porque sería de las excusas más pobres que he oído en casi treinta años de profesión.

- ¡No tengo nada que excusar! –exclama Carraway subiendo el tono por encima de la calma que ha mantenido hasta ahora-. Ya le he dicho que no soy el hombre que buscan.

Bigelow compone una mueca de extrañeza ante la inesperada explosión.

- Eso ya lo veremos... -dice lentamente-. Puede proseguir con su declaración señor Carraway.

Carraway se toma unos segundos para relajarse. Se acerca a la mesa, sorbe su café solo y vuelve a recostarse. Suspira y continúa hablando.

- Tras esas cuatro semanas de duro trabajo por parte de mi padre, tuvimos dinero suficiente para alquilar una casa al norte de Bedford, lo más alejada de la carretera que pudimos encontrar. Parecía que las cosas por fin comenzarían a mejorar y, en efecto, eso hicieron. Mi padre pudo volver a los turnos normales y descansar así un poco. Su semblante cambió ligeramente. Ahora, a pesar de seguir teñido por matices de una honda tristeza, también desprendía algo de vida, y eso se agradecía. Durante aquel periodo de relativa estabilidad, mi padre tenía tiempo y dinero para poder dedicarse a más cosas a parte del trabajo, y gracias a eso pude volver a la escuela. La primera vez que mi padre me llevó al colegio en la Ford del 68 aquella mañana de Marzo, no dejó de repetirme lo mucho que le había costado que me admitiesen a mediados del curso escolar y lo mucho que había tenido que hablar con la directora explicándole "nuestra situación". Recuerdo que algo en mi interior oprimía un poco más mi pecho cada vez que escuchaba esas dos palabras. "Nuestra situación, nuestra situación...", llegó un punto en el que no oía nada más. ¿Cómo con tan poco se podía expresar tanto?, ¿se podía resumir todo nuestro dolor en tan reducido espacio? Aquello sumado a los nervios propios del primer día de escuela para un niño tímido como yo, hizo que mi padre se percatase de que algo iba mal. Seguramente vio a través del retrovisor un horror que no fui capaz de disimular en mis ojos. Puso el intermitente derecho, se retiró al arcén y detuvo el coche. Se giró, me miró fijamente, y con semblante serio me dijo aquellas palabras. "Esta es tu vuelta a empezar Arthur,

tu forma de poner el contador a cero", dijo, "sé que tienes miedo, pero al menos tienes esa posibilidad, yo no puedo, ya no puedo. Así que hijo, empieza de nuevo, hazlo por los dos...". Se dio la vuelta, volvió a poner el coche en marcha y me llevó a la escuela. Aquellas palabras produjeron en mí más confusión que comprensión. De hecho tardé años en entenderlas del todo. Lo único que tenía claro era que mi padre deseaba que las cosas me fuesen bien aquel día, deseaba que la escuela me hiciese olvidar, me hiciese volver a empezar, ¿y sabe qué tal fue aquel primer día, inspector?

Bigelow se encoje de hombros.

- Supongo que bien -contesta algo indiferente-, los niños suelen tener facilidad para hacer amigos.

- ¡Bingo! -exclama Carraway entusiasmado-. ¡Amigos!, aquello fue lo que ocurrió. Ni en mis mejores sueños hubiera podido imaginar un primer día tan redondo. El hecho de que leyese tan bien sorprendió gratamente a la profesora, lo que me proporcionó algo de confianza. Confianza que más tarde usé en el patio para acercarme a un grupo de dos niños y una niña y comenzar a hablar. "Hola, me llamo Arthur", dije tímidamente, "soy nuevo...", y no me dejaron continuar hablando, con una enorme sonrisa los dos niños y la niña me saludaron y me invitaron a jugar con ellos a la rayuela. ¡Increíble!, cómo son los niños verdad inspector... sin prejuicios, sin maldad... Lo que ellos no sabían era que yo era un experto en el complejo arte de la rayuela, y con ojos sorprendidos me vieron danzar sobre las líneas pintadas en el suelo con tiza como si fuera una bailarina profesional. Al finalizar el recreo, admitieron que era un excelente jugador y yo les confesé que era mi juego favorito y que en mi anterior colegio era el campeón invicto. Sin dejar de sonreír me dijeron sus nombres y me invitaron a unirme a ellos al día siguiente en la misma zona del patio. Sin dudar lo acepté y mientras volvía a clase una radiante sonrisa, de lo que creo que era felicidad, se dibujó en mi cara. Fue maravilloso... El divertido Jade Clark, Edgar Rodriguez, "el del acento raro", y la dulce y cariñosa Emilie Dickinson. Nunca he tenido unos amigos mejores que ellos, y dudo que alguna vez los tenga, la verdad. Combinábamos a la perfección, terminábamos las frases del otro, reíamos juntos, jugábamos juntos... ¿Alguna vez ha tenido unos amigos así, inspector? -Bigelow le mira sin contestar. Carraway espera unos segundos de cortesía-. Lo tomaré como un no... -

continúa-. Bueno, cuando aquel día volví a casa estaba frenético, hablaba sin pausa ni control. Mi padre me tuvo que dar una tila para que las palabras fluyesen por mi garganta a un ritmo entendible. Le conté lo mucho que se había sorprendido con mi nivel de lectura la profesora Murphy, le conté lo geniales que eran Jade, Edgar y Emilie y le dije que habíamos quedado en vernos durante el recreo siguiente. Mi padre, aparte de ligera sorpresa por lo bien que había ido todo, mostró lo que sin duda era orgullo hacia su hijo. Estaba haciendo lo que me había pedido, estaba empezando de cero, y lo estaba haciendo por los dos.

«Durante semanas las cosas mejoraron y mejoraron. Mis tres nuevos amigos me hicieron olvidar la extraña y pesimista visión del mundo que antes hubiera ocupado mi cabeza. A pesar de que no estuviéramos juntos en la misma clase, quedábamos antes de entrar y luego nos veíamos durante todo el tiempo de recreo. Jugábamos a la peonza, a las canicas, a la comba... hablábamos de las clases, de los otros niños que jugaban en el patio y de qué queríamos ser de mayores. Edgar y Jade querían ser astronautas y Emilie quería ser mamá. Yo no sabía bien qué quería hacer así que les copié la profesión a Edgar y a Jade, por decir algo. Todos los días salía del colegio con una vitalidad desbordante y en el coche le contaba a mi padre a un ritmo frenético todo lo que había hecho en el día. Él me tranquilizaba y después me decía: "Me alegro mucho de que tengas buenos amigos Arthur, me gustaría conocerlos, algún día podrían venir a cenar", a lo que yo le contestaba que los padres de Edgar eran bastante estrictos pero que cuando a él le dejaran les traería a todos. Y así lo hice. Un martes despejado y templado a finales de Abril, un mes y medio después de mi llegada a la escuela, por fin los tres pudieron venir a cenar a casa. Me pasé la tarde limpiando mi habitación y cambiando cosas de sitio sin llegar a decidirme por cuál era la mejor disposición. Me sentía emocionado y nervioso, me apetecía que viniesen a mi casa, que conociesen a mi padre, que visen todas mis cosas y que juntos nos riésemos fuera del colegio tanto como lo hacíamos dentro. Mi padre por su parte se sentía algo confuso. La noticia de que venían mis famosos amigos le llegó con tan solo unas horas de antelación. "¿Pero a qué hora vienen?", pregunto, "a las siete y media", respondí, "¿y cómo vienen?", "creo que les trae el padre de Jade en su furgoneta", "¿y qué preparo de cena?", "no sé, haz espaguetis", "¿y...y...y...?". Me abordó con una pila de preguntas a las que yo respondí lo más lacónico posible. Cuando todo quedó más o menos claro, mi

padre se puso a limpiar y a recoger un poco el salón y la pequeña cocina. Mi nerviosismo y excitación fueron en aumento con el paso de las horas, hasta que, a las siete y media exactas, tres tímidos golpes sonaron en la puerta principal. Mi padre no los oyó porque estaba en la cocina preparando su famosa salsa boloñesa. Me levanté del sillón exaltado, coloqué bien el cuello y los bajos de mi camisa y fui a abrir. Y allí estaban ellos, sonrientes, vestidos con prendas relativamente elegantes. Edgar llevaba unos tejanos y una camisa blanca que contrastaba con su oscuro pelo rizado, Jade, en el centro, lucía un pantalón beis y un polo verde claro que le estaba un poco grande, y Emilie desprendía calidez con aquel delicado vestidito de gasa color malva que le quedaba tan bien. Les saludé efusivamente y les invité a entrar en casa con un movimiento de brazo propio del mejor anfitrión del mundo. Reímos, aquella situación nos producía una irracional y constante risa. "Tenéis que ver mi habitación", dije contento, "y tenéis que ver el jardín de atrás, podemos jugar ahí después de la cena si aún hay luz, y..y tenéis que ver mi colección de libros", la emoción hacía que las palabras salieran de mí a borbotones, "¡Y mi padre, tenéis que conocer a mi padre!". Sin esperar una respuesta les empujé hacia la cocina, de la que salía un agradable olor. Abrí la puerta con energía, mi padre estaba de espaldas, inclinado sobre la encimera. "¡Papá, papá!, dije casi gritando, "ya están aquí". Mi padre se dio la vuelta algo sorprendido y me miró. "Está es Emilie" dije señalándola. Emilie dio un paso adelante y alargó su delicada y blanca mano con timidez. "Hola señor Carraway", dijo suavemente, sin atreverse a alzar la vista. Mi padre la miró con los ojos muy abiertos, después me miró a mí con expresión interrogativa y volvió a mirarla. La sorpresa en sus castaños ojos mutó en terror, miraba a Emilie como si estuviese viendo un fantasma, con los ojos ribeteados en rojo y el semblante pálido y acartonado. Era evidente que algo pasaba, algo iba mal. ¿Sabe qué ocurría, inspector?, ¿sabe qué era lo que mi padre había visto?

Bigelow niega con la cabeza.

- Sorpréndame -dice sin mucho interés.

- Nada -contesta súbitamente Carraway-. Mi padre no vio nada. Allí no había nada, señor Bigelow. Jade, Edgar, Emilie... ninguno de ellos existía realmente, eran fruto de mi imaginación. Y eso fue lo que comprendió mi padre al ver el espacio vacío hacia el que señalaba mi dedo -se hace el

silencio. Uno de esos incómodos silencios que transcurren a la mitad de la velocidad normal. Bigelow parece impactado-. Los mejores amigos que jamás tendré, inspector, solo existían en mi cabeza. ¿Comprende lo que es vivir con eso? Lo peor era que yo aún no sabía qué ocurría, no sabía a qué venía la mirada inerte de mi padre. Se había quedado quieto, mirándome desde arriba como una estatua sobre su pedestal. Le pregunté qué le ocurría, que por qué no saludaba, pero dudo que me oyera... Empecé a excusarme de su parte a Edgar, Jade y Emilie mientras él permanecía inmóvil, mirando horrorizado como su hijo hablaba solo en medio de la estancia. De pronto comenzó a moverse nerviosa y torpemente de un lado al otro de la sala, como si no lograra enlazar dos movimientos seguidos correctamente. Me miraba, resoplaba, y me volvía a mirar. Se acercó al teléfono fijo, y marcó un número con velocidad. "Venga, venga, venga", susurraba nervioso. Pero nadie contestó. Colgó con violencia, se acercó a la mesa y se sentó. Puso la cara entre las manos y dejó de moverse. "No está pasando, no debería estar pasando", decía casi inaudiblemente. Pero estaba ocurriendo, por desgracia era cierto, y para mí aquellos tres niños eran tan reales, que incluso me preocupó la mala impresión que pudiesen estar llevándose de mi padre al verlo actuar de forma tan incoherente. "Ya cenaremos luego", les dije intentado restar importancia a lo que estaba sucediendo, "Mejor vamos a mi habitación a jugar un rato. Papá, luego bajamos". Y abandoné la cocina seguido de mis tres mejores amigos, confuso por la actitud de mi padre, pero convencido de que aún podía arreglar la velada. ¿Verdad que el cerebro humano es fascinante?, trató de protegerme de la ingrata realidad haciéndome creer que no estaba solo. Y

«Durante más de tres meses seguí viendo a Edgar a Jade y Emilie con la nitidez con la que ahora le veo a usted inspector Bigelow. El psicólogo infantil que, con más de la mitad de su sueldo contrató mi padre, el doctor Hamilton, trató de hacerme entender que aquellos tres niños no eran más que el producto de mi imaginación, y que mediante ellos trataba de superar la dura situación en la que me encontraba tras la muerte de mi madre. Pero yo no entendía sus palabras, porque seguía viéndolos, seguían allí, sonrientes, casi tangibles delante de mí, seguía jugando con ellos en todos los recreos, y seguía viéndolos antes de entrar en clase. Tras un mes de tratamiento y mucha investigación, el doctor Hamilton concluyó que Jade Clark era una asociación instintiva de mi cerebro entre Jade Miller, el viejo amigo de la familia Carraway, y William Clark, mi gracioso compañero de clase en segundo.

Edgar Rodríguez curiosamente se llamaba igual que el jardinero de mi anterior escuela. Y por último, Emilie Dickinson, que era la unión entre el apellido de soltera de mi madre “Dickinson”, y “Emilie”, el nombre que le puse a una gata que me compraron mis padres y que en menos de una semana se escapó de casa para no volver a aparecer jamás. Nada de lo que el doctor Hamilton me dijera surtía ningún efecto, hasta que un día me propuso escribir una descripción detallada de cada uno de mis tres mejores amigos. Si no me hubiera propuesto eso yo no estaría aquí inspector, yo no sería quien soy ahora. En cuanto el lápiz empezó a surcar el fino papel, fue como si me liberara, cada palabra surgía de forma espontánea en mi cabeza justo después de la anterior, como si siempre hubiera estado ahí, esperando para salir. Escribí durante más de dos horas, aunque a mí me parecieron apenas segundos. Cuando hube terminado me di cuenta de dos cosas, a cuál más importante. La primera era que casi todos los detalles que podía proporcionar sobre mis amigos eran incoherentes y estaban mal ligados, era evidente que algo no cuadraba, y eso me desconcertaba poderosamente. Y la segunda consistía en un deseo que comenzaba a brotar dentro de mí: “quería seguir escribiendo”. Durante esas dos horas me había olvidado de todo, tan solo me había centrado en expulsar de mi cabeza información en forma de palabras. Mientras el lápiz rellenaba hojas y hojas, me había sentido fuera de mí, ajeno, libre... El doctor Hamilton se mostró sorprendido al ver la extensión de mis descripciones y también se mostró sorprendido por la facilidad que había mostrado para expresarme a través de la escritura, la complejidad de las estructuras sintácticas y el vocabulario que había empleado. Todo sin duda me lo había proporcionado la lectura. También se fijó en las incoherencias de mis personajes y durante el siguiente mes entero las estuvo resaltando y las usó para hacerme ver que Edgar, Jade y Emilie no existían realmente. A pesar de mi reticencia previa, no pude negarme a las evidencias, así que durante el tercer mes de tratamiento les vi cada vez con menor frecuencia hasta que un día desaparecieron por fin. No he vuelto a verles desde entonces, aún recuerdo sus rostros inspector Bigelow, los recuerdo a la perfección...

Carraway baja la cabeza y detiene su relato.

A pesar de lo trágico del pasado del hombre que tiene delante, Bigelow no se puede dejar influenciar por sus sentimientos. Tiene trabajo que hacer, debe encontrar al asesino de Patrick Emmerton lo antes posible, y Carraway,

lejos de estar ayudándole, le está haciendo perder el tiempo.

- Señor Carraway –dice con un tono impaciente-, entiendo lo triste que es su historia personal, pero le agradecería... todo el departamento le agradecería, que nos diese el nombre del asesino lo antes posible. Si queremos atrapar al culpable necesitamos su ayuda señor Carraway.

- Aunque en mi narración yo aún no haya cumplido los once años, – responde Carraway alzando la vista y mirando con misterio a Bigelow- estoy muy cerca de conocer al asesino por primera vez... -esboza media sonrisa-. ¿Quiere que continúe inspector?

Capítulo 3

- Un solitario poeta dijo una vez: “la soledad es muy hermosa... cuando tienes alguien a quién decírselo”. Pues bien, inspector Bigelow, mi soledad fue de todo menos hermosa. Durante los siguientes cuatro años no tuve a nadie, absolutamente a nadie en quién poder apoyarme. Mis tres mejores amigos habían huido de mi vida como huye el calor cuando se acerca el invierno. Los demás niños de la escuela me miraban, me señalaban y se reían de mí. Yo era el raro, el del psicólogo, el de los amigos inventados, el que jamás tendría una mísera posibilidad de caer bien entre esos muros. Y mi padre... mi padre había perdido toda la inercia que le había proporcionado el escapar de Maine para tratar de olvidar, desde que descubrió que las cosas no me iban tan bien como él había pensado fue como si se rindiese a un total hieratismo del que nunca escaparía. El pasado le alcanzó, y le arrebató con violencia las pocas ganas de vivir que aún le quedaban. Se pasaba las tardes sentado en el sofá de la sala de estar, sujetando en una mano las tres únicas fotos que quedaban de su mujer, que siempre llevaba en la cartera y que por tanto no habían ardido junto con la casa, y aguantando en la otra mano una copa eternamente llena de un rancio whisky sin hielo. “Nadie puede huir de su propia sombra”, susurraba en bajo mientras contemplaba las fotos, “nadie puede...”. Durante aquellos cuatro años nuestros papeles se intercambiaron, yo me convertí en el padre, y él en el hijo necesitado de atención. Le preparaba la cena la mayoría de las veces, le quitaba las botas y le metía en la cama, le trataba de esconder el alcohol para que saliera al menos durante un rato de su permanente y estado de embriaguez. A pesar de saber que lo que mi padre más deseaba en el mundo era que yo empezase de cero, que le olvidase y saliera de allí para vivir mi propia vida, yo no podía, sencillamente no podía. Estaba atrapado entre la espada y la pared, no podía dejarlo así, en ese estado, así que me veía obligado a vivir en la precariedad que proporciona el constante luto al

pasado, el alcohol, las burlas y la absoluta soledad. Mi único refugio, el único lugar en el que podía ser yo mismo, mantener mi joven cordura dentro de mí y quizás incluso sonreír un poco, era dentro de los libros. Aquellos libros me salvaron, la literatura me salvó. Me leí todos y cada uno de los ejemplares de mi madre, y después comencé a ir a la biblioteca en busca de más historias que llenaran mi cerebro de esperanza y emoción, de nobles personajes, de bellos lugares, de hermosas damas y finales felices. Durante esos cuatro años me refugié cada vez más profundamente en mi interior, lejos del mundo, lejos del dolor. Me pasaba los recreos leyendo, las tardes leyendo, las noches leyendo. Devoré casi un centenar de libros durante aquel periodo, y de nuevo volví a ver la vida como si se tratara de un trágico relato narrado en directo por un infame escritor. Y ese escritor era sin duda alguien carente de piedad, inspector Bigelow... –Carraway se detiene, se acerca a la mesa y da un contundente sorbo a su taza de café, la deja con cuidado y se recuesta de nuevo-. Del mismo modo que un globo estalla si lo llenas con demasiado aire, mi vida, tal y como la conocía, estalló al hincharse con tanta desgracia. Ocurrió en invierno, un par de semanas después de mi decimoquinto cumpleaños. Estaba en clase cuando recibí la noticia. Una mujer vestida con un elegante traje de color crema entró por la puerta de mi aula llamando tres veces antes de hacerlo. “Arthur Carraway”, dijo mirando hacia todos los alumnos, “¿quién es Arthur Carraway?”, preguntó. Tímidamente levanté la mano. A partir de ahí las cosas mutaron en tragedia. Me sacó de clase y me llevó a una habitación con cómodos sillones en la que nunca antes había estado, me dijo que tomara asiento, me dio un vaso de agua y se acercó mucho a mí para hablar. No recuerdo exactamente sus palabras, solo sé que estaban medidas a la perfección, y que las pronunciaba como si ya lo hubiera hecho más de un centenar de veces con anterioridad. El problema no era lo que decía, sino cómo lo decía, su diplomacia era tan impersonal como repugnante, parecía como si no hablase conmigo, como si estuviese ensayando un discurso delante del espejo, y mi extrañeza se transformó en oscuridad cuando por fin dijo lo que tanto había tardado en introducir con palabras vacías: “Tu padre ha tenido un accidente en la fábrica esta mañana Arthur, ha fallecido en el acto.” Aquello fue lo primero y lo último que escuché de sus labios, todo lo que me dijo después carecía ya de importancia. Mi padre había muerto, y por muchas palabras esperanzadoras que pudiese decirme aquella mujer con su voz sin sentimiento, muerto seguiría... Con el tiempo supe que mi padre había ido ebrio al trabajo en la fábrica de piezas de coches “Frank & Sons”, como tantas

otras veces, pero con devastadores resultados. Se quedó dormido en su turno y cayó en donde no tenía que caer. No pude ver su cuerpo, no quisieron decirme porqué pero me imaginaba el motivo. La absoluta confusión que empañó a los tres siguientes días fue tan intensa que nubla mis recuerdos, solo sé que cuando por fin desperté del profundo letargo al que me había sometido mi mente con el objetivo de protegerme, mi padre estaba enterrado en el cementerio "Bless Olive" y yo estaba tendido sobre la cama en una de las habitaciones del orfanato "McHarmony" –Carraway mira hacia arriba-. El primer recuerdo consciente que tengo de aquel lugar es el techo de mi habitación, pintado de ese relajante gris pálido que adormecía mis sentidos mientras mi interior sollozaba, ese gris que se volvía blanco con la luz del día y negro con las sombras de la noche. Miré a aquel techo durante incontables horas, a la deriva por el bravo oleaje que eran mis pensamientos, perdido dentro de mí... Hasta que por fin me encontré. A la segunda semana de haber entrado, durante la que tan solo me había limitado a moverme cabizbajo, como un penitente, de mi habitación a la cantina y de la cantina a mi habitación, sin alcanzar a ver más allá que mis propios pies, mi cabeza hizo el razonamiento que necesitaba para poder volver de nuevo al partido, para despertar del trance en el que me hallaba inmerso. Concluí que el escritor que, por encima de mí, narraba cada suceso de mi existencia, se había cansado de verme atrapado en una vida rutinaria y sin emoción, y con tan solo un par de frases tecleadas en el papel había eliminado esas trabas que me impedían ser libre, y me había lanzado de nuevo al mundo para que me valiera por mí mismo. De ese modo, con semejante sencillez, desaparecieron de mi vida mi padre y mi escuela. Y, a pesar de que sintiese una profunda pena por la pérdida de mi padre, también sabía que ahora yo tenía, por segunda vez en menos de cinco años, la posibilidad de volver a empezar, exactamente lo que mi padre deseaba.

«La otra forma de ver mi situación era pensar que la fortuna no se reparte igual para todos, y que por algún motivo, yo no había recibido ni un mísero ápice de ésta, y aunque mi inteligencia de quinceañero me gritase que esa era la forma sensata de verlo, yo prefería vivir en el engaño y seguir convencido de la existencia de un macabro escritor que guiaba mi destino hacia un incierto final. Supongo que la elegí por ser la opción más poética –dice Carraway riendo-. Por eso y por la tremenda curiosidad que tenía de saber qué final tenía preparado para mí ese escritor. Bueno, de hecho aún sigo esperando listo para sorprenderme con cada nuevo giro que realiza en mi vida. Todo este

asunto de la muerte de Patrick Emmerton es, la verdad, una de las situaciones más curiosas en las que me ha involucrado con su despiadada imaginación, y ahora tengo ganas de saber en qué acontecimientos desemboca. ¿Usted no inspector? –pregunta Carraway cogiendo su taza de café.

Bigelow se inclina sobre la mesa y apoya sus antebrazos para estar más cerca de Carraway. Ahora no le cabe la menor duda de que el hombre que tiene delante está haciendo todo lo posible por hacerle perder los nervios con su historia. Sus palabras distan mucho de lo que realmente quiere escuchar.

- Señor Carraway –dice con un falso tono de tranquilidad-, le advierto que mi paciencia tiene un límite, y si no empieza a ir al grano me veré obligado a suspender el interrogatorio y a dejarle toda la noche en el calabozo.

- Vale, vale, vale –contesta Carraway-, no hace falta que se ponga así inspector, ¿no me irá a decir que no está disfrutando con mi relato verdad? –pregunta con sorna-. Pero tiene razón, creo que es hora de que empiece a hablarle del asesino de Patrick Emmerton, de lo contrario podría meterme en líos... –fuerza el tono e imita la voz de Bigelow-. El asesino, el asesino... veamos, ¿por dónde empiezo? –da un largo sorbo a su café y lo vuelve a dejar en la mesa-. Conocí al asesino en mi tercera semana en el orfanato. Yo me había propuesto salir de mi crisálida de timidez y tratar de socializar y entablar relaciones reales. Con ese propósito en mente me había pasado toda la semana intentando hablar con los demás niños del orfanato con aceptables resultados. No podía decir que tenía amigos, pero al menos tenía conocidos, y los niños empezaban a conocerme y aceptarme. Supongo que todos estábamos ligados por un pasado casi homólogo y eso hacía sus mentes algo más abiertas a la hora de recibir a “los nuevos”. Pronto aprendí que todos allí formábamos algo así como una gran familia, de la que se iban miembros, y en la que periódicamente entraban nuevos. Comenzó a gustarme aquel ambiente de respeto y camaradería, de hermandad. Daba igual de dónde vinieses o cuáles fueran tus gustos, no eras juzgado por ello, era el lugar perfecto para volver a empezar. Sin maldad me llamaban “sílabas” porque las palabras que usaba para hablar solían tener muchas sílabas, y era normal teniendo en cuenta que lo más parecido a conversaciones que había tenido durante los anteriores cinco años eran las que había leído en los libros. Me acuerdo del pequeño Brian,

con sus mejillas llenas de pecas, el pelirrojo Nathan con su yo-yo, la delicada Summer con sus coletas, el imponente Chad con su precoz metro ochenta de altura, Gerald Flynn “el filósofo”, Amanda Meyer y su voz de hombre... y por supuesto “el líder”, también llamado “el padre”, ese carismático joven que se había ganado el profundo respeto de todos los presentes con su madurez y su ingenio, la persona por la que usted y yo estamos ahora mismo aquí sentados.

- ¿El asesino? –pregunta Bigelow frenético.

- En efecto –contesta Carraway afirmando lentamente con la cabeza.

- ¿Su nombre? –insiste Bigelow acercando la pluma de marfil hacia sus hojas.

Carraway levanta la mano y mueve el dedo índice de un lado al otro en señal de negación.

- No tan deprisa inspector, si le digo el nombre ya, dejará de escuchar mi relato y podría malinterpretar mi supuesta contribución en la muerte del señor Emmerton. Por mi propia seguridad le diré todo lo que sé sobre él y sobre lo sucedido antes de darle el nombre del culpable. Tiene que entenderlo inspector.

Bigelow cierra los ojos en señal de cansancio. Siente que no podrá seguir siendo profesional mucho más. El hombre que tiene delante, a pesar del trágico pasado que con tanto interés narra, le está haciendo perder el tiempo y la paciencia, siente que se está burlando de él.

- ¿Sabe qué está interfiriendo en una investigación policial señor Carraway?

- Podría negarme a seguir declarando, -contesta con calma- llamar a un abogado y hacer las cosas mucho más lentas. Con todo el tiempo que perderíamos así, quizás usted se quede sin su asesino...

- Si eso ocurre me encargaré personalmente de que sea acusado de cómplice de un homicidio por ocultar información vital para la investigación –

dice Bigelow alzando la voz con cada palabra-. se trata de un delito grave, iría a la cárcel señor Carraway.

- ¡Lo ve! –exclama Carraway sonriente- acabamos de llegar a la conclusión de que ambos ganamos si usted deja que continúe con mi relato. Si me permite terminar de narrarle mi historia, yo no iré a la cárcel, y usted tendrá a su asesino... y todos contentos, ¿no? No sería nada profesional que dejase escapar a un asesino por no haber tenido un poco de paciencia, ¿no cree inspector? –esta vez pregunta con malicia.

Bigelow aprieta los puños con fuerza por debajo de la mesa. Quiere que ese hombre se atragante con sus palabras, con su aire de superioridad, con su altanería y displicencia fuera de lugar. Quiere que deje de hablar, que no pronuncie una sola sílaba más, pero por desgracia tiene razón, dejar la declaración a medias por falta de paciencia sería muy poco profesional, y más teniendo en cuenta que el hombre que tiene delante es la única prueba que dispone en todo el caso. Sería el hazmerreír de todo el departamento si acabase perdiendo los estribos por la venenosa lengua del “gran” escritor Arthur Carraway. Finalmente Bigelow concluye que lo mejor que puede hacer es relajarse y permitir que el odioso escritor siga narrando.

- Está bien señor Carraway, –dice cruzándose de brazos y cayendo rendido hacia atrás en el respaldo de su dura silla- puede continuar.

La media sonrisa de Carraway termina de hacerse completa con esas palabras, Son como una bella canción en sus oídos: la dulce música de la victoria.

Capítulo 4

- Para no liarnos, le daré un nombre provisional al asesino, ¿qué le parece? –Bigelow se encoge de hombros indiferente- le llamaré... le llamaré... ¡Neil! –exclama- ¡Sí, eso, le llamaré Neil Armstrong! –Carraway ríe sonoramente-. El ser humano que por primera vez pisara la Luna en nombre de nuestra especie en Junio del sesenta y nueve, cuando yo solo tenía dos años, nos cederá su nombre para darle una identidad a nuestro asesino. Bien, Neil Armstrong era el joven más popular de todo el orfanato. Todos nos conocíamos los unos a los otros en mayor o menor medida, pero no había nadie que no lo supiese todo sobre Neil. Sus padres habían muerto hacía seis años en un trágico accidente de coche dejándole totalmente solo, solo y con una relativamente abultada suma de dinero que sería suya al cumplir los dieciocho. Tuteaba a todos los superiores como si les conociese de toda la vida. A cada uno de nosotros nos llamaba por nuestro nombre, y, aunque no te conociese de mucho, hablaba contigo como si retomase una conversación que una vez comenzasteis y aún no había terminado, con una naturalidad y una media sonrisa que te invitaba a confiar en él. Te miraba con la promesa de que en ese preciso momento, no había nadie a quien quisiese ver más que a ti. Cuando le conocí él tenía diecisiete años y estaba rodeado de gente que reía con él. Me dio la mano y me prometió una cálida bienvenida a McHarmony, "este sitio no está tan mal cuando te acostumbras", dijo, "lo único malo es la comida de la cantina, es imposible acostumbrarse a eso", concluyó riendo, todos rieron con él, de pronto me di cuenta de que yo también reía, sorprendentemente estaba riendo otra vez, como antaño hubiera hecho con frecuencia. Instantáneamente me enamoré de nuevo de esa envolvente sensación de alegría y, aun con la sonrisa en la boca, tuve la inequívoca sensación de que mi suerte pronto cambiaría, de que el escritor había degustado ya suficiente mi sufrimiento y había decidido darme un respiro.

Porque él sabía bien que un respiro era exactamente lo que necesitaba... Aquella gente pronto se convirtió en mi familia, o mejor dicho, yo me convertí en parte de la suya. La suma del respeto que nos teníamos y la rutinaria y repetitiva visión de los unos a los otros nos convertía en hermanos y hermanas, unidos por el dolor y la pérdida, por la esperanza en el cambio. A pesar de haber aceptado aquel lugar como un hogar, éramos plenamente conscientes de que seguramente nos hallásemos en el rincón más profundo de la Tierra, en un lugar donde los sueños rara vez dejan de ser sueños y la realidad te golpea con fuerza al doblar la esquina. Pero sabíamos que, aunque aquel lugar no fuese precisamente el paraíso, mientras estuviésemos custodiados por sus muros, la vida nos seguiría dando un descanso... Descanso que tarde o temprano se acabaría.

«Mirábamos con tristeza a los que cumplían dieciocho y se iban sin tener un centavo, ya que ahora estarían obligados a valerse por sí mismos en una sociedad poco accesible para gente como nosotros. Y mirábamos con envidia a esos otros, menos numerosos, que se iban de allí cobrando una sustanciosa herencia que les serviría de trampolín para recuperar todo el tiempo perdido. Como ya he dicho, Neil Armstrong era del segundo grupo, y compartía con nosotros todos los planes que tenía pensado realizar al salir. Lo primero que quería hacer era un viaje a la costa, ya que nunca había visto el mar, después se compraría un piso en el centro de alguna gran ciudad para sentir el palpitante flujo de la vida, del que tanto tiempo había estado privado. Y por último, una vez acomodado, se dedicaría a buscar un trabajo medianamente decente con el que llevar dinero a su nuevo hogar. No poseía una vasta educación precisamente, pero era un joven con carisma y carácter, y no hace falta mucho más que esas dos cualidades para lograr ser un triunfador. Así que suponíamos que las cosas le irían bien. –Carraway sorbe su café- Neil Armstrong finalmente abandonó el orfanato McHarmony en Abril del ochenta y cuatro. Todos nos reunimos en el patio frontal para despedirle, y durante unos efusivos minutos, quedó patente la enorme huella que había dejado aquel joven dentro de esos muros. Hubo unas últimas risas y muchas lágrimas veladas, aquel lugar no sería lo mismo sin Neil. Cargado con sus maletas y el inconmensurable afecto de todos aquellos a quienes dejaba atrás, avanzó hasta cruzar las altas verjas de McHarmony. Una vez al otro lado, se dio la vuelta, sonrió y exclamó: “¡Tranquilos, os mandaré una postal desde la costa!”, rió, volvió a mirar hacia el mundo real, y desapareció a paso lento de

nuestras vidas. Muchos de los allí presentes jamás volverían a ver a Neil, pero para mí, el destino tenía otros planes, curiosamente volvería a verle años más tarde, y fue precisamente nuestro encuentro lo que me ha traído directamente hasta usted. Pero inspector Bigelow, para eso aún falta por contar...

- ¿Cuánto falta por contar? –pregunta Bigelow con una mezcla de desesperación y cansancio.

- No se preocupe inspector, ahora el relato se vuelve aún más apasionante si cabe. ¿No le apetece saber cómo me convertí en el excéntrico y millonario escritor de prestigio que soy ahora? –Bigelow no responde, se limita a mirar a Carraway con unos ojos que lo dicen todo-. Lo tomaré como un sí –contesta Carraway sarcásticamente-. Tras la partida de Neil Armstrong, hubo un largo periodo de luto dentro del orfanato McHarmony. Todos nos vimos afectados en mayor o menor medida por la pérdida de nuestro amigo, así que durante al menos tres semanas perdimos el interés por todas esas actividades que antes nos animaban y acabamos cayendo en una total y absoluta abulia. Lo malo fue que aquellos días de no salir de la habitación salvo para comer o para ir al baño consiguieron revivir en mí viejos fantasmas que había tratado de olvidar. El dolor que con gran intensidad hubiera sentido hacía un año por la muerte de mi padre regresó con fuerza y me arrebató el buen humor que había aprendido a alcanzar. Volvieron así los largos días y las interminables noches mirando al techo, compadeciéndome de mi suerte o de mi destino. Aunque esta vez las cosas eran incluso peores... Había leído mucho durante ese año en McHarmony, y por aquel entonces, por mis manos ya habían pasado todos y cada uno de los libros de los que podía disponer, mi cerebro ya se había maravillado con las historias que contenían así que no recibiría el mismo consuelo que una vez me proporcionaron todas esas páginas cargadas de magia. Por suerte encontré otra forma de escapar, otra forma de huir de la realidad, de olvidar el pasado. ¿Sabe cuál fue mi vía de escape, inspector?

- Supongo que la escritura -contesta distante.

- ¡Exacto! -exclama Carraway entusiasmado- ve como en realidad sí que le interesa mi historia... La escritura me salvó, señor Bigelow. Si no había más

historias con las que maravillarme, ¿por qué no podía yo crear las mías propias? Recordé la absoluta evasión que sentí al escribir la descripción de Edgar, Jade y Emilie para el doctor Hamilton, y con nada que perder por intentarlo, cogí un lápiz y una hoja y dejé que mi interior hablase. Todo ocurrió como la vez anterior, cuando el lápiz se puso en contacto con la delicada superficie del papel, un torbellino de palabras hermosamente ordenadas asoló mi mente, y lejos de intentar reprimir la violencia de ese huracán de ideas, me dejé llevar por él. Escribí y escribí. Escribí sobre mi padre, escribí sobre mi madre, escribí sobre mis miedos, mis inquietudes, sobre el pasado, el presente, el futuro. Cada palabra que escribía salía de mí como una diminuta astilla, aliviando mi espíritu, relajando mi mente... Escribí durante un tiempo indefinido, relleno una cantidad indefinida de papel, y cuando finalmente me detuve, me abordó una paz que nunca antes había experimentado, como si hubiese sacado de mí toda la metralla que quedaba en mi demacrado cuerpo tras la guerra. Supongo que así se sienten los católicos cuando se confiesan... liberados, en paz. Cuando me levanté por fin de la mesa, me mareé tanto que caí en la cama, no sé si me desmayé por el cansancio o sencillamente me quedé dormido, lo único que recuerdo es que cuando me desperté habían pasado dos días y estaba en la enfermería del orfanato. –Carraway se detiene, coge su café de la mesa, comprueba lo poco que queda, y se lo acaba de un trago.- Había escrito durante casi cuarenta horas seguidas, inspector... rellené más de cien folios de ideas inconexas y millares de palabras. Alguien se debió percatar de que hacía varios turnos de comida que yo no aparecía por la cantina, y avisaron a una interna para que fuese a buscarme a mi habitación. Después de llamar durante unos minutos a mi puerta sin resultado, utilizó la llave maestra y entró. Y allí estaba yo... inconsciente, tirado en la cama, rodeado de un centenar de folios rellenos de arriba abajo y desperdigados por toda la habitación. Al ver que no me despertaba ante su insistencia, me llevaron asustados a la enfermería, donde finalmente regresé a la consciencia. No recordaba muy bien lo sucedido durante las últimas horas, todo el tiempo que había estado escribiendo era como bruma en mis recuerdos, como si tan solo se hubiese tratado de un largo sueño. Pero aquella insana cantidad de hojas estaba allí, era real, y atestiguaba que todo había sido verdad. Al ver lo que contenían, llevaron mis escritos al mismísimo director de McHarmony. ¿Sabe usted por qué, inspector? –Bigelow no hace siquiera el amago de responder. Tras unos segundos de espera Carraway continúa- Porque eran buenísimos, señor Bigelow. Todo cuanto escribí sobrepasaba por mucho la

inteligencia, la madurez, la capacidad narrativa y la comprensión del mundo de un adolescente de diecisiete años. Tal era su sorpresa ante lo que encontraron en esas páginas que me preguntaron al menos una decena de veces si realmente había sido yo el artífice, como si se negasen a aceptar el hecho de que un joven tan aparentemente normal como yo pudiese tener una visión tan profunda de la realidad y una capacidad tan pronunciada de expresar esa visión a través de la escritura. Tan pronto como me recuperé, el director del orfanato, el anciano señor Hoffman, de pelo cano y trajes caros, se presentó en mi habitación. Pidió permiso para sentarse en la silla, me miró fijamente, y tras unos breves prolegómenos me dijo aquellas palabras que jamás olvidaré: “Arthur, sabes mirar. Tienes una mirada distinta sobre la realidad. Eso es escribir. El oficio te dirá cómo hacerlo.” Se levantó, y con portos regios caminó hasta la puerta de mi habitación. “Aprovecha el don que has recibido, Arthur.” Y salió. Se fue dejándome allí solo, perdido dentro de mis pensamientos. No había dicho “el don que tienes”, ni “el don que posees”. Había dicho claramente: “el don que has recibido”, y esa sencilla palabra rebotaba con fuerza en mi cabeza, “recibido, recibido, recibido...”. Se referiría al escritor que estaba por encima de todos nosotros, narrando como un cuento aquello que nosotros consideramos “realidad”. Insinuaba que efectivamente alguien por encima había decidido regalarme la habilidad de escribir, que ese escritor, irónicamente me había otorgado el mismo don que él poseía para que yo también pudiese narrar mi historia desde otro punto de vista. Las preguntas eran muchas y complejas, y mi confusión creciente. ¿Tenía realmente un don?, ¿se me daba tan bien como afirmaban? Ahora, inspector Bigelow, esas preguntas son casi evidentes, cualquier persona que compre alguno de mis libros tarde o temprano llega a la conclusión de que he sido bendecido con el don de la escritura, y todos mis galardones literarios así lo ratifican. Pero en aquel momento no había forma de saberlo con certeza...

- ¿Don? –dice Bigelow con repugnancia-. La humildad no es su virtud preferida, ¿verdad señor Carraway?

- La humildad no es una virtud, inspector, es un mecanismo hipócrita para obtener doble sesión de halagos. Y yo no deseo más halagos, obtengo muchos más de los que necesita un hombre para saber que ha realizado un buen trabajo. Y los obtengo con cada libro que escribo. ¿Consigue usted tantos halagos con cada uno de sus casos? –pregunta con frialdad Carraway mirando

fijamente a Bigelow.

Bigelow es incapaz de sostenerle la vista y finalmente la baja.

- Así es como me convertí en escritor. Por una larga cadena de sucesos. Si el fuego no hubiese acabado con la vida de mi madre, no nos hubiésemos mudado a Bedford, si no nos hubiésemos mudado a Bedford no hubiera ido a una nueva escuela, y mi cabeza no se hubiera inventado a Jade, Edgar y Emilie para suplir mi falta de amigos, si no fuera por ellos tres, no hubiera conocido al doctor Hamilton y no hubiera tenido mi primera toma de contacto con la escritura, si mi padre no se hubiese quedado dormido en la fábrica, no hubiera acabado en el orfanato donde conocí a Neil, y si no hubiese sido por su partida, yo no hubiera intentado buscar consuelo en la escritura y no hubiese descubierto nunca mi don. El escritor irónicamente me convirtió en escritor... y lo hizo a través de semejante serie de acontecimientos. En conclusión, mi carrera de escritor nació del fuego, como el ave fénix. En las llamas de nuestra pequeña casa de Maine, sin saberlo allí me convertí en lo que soy ahora. Ese es el motivo por el cual firmo mis libros bajo el seudónimo de "Fénix". Siéntase afortunado inspector, ahora sabe algo acerca de mí que nadie conocía.

- Me alegro –dice Bigelow sin el menor entusiasmo-. Ya tengo algo que contarle a mi mujer... Señor Carraway, se está haciendo tarde, está comenzando ya a anochecer, y pronto todos tendremos que irnos a nuestras respectivas casas. Le reitero que si usted no nos ha dado un nombre antes de que eso pase tendremos que dejarle retenido en el calabozo hasta por la mañana.

Carraway niega lentamente con la cabeza.

- Se equivoca en eso inspector. Usted se queda conmigo hasta que acabe mi relato, de lo contrario tendré que llamar a un abogado y poner las cosas difíciles. Y créame que tengo dinero suficiente para contratar al mejor abogado de América si es necesario. Aclararé una cosa, si yo estoy aquí sentado, es porque yo quiero estar aquí sentado. Tengo la influencia y los medios para salir de aquí si quisiese.

- ¿Entonces por qué no se va? –pregunta Bigelow furioso, cansado de

tanta prepotencia.

- Supongo que me ha caído usted bien –dice sonriendo-. Además está resultando mucho más catártico de lo que me imaginaba el contar mi historia personal a alguien, nunca antes lo había hecho con tanto lujo de detalle y la verdad es que produce en mí una sensación de lo más reconfortante. Así que, inspector Bigelow, dígame a los hombres que están al otro lado del espejo que ya pueden irse a sus casas, pero usted se queda. Le recomiendo que traiga más café, será una noche larga...

Capítulo 5

Bigelow entra por la puerta cuarenta minutos después de haber salido. Se ha quitado la chaqueta y lleva una taza de café en cada mano. Las deja sobre la mesa, se afloja un poco la corbata, y se sienta en la silla metálica que antes había ocupado. Carraway observa el procedimiento sin decir una palabra.

- Espero que merezca la pena este show que ha montado, señor Carraway -dice Bigelow-. He llamado a mi mujer para decirle que hoy llegaría tarde y me ha dicho que había chuletas de cerdo para cenar. ¿Sabe lo que eso supone?

- Supone que le he librado de una comida alta en grasas, inspector -contesta Carraway con media sonrisa-. De nada...

Bigelow cierra los ojos cansado, aguantando sus más primarios impulsos.

- Se equivoca. Supone que si tras su maldita declaración no me da un nombre... juro que lo va a lamentar.

- Uh -contesta Carraway sin ningún indicio de miedo-. ¿Amenazas? ¿Tanto le he hecho enfadar inspector? -Bigelow no responde-. No hay ningún motivo por el cual no nos podamos llevar bien. Ambos somos un medio para alcanzar un fin. Yo soy su medio para atrapar al asesino y usted es el mío para desquitarme de mi pasado, probar mi inocencia y... supongo que entretenerme un rato. Si tiene un poco de paciencia ambos conseguiremos lo que queremos.

Bigelow se acomoda nerviosamente en la silla y suspira intentando calmarse.

- ¿Es usted fumador señor Carraway?

- Por supuesto, forma parte del oficio.

Bigelow saca un par de cajetillas de tabaco del bolsillo del pantalón y las coloca sobre la mesa.

- Pues tome -dice acercando una de las cajetillas y la taza de café hacia el lado de la mesa que ocupa Carraway- ya que prácticamente toda la comisaría está en sus respectivas casas, no veo por qué no podemos saltarnos un poco las normas.

Bigelow abre metódicamente su cajetilla, se pone un Winston entre los labios, y lo enciende con un zippo de motivos patrióticos. Da una contundente calada, vuelve a poner en marcha la grabadora y mira a Carraway expectante.

- ¿Va a continuar?

- Claro, claro -contesta Carraway extrañado por el nuevo cambio de actitud- no se me ocurriría hacerle esperar. ¿Por dónde iba? -pregunta abriendo la cajetilla y colocándose un cigarro entre los labios.

- Recuerdo que me estaba haciendo perder la paciencia -contesta Bigelow deslizado el zippo sobre la mesa metálica hacia Carraway-. Espero que con eso le valga para recordar...

- Ah, cierto -responde Carraway encendiéndose el cigarro- ¿Le conté que McHarmony estaba situado justo debajo de una línea aérea comercial? - Bigelow niega con la cabeza mientras da otra calada-. Pues es importante para mi historia, no sé cómo se me ha podido olvidar. Decenas y decenas de aviones pasaban al día sobre nuestras cabezas, colosos de acero que surcaban el cielo para la maravilla de nuestros ojos. Nos tumbábamos en los escasos veinte metros cuadrados de césped que había en el patio trasero del orfanato y mirábamos arriba. Cada vez que un avión nos sobrevolaba, nos imaginábamos su destino. Durante los pocos minutos que permanecía en nuestro campo de visión, soñábamos con ser uno de esos pasajeros, soñábamos con volar alto y lejos, por encima de las nubes, por encima del mar, alejándonos de aquel lugar. Nathan quería ir a Australia, Amanda a China, Chad a Europa, donde

aseguraba tener unos tíos, el pequeño Brian... seguía queriendo ir a "Nunca Jamás", a pesar de nuestra insistencia en que ese lugar, por maravilloso que fuera, no existía realmente, y Gerald, Gerald tan solo decía "lejos"... Todos solían repetir sus destinos soñados, todos menos yo. La lectura me había proporcionado un amplio conocimiento de la geografía mundial, así que sorprendía a todos con países que jamás habían oído siquiera nombrar. Barbados, Tuvalu, Belice...

- Disculpe la interrupción señor Carraway -dice Bigelow de pronto-, pero no entiendo en qué puede importar esto en su declaración. Está usted retrocediendo en lugar de avanzar y le agradecería que comenzase a ir al grano.

- ¿En qué puede importar? -contesta Carraway- pues muy sencillo, inspector. Pronto los sueños de volar alto y volar lejos dejaron de ser solo sueños, se convirtieron en una idea de lo más plausible. Dejé de soñar con los lugares a donde iba a viajar y comencé a planificar.

- ¿Planificar?

- Planificar sí, sí. Desde que el director Hoffman plantara en mí la idea de ser escritor, tuve más claro que nunca que esa iba a ser mi vía de escape de aquel lugar. Así que, como él me aconsejó, aproveché el don que había recibido. Tan solo necesitaba un tema sobre el que escribir, y cuando lo encontré todo fue sobre ruedas. Tardé menos de un mes en terminar mi primer libro. ¿Sabe cómo se llamó?

- Algo de cenizas creo recordar, ¿no?

- "Cenizas en el viento", ¿lo ha leído?

- Yo no, pero mi mujer seguro que sí.

- Pues cuenta la trágica, y al mismo tiempo esperanzadora historia de una mujer, amante del arte y de la vida, que fallece en un incendio sentada en su mecedora. Su espíritu vuela por los cielos en forma de ceniza a merced del viento, llenando de coraje y fuerza a su hijo de diez años. ¿Le suena de algo,

inspector?

- No sabía que... -dice Bigelow algo confuso.

- Pues sí -interrumpe Carraway antes de que Bigelow termine la frase-. Mis libros están basados en partes fundamentales de mi vida, la gente no se lo planteaba siquiera, en parte por la complejidad de su contenido y en parte porque no estaban escritos en primera persona. Cuando el director Hoffman leyó lo que había escrito, casi se le saltan las lágrimas. Miraba el libro, miraba después mi aparente inocencia, y no daba crédito. Lo catalogó como: "una de las mejores cosas que he leído en mis más de setenta años de vida", y juraba que lo decía tratando de ser lo más objetivo posible. Entonces las cosas comenzaron a volverse confusas... el señor Hoffman lo llevó a la editorial "LookBook" afirmando que lo había escrito un joven de diecisiete años y nadie le creyó, así que vinieron dos hombres de dicha editorial al orfanato para conocerme. Eran jóvenes, y recuerdo que iban fríos y elegantemente trajeados, como si pretendiesen aparentar ser mucho más de lo que en realidad eran. Debían de prever el éxito que podría tener lo que habían leído y querían estar cien por cien seguros de la autoría del libro. Después de unas cuantas preguntas, concluyeron que, en efecto, el tímido adolescente que tenían delante era el responsable de semejante historia. Y, como si ahora hablasen con un adulto, empezaron a utilizar términos y expresiones con las que yo no estaba familiarizado. Hablaron de cifras, de porcentajes, de propiedad intelectual... - Carraway da una larga calada a su cigarro-. Yo no entendía nada de nada, me limitaba a dejar que el director Hoffman respondiese por mí, y la verdad es que no hizo un mal trabajo. Por fin, aquella incomprensible "reunión" terminó y los dos hombres, después de darme un fuerte apretón de manos, abandonaron el orfanato McHarmony. El señor Hoffman me puso entonces al corriente de todo. La editorial compraría mi libro por una cantidad inicial que no recuerdo y después recibiría una comisión porcentual de las ventas que me sería abonada al final de cada mes. Puesto que yo era menor de edad, ese dinero se metería en una cuenta bancaria a la que podría acceder al cumplir los dieciocho. Además, los dos hombres estuvieron discutiendo si era buena idea que los lectores supiesen que el autor era menor de edad, y concluyeron astutamente que lo mejor que podían hacer era mantenerlo en secreto durante un tiempo, y, cuando el libro cobrase algo de fama, desvelar el misterio de su creador enfatizando mi trágica historia personal. De ese modo venderían

mucho más. Así que yo solo tenía que proporcionarles una contraseña numérica de cinco dígitos para la cuenta bancaria, y un pseudónimo con el que firmar mi libro, y ellos se encargarían de todo lo demás. Para el pseudónimo ya le he dicho que elegí "Fénix", en cambio, para el número de cuenta fui mucho menos original. Le daré una pista inspector: uno, dos, tres, cuatro, ¿y?...

- Cinco -susurra Bigelow casi sin darse cuenta.

Carraway asiente con la cabeza y da un largo trago a su café.

- Los niños son demasiado predecibles, ¿verdad? Eso fue lo que debió pensar el director Hoffman...

Esas últimas palabras vuelan por la sala durante unos segundos hasta que Bigelow entiende su significado.

- ¿Le robaba? -pregunta de pronto.

Carraway se queda mirando a la mesa unos segundos.

- Sí, -dice por fin- durante mucho tiempo eso hizo.

- ¿Cuánto?

- A un hombre tan rico como yo no le gusta hablar de cifras... Solo diré que mucho.

- Supongo que le denunció, ¿no? -pregunta Bigelow ahora con algo de interés teniendo en cuenta que hablan de un delito.

- Pues no, la verdad es que no -contesta Carraway tranquilo-. Cuando me di cuenta de lo ocurrido, el dinero que me había robado el señor Hoffman era como un grano de arena en el desierto de mi fortuna... no iba a castigar a un hombre casi octogenario por haber cogido un puñado de una montaña. Además, pensándolo en perspectiva, era justo que me hubiese robado. Al fin y al cabo, él fue quien me animó a escribir, y también fue él quien tramitó la publicación de mi libro, así que hice bien en no presentar cargos.

- El robo nunca está justificado -dice Bigelow seriamente-. ¿Como si tenía cien años!, ese hombre cometió un delito y debería haber sido juzgado.

- Policías... -dice Carraway negando suavemente con la cabeza-. ¿Cuántas veces la rigidez de las leyes nubla vuestra razón?, ¿cuántas veces perdéis la oportunidad de ejercer vuestro propio criterio?

- ¿Qué? -pregunta Bigelow sin entender.

Carraway pone los ojos en blanco.

- Olvídelo -dice-. Mejor continúo con mi relato -se termina lo que le queda de café con un contundente trago y después echa la creciente ceniza de su cigarro en la taza vacía-. Verá, señor Bigelow, antes dije que dejé de soñar con los lugares que iba a visitar para empezar a planificar porque, como usted ya sabrá ahora, mi primer libro fue un tremendo éxito de ventas. De hecho fue el segundo libro más vendido de 1984. El dinero comenzó a llegar a raudales, me convertí en uno de esos niños del orfanato poseedores de grandes herencias. La diferencia residía en que yo era el artífice de mi propia herencia. Ahora miraba los aviones y me imaginaba, de forma más vívida que nunca, que yo era uno de esos ocupantes, volando sin rumbo, lejos, muy lejos. La fecha de mi cumpleaños dejó de producir en mí terror, la idea de ser expulsado al mundo real empezó a no asustarme tanto. Y cogí impulso. Esa fecha se convirtió en algo significativo, el día en el que empezaría a vivir...

Lejos de dejar de escribir tras el éxito de mi primer libro, mi ritmo aumentó. Para cuando la editorial que había publicado mi primera obra creyó conveniente desvelar la verdad sobre el misterioso autor, un par de meses después de que yo la escribiese, les abordé con un segundo ejemplar incluso mejor que el anterior. "Con solo un rugido metálico", así se llamó. Aquel libro trataba sobre un personaje, inspirado en mi padre, que acaba sucumbiendo al peso de las desgracias que carga sobre su espalda y fallece en un "accidente" en una fábrica. Cuando los dos hombres que me visitaron la última vez leyeron ese segundo libro, sus ojos se iluminaron como dos enormes diamantes en brutos. Se dieron cuenta de que no estaban tratando con un escritor normal, se dieron cuenta de que habían encontrado a su gallina de los huevos de oro. Viendo la aclamación popular y el éxito de críticas que había tenido el libro

anterior y previendo el impacto que tendría éste segundo, decidieron retrasar la revelación de su hacedor. Hablaban conmigo con demasiada cortesía y sutilidad, como si temieran que al subir el tono pudiesen romper a su nueva máxima fuente de ingresos. El director Hoffman debió darse cuenta de que estaban totalmente a mis pies y que harían cualquier cosa por que les vendiese el segundo libro, así que cambió las cifras hasta hacer mi beneficio escandaloso. Ellos aceptaron con la condición de que siguiese escribiendo para la editorial "LookBook". No supuso un problema para mí ya que no tenía pensado dejar de hacerlo, la verdad. Y es que yo no sabía la marea de fans que estaba produciendo mi primer libro. Vivir en el orfanato era como vivir en una lata de conservas, nada del exterior penetraba nunca por nuestros muros, y menos la información.. Así que tampoco supe que esa marea se transformó en maremoto con la publicación de la segunda entrega. Todos querían conocer al tal "Fénix", todos querían saber quién era. La gente empezó a especular y a hacer disparatadas teorías sobre mi persona... mientras tanto, en McHarmony todo seguía igual de tranquilo, y gracias a esa tranquilidad pude escribir mi tercer libro. "Evanescencias", sobre un niño con amigos imaginarios. Aquel libro fue el que terminó haciendo explotar el creciente globo de euforia que yo mismo había inflado. Ni los editores, ni los lectores daban crédito a lo que estaba ocurriendo. Alguien había escrito tres best-sellers que estaban batiendo récords de ventas en menos de seis meses. Parecía sencillamente imposible de creer...

- Recuerdo eso -dice de pronto Bigelow-. Mi mujer era una de esas fans. Ella aseguraba que usted no era una persona real, sino que seguramente fuera un truco de marketing para vender más, que nadie podía escribir tan rápido esas historias.

- Y no la culpo por sus dudas. Yo no sabía que la mayoría de los escritores tardaban años en terminar sus libros, aquello para mí era lo normal.

- Se sorprendió igual que todos cuando supo la verdad.

- Ya me imagino... Pero eso ocurrió justo antes de que yo cumplierse los dieciocho. Para cuando acabé mi tercer libro, apenas quedaban unas semanas para mi mayoría de edad, así que decidí no empezar un cuarto antes de irme, decidí centrarme en qué iba a hacer al salir. Mi plan era sencillo, lo primero

que haría sería irme de Bedford y comprarme una casa en cualquier otro condado de cualquier otro estado, después aprendería a vivir de forma independiente, con todo lo que eso conllevaba, y finalmente, tras encontrar la tranquilidad en mi nuevo hogar, viajaría por el mundo gastando el dinero que mis libros me habían proporcionado. Tan sencillo como eso. Pero por desgracia las cosas rara vez ocurren del modo en como uno las planea... - Carraway da una calada a su cigarro-. Cuando les anuncié a los editores que tenía pensado tomarme un descanso escribiendo y que tardaría un tiempo en volver a llevarles otro trabajo decidieron que era el momento perfecto para desvelar mi identidad. No pensaron en que podían estar destrozando la vida de un adolescente, no tuvieron en consideración todo el dinero que les había hecho ganar, sencillamente se centraron en sus malditas ventas, que parecía ser lo único que les importaba. Ni siquiera fui consciente de la noticia, solo sé que no nos permitieron salir al patio durante tres días porque las altas verjas de McHarmony estaban a rebosar de prensa y de fans que querían conocer al pequeño y portentoso Arthur Carraway. Todos mis planes quedaban ensombrecidos por el tumulto de gritos que parecía poder acompañarme hasta el fin del mundo. Para mí, que no estaba acostumbrado a tratar mucho con personas, aquello se dibujó como un infierno. Las ganas que tenía de salir de allí para empezar a vivir, de pronto, a tan pocos días de mi cumpleaños, tornaron en miedo. No quería estar en el centro de toda esa gente, sencillamente no quería...

- Desapareció -dice Bigelow- todos esperaban con expectación en las puertas del orfanato pensando que usted saldría en la fecha de su cumpleaños... Pero no lo hizo. Recuerdo eso, lo recuerdo porque mi mujer utilizó ese argumento para afirmar, con más seguridad que antes que usted no existía realmente, que todo lo que habían contado sobre su pasado era una mentira muy elaborada que tenía por objetivo vender más.

- No desaparecí... Huí. La situación me forzó a eliminar dos pasos de mi plan. Tuve que decirle adiós a la casa en otro condado, y adiós a aprender a vivir de forma independiente y saltar directamente a la última parte: viajar. Evidentemente yo solo, con mi paupérrimo conocimiento sobre la sociedad y sobre cómo moverse por ella, no iba a ser capaz de preparar un viaje ni en mis mejores sueños. Pero por suerte tuve ayuda. El director Hoffman, que parecía haberme cogido cariño casi paterno, seguramente influenciado por el abultado

tamaño de sus bolsillos, decidió que ya se había enriquecido mucho más de lo que jamás se hubiera imaginado a mi costa y que era justo ayudarme a escapar de la avalancha de medios que se me venía encima. En realidad el señor Hoffman era un buen hombre... con sus defectos, claro está, pero sin duda es uno de los mejores que he conocido. No sería lo que soy de no ser por él, no sé qué hubiera sido de mí. -Carraway da una última calada y apaga su cigarro contra el fondo de la taza-. La noche antes de mi esperado cumpleaños, el señor Hoffman me sacó del orfanato. Me dio unos minutos para meter todas mis cosas en una mochila y despedirme de mis hermanos y hermanas, de toda esa gente que me miraba con una mezcla de envidia, confusión y tristeza. Tras aquella extraña y sobria despedida me condujo hasta el garaje de internos por unos pasillos que jamás había visto en mis casi cuatro años de estancia en el orfanato. Me metió en su recién comprado Mercedes y me dijo que me acurrucase con mi mochila en el hueco reservado para las piernas de los asientos traseros. Tenía miedo, sí, estaba muy asustado, aquello no parecía real. Tras la absoluta tranquilidad que me había acompañado cada día desde que vivía allí, todo parecía formar ahora parte de un libro, cargado de acción y confusión. “Todo va a salir bien”, dijo el señor Hoffman al ver el miedo que diáfánamente mostraban mis ojos. Encendió el motor y se puso en marcha. Los flashes de las cámaras y los gritos de los fans y de la prensa atravesaron los cristales tintados mientras cruzábamos las verjas de McHarmony. Para mí, por segunda y última vez en la vida. Trataban de hacer preguntas al señor Hoffman a través de la ventanilla del conductor, pero él tan solo miraba hacia delante y avanzaba al ritmo que la multitud le permitía.

«Cuando por fin dejamos atrás el bullicio, el director continuó conduciendo durante unos cuantos kilómetros más hasta una alejada carretera de un solo sentido por la que no pasaba nadie. Salté hasta el asiento del copiloto y proseguimos la marcha. Durante poco más de una hora de conducción, el señor Hoffman trató de proporcionarme un cursillo rápido de instrucción en la vida. Intentó enseñarme todo lo que según él era importante. Me dijo que, aunque las cosas ahora no fuesen perfectas, lo serían pronto, que tan solo debía esperar. Afirmaba con un sincero optimismo que los finales tristes tan solo eran historias sin acabar, que mi historia no estaba haciendo más que empezar, y que en unos años toda esa confusión no sería más que una anécdota en la comodidad de mi futura vida. Tras todo lo aprendido y tras oír muchos consejos paternales, finalmente llegamos al aeropuerto de Laurence G.

Hanscom Field. El señor Hoffman paró el coche en la puerta, me miró y dijo: “Aquí se separan nuestros caminos, empieza el tuyo propio. Entra ahí dentro, escoge un destino y escapa de aquí”, puso su mano en mi hombro, “que el mundo te convierta en el hombre que eres Arthur, y cuando estés listo, vuelve y escribe sobre lo que has vivido, porque no sería justo que privases al mundo de tu don.” Prometí hacerle caso y me despedí de aquel hombre con la extraña sensación de que siempre estaría en deuda con él. Le di las gracias por todo y abrí la puerta del Mercedes. “Una última lección”, dijo, “no permitas que tu don te traiga más pena que alegría, ¿entendido?”. Asentí con la cabeza sin estar totalmente seguro de qué quería decir y me di la vuelta hacia la entrada del aeropuerto. A mi espalda el motor del coche volvió a ponerse en marcha y las ruedas se deslizaron sigilosas alejando al señor Hoffman de mí para siempre. Recuerdo que me sentía confuso por la despedida, hablaba como si tuviese la seguridad de que jamás volveríamos a vernos, como si estuviese a punto de tomar un vuelo a otro planeta. Todo el caos, el frenesí y el desconcierto de mis últimos días culminaba allí, conmigo mirando a las grandes letras rojas del aeropuerto Laurence G. Hanscom Field, Middlesex. No pensaba en todo lo que me precedía, en todo lo que había ocurrido para encontrarme en ese lugar, en mi cabeza no había un hueco para el pasado, todo mi ser estaba centrado en la infinidad de posibles caminos que se abrían delante de mí. El triste y aburrido camino por el que había deambulado hasta ahora se dividía en millares de alternativas que abarcaban más allá de mi imaginación. Metí la mano en mi bolsillo y palpé la tarjeta de crédito que allí descansaba, preparada para abrirme las puertas del cielo y del infierno. Saqué de la mochila un sencillo reloj de pulsera y me lo puse en la muñeca izquierda. Miré de nuevo al frente y avancé con decisión hacia el aeropuerto. El reloj dio las doce de la noche, mi mayoría de edad, mientras cruzaba las puertas. Comenzaba así un nuevo día y, para mí, una nueva vida... Era libre, inspector Bigelow. Uno no se da cuenta de lo poderoso que es ese sentimiento hasta que no lo experimenta tras haber estado encerrado. Mi cerebro, abrumado por la sorprendente novedad de todo aquello que me rodeaba, solo fue capaz de hacer un correcto razonamiento. ¿Sabe cuál inspector?

- ¿Cuál? –pregunta Bigelow encogiéndose de hombros.

- Muy sencillo –dice Carraway sacando un segundo cigarro de la cajetilla-. Mi cerebro se dio cuenta de que, otra vez, volvía a volver a

empezar...

Capítulo 6

El humo de los cigarros asciende y se acumula en el bajo techo de la sala. Las horas comienzan a pesar sobre los dos hombres que se hallan enfrentados, unidos por la fortuna, por el destino, o quién sabe, quizás unidos por un irónico escritor, devoto de la tragedia. Hace calor. Generosos charcos de sudor comienzan a dibujarse en las axilas y el cuello de la camisa del inspector Bigelow.

- Yo no escogí Alaska –dice Carraway inclinándose para tirar la ceniza- Alaska me escogió a mí. Eso lo tengo claro.

Bigelow ríe sonoramente.

- ¿Qué Alaska le escogió? –repite con sorna-. No sabía que fuese usted de tópicos señor Carraway –vuelve a reír.

- Ríase, ríase, entiendo que ahora pueda parecer un tópico, pero en su momento no lo fue en absoluto. Tenía dieciocho años recién cumplidos y me sentía como un extranjero en el condado en el que llevaba viviendo cuatro años. Miraba de un lado al otro perdido entre tantos carteles llenos de posibles destinos e incontables horarios. Sencillamente necesitaba ayuda para escoger un lugar donde huir, y encontré esa ayuda en alguien que siempre estuvo allí, guiándome desde su privilegiado pedestal sobre nuestras cabezas.

- ¿Otra vez el escritor, señor Carraway? –dice Bigelow resoplando- ¿Es que no se cansa de semejante disparate?

- La vida de cada hombre crea sus convicciones, así que del mismo modo

que yo respeto las tuyas, inspector, sean cuales sean, respete usted las mías. Además sea cierto o no, le aseguro que algo ajeno a mí decidió aquella noche, yo solo seguí las pistas que me habían sido dejadas.

- ¿Pistas? –pregunta Bigelow sin entender.

- Deambulando perdido entre la gente del aeropuerto acabé entrando en un pequeño quiosco. Al darme cuenta de que aquello seguro que no era el lugar indicado para comprar un billete me dispuse a salir con la mala fortuna de que mi codo golpeó un estante mal ajustado haciéndolo tambalear. Tan solo se cayó una revista del casi centenar que habría apilado en ese estante. Pedí perdón y al instante me agaché para recoger la revista que había caído boca abajo. Mis ojos se iluminaron en cuanto vi la portada. Entendí inmediatamente que aquello no podía ser sino una señal, un indicativo de mi destino. ¿Sabe qué ponía, inspector? –Bigelow no responde-. Era una revista de viajes, y en la portada, sobre una foto de bucólicas montañas nevadas, había un gran rótulo: “Alaska: un lugar donde volver a empezar”. Solo eso. No sé si a usted le bastaría solo con eso para convencerse, pero a mí sí... El caso es que ya tenía un nombre en mente: Alaska. La mitad difícil del trabajo ya estaba hecha, ahora tan solo quedaba comprobar que había vuelos hacia mi destino escogido y comprar el billete. Estuve dando vueltas por el aeropuerto durante más de media hora, mirando en cada uno del centenar de carteles en busca del nombre de Alaska. Cada nuevo nombre de país o ciudad que leía me sugería la posibilidad de viajar hasta allí, de cambiar de idea y volar en otra dirección, por lo que tuve que ser fuerte para no darme por vencido y seguir buscando con ahínco algo que parecía no existir -Carraway da una profunda calada a su cigarro y expulsa el humo lentamente hacia el techo-. Y al final lo encontré. En la parte menos transitada de la zona Oeste del aeropuerto, allí estaba. Un solitario cartel de una compañía que no parecía encargarse de viajes comerciales con tan solo un destino: Amaknak, Alaska. En cuanto vi la hora de salida me cercioré de que efectivamente, el destino me estaba guiando hacia ese avión. De que yo no era el que tomaba decisiones, sino que alguien las tomaba por mí. 1:18, esa era la hora. Podría haber sido y diecinueve, o y diecisiete, pero no, despegaba a y dieciocho, como los años que hacía unos minutos acababa de cumplir...

Bigelow mira a Carraway con extrañeza.

- Es usted un paranoico señor Carraway.

Carraway ríe y niega ligeramente con la cabeza.

- La paranoia es vivir la realidad en un nivel superior, inspector. Claro que soy un paranoico, ¿se puede ser algo mejor?

- ¿La realidad en un nivel superior? -repite Bigelow- Habla usted como un demente. Empiezo a pensar que quizás su trágica historia personal haya hecho más mella de la que pensaba en su cordura.

Carraway finge una risa que acaba sonando algo dolida.

- Se equivoca, inspector, mi trágica historia personal me ha vuelto más cuerdo de lo normal. Solo alguien que lo haya perdido todo como yo, o lo haya ganado todo como yo, es capaz de ver la "pérdida" y la "ganancia" en su verdadera esencia, y sentir en su interior esa pérdida o esa ganancia de forma proporcionada.

Se hace el silencio.

- ¿De qué está hablando? -pregunta Bigelow perdido en las cavilaciones de Carraway.

- Tan solo digo que sé mejor que nadie qué es ganar y qué es perder - contesta con calma-, y gracias a eso puedo reírme de lo que otras personas denominan ilusamente "pérdida" o "ganancia". Este mundo es tan ingenuo...

- Déjese de estupideces -dice Bigelow alterado-. No sé quién se habrá creído señor Carraway, pero no es un filósofo, ni un erudito, tan solo es un escritorzuelo con mucho más dinero del que merece. No hable de la gente como si la conociese ni de la vida como si sólo usted supiese sus secretos.

- Calma, calma -dice Carraway sin poder evitar reír un poco ante la reacción de Bigelow-. Verá, inspector, tiene razón, yo no soy conocedor de ningún secreto, claro que no, pero usted... Probablemente nacido de una familia acomodada, con padres que aún viven en alguna tranquila casa en la

costa este, casado por la iglesia con una encantadora mujer, con uno o dos hijos preciosos que van a la escuela por la mañana en un bonito autobús, y que tras las clases asisten a una docena de absurdas e innecesarias clases particulares... usted seguro que no conoce ningún secreto.

Bigelow parpadea unas cuantas veces petrificado.

- Usted ha... -balbucea.

- ¡No! –exclama Carraway- ¡Claro que no he investigado sobre su vida! Lo único que he hecho ha sido describir la vida de la mayor parte de la gente en este país. Tan solo hace falta verle un instante para darse cuenta de que su vida está cortada por el mismo patrón. Dígame inspector, ¿me he equivocado en algo? –Bigelow no es capaz de contestar, le mira confundido-. Por su reacción me imagino que no, así que ahora contésteme a algo, ¿qué puede aportar a la definición de vida una persona como usted? –hay un breve silencio-. Yo se lo diré. Nada, no puede aportar nada más que lo que aporten todas esas personas como usted. La única persona en esta sala que puede aportar algo nuevo a la definición de vida soy yo, inspector, le guste o le disguste es así. Así que le recomiendo que en lugar de cuestionar mis conclusiones y esperar a que yo diga el nombre del asesino como un niño espera un caramelo, tome nota de todo aquello cuanto digo, porque seguramente en mis palabras encontrará mucha más sabiduría que en cualquier libro, revista o insulso canal de televisión.

Carraway da una calada a su cigarro. Bigelow sigue inmóvil, aún aturdido. Hay algo que le duele más que la prepotencia y el tremendo ego de Arthur Carraway, y es el hecho de que en el fondo tenga razón, de que haya acertado con cada palabra. Él y su maldita lengua viperina le han hecho darse cuenta de que efectivamente su vida es tan normal como predecible, y eso le enfurece.

- ¿Continúo? –pregunta Carraway con el cigarro entre los labios.

Bigelow asiente con la cabeza.

- Bien, ¿Por dónde iba? –pregunta Carraway pasando el cigarro de sus labios a sus dedos-. Ah, sí, aeropuerto de Laurence G. Hanscom Field, destino

Amaknak, Alaska. En taquilla usé con inseguridad la tarjeta de crédito, tecleé mi infantil contraseña, y sonreí cuando la señora de la taquilla me entregó el billete. Fue más fácil de lo que pensaba. Me senté en unas sillas que estaban atornilladas a la pared y esperé impaciente a que el tiempo pasase. A la una menos diez sonó por megafonía que la puerta de embarque de mi vuelo ya estaba abierta, así que la otra docena de pasajeros y yo subimos al avión. Recuerdo que me temblaban las piernas, allí, sentado en mi asiento, mirando asustado por la ventanilla hacia la pista de despegue tenuemente iluminada por docenas de pequeñas luces. El hombre que estaba sentado a mi derecha se dio cuenta de mi creciente nerviosismo y me preguntó si era mi primer vuelo. Cuando le contesté afirmativamente dijo casi riéndose: “si sigues temblando así vas desestabilizarás el avión y nos estrellaremos, chico”. Era un hombre de unos cuarenta años, con una barba canosa que le cubría el cuello entero, un gorro de lana azul marino y unos ojos negros como una noche sin Luna. Tenía apariencia tosca y desaliñada pero la compensaba con una voz agradable y una sonrisa que invitaba a confiar en él. “Me llamo Erik”, dijo, “encantado de ser tu compañero en tu primer viaje”. Le di la mano tímidamente y aun tembloroso y le dije que mi nombre era Arthur. El avión comenzó a moverse lentamente y no pude evitar soltar un ridículo gemido. Erik rió. “¿Quieres que te ayude a relajarte?”, dijo, “existe un remedio infalible...”. Dudé unos segundos, pero al ver cómo la pista se movía a través de la ventanilla acabé suplicando que sí. El hombre sonrió y sacó del bolsillo de su chaleco una pequeña petaca adornada con las estrellas de la bandera de Alaska. La abrió, le dio un contundente trago y me la ofreció. “Vodka”, dijo, “y del bueno. Dale un par de tragos y ya verás como el viaje se convierte en un tranquilo paseo”. Volvió a reír. Yo jamás había probado el alcohol, de hecho lo aborrecía, había visto a mi padre usarlo como vía de escape años atrás. Cuando el intenso olor llegó a mi nariz me hizo recordar aquella oscura época como si la acabase de vivir hacía unas horas. Pero mi miedo ante el vuelo y mi curiosidad ante la propuesta eran más fuertes que mi repulsión hacia la bebida, así que, mientras el avión aceleraba por la pista de despegue, cogí la petaca con fuerza, la garré como si fuera el único pilar anclado a tierra firme, me la llevé a los labios y vertí el contenido directamente en mi garganta. El ardiente elixir bajó por mi cuerpo abrasando todo a su paso. Me invadió una extraña sensación de calidez me hizo olvidar dónde me encontraba. Cerré los ojos para centrarme únicamente en esa sensación que ahora, en lugar de bajar, subía por mi cuerpo como una ola hasta mi cabeza, adormeciendo mis sentidos. Antes de regresar a

la realidad di otro largo trago y el proceso volvió a comenzar. Ni el fuerte traqueteo del avión ni la posición casi vertical en la que nos encontrábamos lograron sacarme de ese estado.

«Cuando por fin abrí los ojos, no sé cuánto tiempo después, ya estábamos en el aire. “Qué te dije, como un tranquilo paseo”, dijo Erik entre risas, “deduzco que también es la primera vez que pruebas el alcohol... brindo por eso”, cogió la petaca de mi mano, dio un trago y se la volvió a guardar en el chaleco. Me sentía aturdido y adormecido, y me dolía la cabeza como si hubiera recibido un fuerte golpe en la nuca, como si todo formase ahora parte de una realidad paralela a la que había ido a parar con tan solo un par de tragos. “Eres muy joven”, dijo Erik, “¿viajas solo?”. Asentí con la cabeza mareado. “¿Puedo preguntar que lleva a un chico como tú a viajar solo a Alaska en medio de la noche?”. No me sentía con fuerzas, ganas, ni capacidad mental para contestar a esa pregunta, así que tan solo dije: “es largo de contar”. Erik volvió a reír con su contagiosa risa. “Eso dice la gente que no quiere hablar...”, respondió, “está bien, dejo de hacerte preguntas, pero antes una cosa más; dime que tienes un lugar donde alojarte, o que al menos tienes un grueso abrigo en esa mochila para combatir el frío de Alaska. De lo contrario estás en problemas muchacho...”. Un escalofrío recorrió mi espalda, me di cuenta al instante de que aquel hombre tenía razón, ¿qué estaba haciendo?, ni siquiera sabía cómo era mi destino y el avión no podía dar ya la vuelta. ¿En qué estaba pensando para haber cogido ese vuelo?, había sido un estúpido, un completo ingenuo. Negué con la cabeza, con el miedo pintado en la mirada. Erik rió con más intensidad que antes. “¡Ni siquiera un abrigo!”, exclamó a voces, “Alaska no es un lugar para tomárselo a broma muchacho, es un lugar para hombres, no para jóvenes aventureros... no sé qué tendrías en mente pero te equivocas”. Sus palabras terminaron de meterme el miedo en el cuerpo. Balbuceé cosas sin sentido. “Pero...yo solo... no sé... ¿qué puedo...?”. “Tranquilo”, me interrumpió, “es tu día de suerte, porque aquí donde me ves soy un experto conocedor de los secretos de Alaska. No creo que lo sepas, pero en una semana comienza la temporada de pesca del cangrejo gigante de Alaska, por eso estoy viajando, porque desde hace años alimento a mi familia gracias al dinero que me reporta ser marinero en un barco pesquero. Si quieres puedo enseñarte lo que debes saber sobre Alaska”. Le pedí por favor que así lo hiciera, y desde aquel momento, no se calló. Erik habló durante las horas de vuelo que quedaban. Contó impactantes anécdotas,

bizarros consejos de supervivencia, de cómo no perder ninguna extremidad por el extremo frío o de cómo hacer una hoguera con tan solo el cadáver de un animal. Me dijo que debía alojarme en el albergue de Lorraine, porque era barato y acogedor, y porque su sopa de pescado era la mejor de todo Alaska. También me informó de que Amaknak era en realidad una de las islas Aleutianas, pero que los pescadores preferían llamarlo Dutch Harbor, ya que era el puerto donde se pesaba, se clasificaba y se exportaba toda la pesca de la temporada. Aquel hombre, señor Bigelow, durante esas escasas horas seguramente me salvara la vida.

«Cuando nos disponíamos a aterrizar, se quitó el chaleco y me lo ofreció. “Te hará falta”, dijo, “ve mañana al puerto oeste para devolvérmelo, estaré allí todo el día”. Su sonrisa hizo que aceptase. Era extraño, nunca antes había recibido ningún “regalo” de ningún desconocido, aquello era totalmente nuevo para mí y no sabía bien cómo debía actuar. Le di las gracias y prometí que se lo devolvería. El avión comenzó entonces a traquetear con violencia durante el descenso y me agarré con fuerza a los reposabrazos de mi asiento. “Segundo asalto”, exclamó Erik dando otro contundente trago de vodka y ofreciéndomelo después. Cogí la petaca sin dudarle y acabé con su contenido de un solo trago. Me costó mantener el ardiente líquido dentro de mi cuerpo. Erik reía con violencia con cada una de mis arcadas mientras el avión se tambaleaba azotado por el fuerte viento de Alaska. Y por fin tocamos tierra, las ruedas chirriaron contra el asfalto y rebotaron unos metros hacia arriba. Fue muy intenso, pero al mismo tiempo, gracias a la ayuda del alcohol, tranquilo como un paseo. Cuando el avión finalmente se detuvo, miré por la ventanilla y solo fui capaz de ver mi propio reflejo, allí fuera todo era oscuridad. “Se me olvidaba”, dijo Erik, “por estas fechas tan solo hay ocho horas de luz al día, tendrás que acostumbrarte”. Volví a mirar por la ventanilla asustado, se escuchaba el viento arreciar contra el lateral del avión a oleadas. –Carraway da una profunda calada a su cigarro- Recuerdo que me di cuenta de que me había pasado con el vodka en cuanto me puse en pie, todo parecía moverse a mi alrededor. Caminé tambaleándome detrás de Erik y detrás de los otros pasajeros hacia la salida. Fue como un puñetazo, el frío me golpeó como un puñetazo en la boca del estómago. A pesar de llevar puesto el grueso chaleco de Erik, en cuanto comencé a bajar las escaleras del avión hacia suelo firme, un terrible frío me liberó de cualquier atisbo de embriaguez y me trajo de vuelta a la realidad de un solo golpe. No sé qué temperatura haría, pero casi

pudo conmigo. Logré bajar de allí con los ojos entornados, siguiendo vagamente la figura de Erik entre la ventisca hasta entrar en el austero edificio que hacía las veces de aeropuerto. “Estás azul chico”, exclamó Erik una vez dentro, riendo como siempre, “más vale que te acostumbres a este frío porque si no lo vas a pasar muy mal. Te recomiendo que mañana te compres un buen abrigo... es buena forma de empezar”. No contesté, mis mandíbulas solo podían moverse arriba y abajo para tiritar con violencia. Nos dirigimos hacia la puerta del aeropuerto a paso rápido. Erik se despidió de mí, me dijo hacia dónde estaba el albergue de Lorraine y me recordó que debía ir al día siguiente al puerto para devolverle su chaleco. “Ah, y una cosa más”, dijo antes de irse, “con este frío, ¿sabes por qué la gente que visita Alaska siempre vuelve?”. Negué con la cabeza. “Sal ahí fuera, mira al cielo, y compruébalo tú mismo”. Puso su gorro en mi cabeza. “Hasta mañana, chico”, concluyó mientras salía por la puerta. Le contemplé durante unos segundos hasta que se perdió en el temporal. ¿A qué se refería con que saliese fuera, mirase al cielo y lo comprobase yo mismo?, no tenía ni idea. ¿Sabe usted qué quería decir, inspector?

- Nunca he ido a Alaska, señor Carraway –dice Bigelow de forma altiva mientras da una calada a su cigarro-. Y tras lo que cuenta, dudo mucho que alguna vez lo haga.

- Usted se lo pierde, inspector. Entonces jamás verá a lo que se refería Erik, nunca se maravillará como yo hice al mirar al cielo nocturno de Alaska. Porque le aseguro que aquello era el remedio contra el frío, contra el miedo, contra la soledad, contra el pasado... aquello era lo que tanto había estado buscando.

- ¿No sería su escritor, verdad? –dice Bigelow riendo.

Carraway sonrío con calma.

- Pues en parte sí que lo era –Bigelow resopla-. para mí lo fue, en cuanto miré al cielo supe que aquello era la señal definitiva de mi escritor indicándome que había llegado al lugar indicado, que él estaba allí encima, observándome. Unas gigantescas y brillantes lenguas de fuego inundaban el cielo de vivos colores desde el horizonte hacia el horizonte, a una altura

indefinida, iluminando un hermoso paisaje montañoso que se dejaba entrever en la oscura lejanía. Amarillo, verde, azul, naranja... Para mí la ventisca cesó, y el frío se transformó en calidez. En mi mente tan solo había espacio para la magia. Porque era magia, sin duda, no podía ser otra cosa... Lo llamaban “Aurora boreal”, y, como a mí, había dejado sin palabras a incontables turistas desde tiempos inmemorables. Allí mismo, solo, entre oscuridad y frío, sobre la nieve y bajo la magia... sonreí. Sonreí de alegría, porque mis dudas se evaporaban junto con mis miedos, porque durante aquellos instantes de luz y maravilla supe había llegado a un lugar al que poder llamar hogar.

Capítulo 7

- Desde aquel momento las cosas se volvieron mucho más sencillas, ahora que no tenía ninguna duda sobre si estaba en el lugar correcto, mis pies se movían raudos, como si supiesen perfectamente a donde ir, sin pausa, sin miedo... Llegué sin problemas al acogedor albergue de la señora Lorraine, y la conocí personalmente. Con una extraña y recién adquirida seguridad en mí mismo le hablé sobre Erik y sobre cómo nos habíamos conocido y cómo me había recomendado su albergue y su sopa de pescado. Ella rió y me alquiló una habitación en la segunda planta a mitad de precio, “porque me has caído bien”, decía. Le di las gracias y le dije que me moría por probar esa famosa sopa de pescado, y que pasaría por el comedor a llenar el estómago antes incluso de subir a la habitación. No reconocía mi propia voz, ni mi propio tono, todo parecía haber cambiado en mi interior, ahora hablaba con seguridad y presencia, con la condescendencia propia de los adultos, encontraba en mi cabeza las palabras adecuadas para cada momento y las decía con facilidad, casi con desparpajo. Era como si el hecho de llegar a Alaska, de haber descubierto ese hermoso paraje y de estar concienciado en volver a empezar me hubieran hecho madurar de forma súbita y contundente. Independientemente del motivo, me gustaba el nuevo yo, me gustaba esa seguridad que ahora hallaba en mi interior, esa sensación de independencia, de adultez. Disfruté de la exquisita sopa de pescado de la señora Lorraine como si fuese la primera comida que probaba en años, y en parte era cierto, porque durante cuatro años me había alimentado de la insípida y procesada comida del orfanato, así que aquel humeante plato de sopa fue como el cielo en mi boca. Repetí tres veces cubriendo de halagos a la señora Lorraine que aceptaba mis cumplidos con gusto. Cuando me sentí totalmente lleno, me levanté, pagué con mi tarjeta de crédito y subí a la habitación. Era pequeña pero tremendamente acogedora, con techos y suelos de madera noble, una cama más grande que la que tenía en

el orfanato y una ventana con vistas al cielo boreal. Me sentí realizado al tumbarme en la cama, sentí como todas las piezas del caótico puzzle que era mi vida encajaban entre sí a la perfección. Por fin estaba en el camino correcto, por fin estaba exactamente donde debía estar, lejos de mi pasado, lejos de McHarmony, lejos de la prensa... lejos.

- Señor Carraway –interrumpe Bigelow-. Tengo la sensación de que todo lo que está contando sobre Alaska no se va a acercar en ningún momento a lo que realmente importa en esta declaración.

- Y no se equivoca en su apreciación, inspector Bigelow. Tiene razón, Alaska no tiene nada que ver con Neil Armstrong, ni con Patrick Emmerton, únicamente tiene que ver conmigo, sobre cómo pasé de niño perdido a adulto. Erik estaba en lo cierto, Alaska no es un lugar para jóvenes aventureros, es un lugar para hombres, y en eso me convertí. Como dijo el señor Hoffman, dejé que el mundo me transformase en el hombre que debía ser.

- ¿El hombre que debía ser? –pregunta Bigelow subiendo el tono- ¿Alaska le convirtió en lo que es ahora, en la definición de egocentrismo y pedantería?

- No diga tonterías –contesta Carraway riendo-. Lo que soy ahora no tiene nada que ver con Alaska. Si no está cómodo con mi “yo” actual debería echarle la culpa a lo que ocurrió después de mis viajes por el mundo.

- ¿El qué? –pregunta Bigelow.

- Paciencia, paciencia, inspector... debería saber, al igual que todos, que estuve casi una década viajando antes de decidir instalarme por fin –Bigelow pone los ojos en blanco en señal de cansancio-. En Alaska estuve más tiempo que en ningún otro lugar. Un año y seis meses. Pasé de la temporada de largas noches a la de largos días y de nuevo a la de largas noches. El hecho de que estuviera allí tanto tiempo fue gracias a Erik. A la mañana siguiente de haber llegado fui al puerto de Dutch Harbor abrumado por el imponente paisaje de mi alrededor, que era incluso más hermoso de día que de noche. La nieve inundaba cada centímetro cuadrado de Alaska y parecía brillar bajo el sol de las doce. Le devolví el chaleco a Erik y él me presentó a unos cuantos de sus

duros compañeros de pesca, junto con los que embarcaría en menos de una semana rumbo a las gélidas y traicioneras aguas del Mar de Bering. Me invitó a comer en un sencillo restaurante junto al puerto en el que servían la comida recién salida del mar. “Por esto estamos aquí”, dijo abriendo la pata de un cangrejo con violenta precisión y sacando de la articulación desencajada carne con los dientes. “Estos cangrejos son pequeños, pero mi capitán asegura que esta temporada serán enormes”, agitó la pata del cangrejo hacia mí señalándome con ella, “en el avión te dije que no te haría más preguntas sobre por qué habías viajado a Alaska, y mantengo lo que dije, en lugar de eso te haré otro tipo de pregunta: ¿te gustaría conseguir un trabajo?”, le miré claramente impactado por sus palabras, “tengo muchos contactos aquí, ¿sabes?, así que estoy seguro de que si muevo unos cuantos hilos podría conseguirte un buen trabajo. Evidentemente no sería de pescador, no estás preparado para algo así, pero quizás un puesto en el puerto clasificando y pesando la carga te vendría bien, ¿qué te parece?”. No me hizo falta pensarlo mucho, aquello era la culminación de mi puzzle. Era evidente que no necesitaba el dinero que ese trabajo me proporcionaría, pero no era eso lo que Erik me estaba ofreciendo, Erik me estaba dando la oportunidad de ser normal, de por una vez convertirme en alguien normal. Ya que no había podido llevar a cabo mi plan tal y como yo hubiera querido, y había tenido que viajar lejos antes incluso de descubrir cómo debía adaptarme a la sociedad, aquello me estaba abriendo las puertas a una idea que no me había siquiera planteado, ¿y si aprendía a adaptarme a la sociedad en Alaska?, no era lo que tenía pensado, eso estaba claro, pero la idea resultaba irresistible. Así que acabé asintiendo frenético con la cabeza... -Carraway se termina su cigarro y lo deja en la taza de café junto con los otros-. Si me trae aquí mismo un cangrejo gigante de Alaska, inspector Bigelow, podría clasificarlo y tasarlo con tan solo un vistazo, incluso podría cocinarlo a la perfección si usted me lo pidiese –ríe-. Estas manos no son solo capaces de escribir, inspector, y durante año y medio las entrené bien para medir, pesar y empaquetar decenas de miles de cangrejos y más tipos de marisco. Durante un año y medio viví en paz en el albergue de la señora Lorraine, que me hizo un precio especial por mi larga estancia, trabajé como la gente normal, entablé relaciones normales con gente normal, bebí cerveza y reí junto con mis compañeros de trabajo como alguien normal... fui normal, inspector, como usted, como todos...

- Espero no hacer su declaración más larga con esta pregunta –dice

Bigelow-. Pero, si allí estaba tan cómodo, ¿por qué regresó?

- Muy sencillo –contesta Carraway-, regresé por una promesa. Le prometí al anciano señor Hoffman que no privaría al mundo de mi don, le prometí que viajaría, pero que regresaría para escribir sobre lo que había vivido, ¿recuerda? Por eso volví, inspector, porque tenía una deuda con el señor Hoffman... y todo hombre debe pagar sus deudas. Así que un Arthur Carraway cercano a los veinte años, con los músculos desarrollados de cargar tanto marisco y con el frío semblante de un habitante de Alaska volvió a la civilización después de año y medio fuera de ella. Ya no tenía tanto miedo a la prensa o a los fans, además supuse que toda la expectación que una vez hubo hacia mi persona ya se habría apagado casi por completo. Tan solo quería volver y escribir, nada más, sin complicaciones, sin distracciones... así que me despedí de toda la gente que había conocido, me despedí de Erik, esa gran persona que me había convertido sin ser consciente en el hombre que era ahora, y cogí un vuelo de vuelta a casa.

- ¿Casa?

- Sí, el único lugar que realmente había sido una casa para mí: Maine. Volví a Maine. Al mismo barrio en el que viví hasta que murió mi madre. Sé que parece una pésima idea, pero no conocía otro lugar, y no quería tener que adaptarme a un nuevo entorno desconocido teniendo en cuenta que mis planes consistían sencillamente en encontrar una casa, escribir durante un tiempo y volver a viajar a otro lugar lejos de todo.

- ¿No se alojaría en las ruinas de su antigua casa verdad? –pregunta Bigelow con sorna.

- No –contesta Carraway- ni siquiera quedaban ruinas para cuando regresé, ya habían construido otra casa en esa parcela y una familia con tres hijos la había habitado. Pero hubiera sido de lo más romántico, ¿no cree?, que hubiera escrito en los restos carbonizados de mi antiguo hogar, allí, día y noche, bajo un toldo de plástico por si llovía. Pero no, siento decirle que fui mucho más convencional que de costumbre a la hora elegir un lugar. Me compré una casa recién construida un par de manzanas al norte, compré una máquina de escribir “Favorit”, una cama, una mesa, una silla y mucha comida

y, tras meterlo todo en la misma habitación, me encerré a escribir. Es cierto eso que dicen de que “el que tuvo retuvo”, porque en cuanto mis dedos se posaron sobre las teclas quedó patente que mi don, al contrario de haber sufrido un deterioro por el tiempo transcurrido, se había potenciado. Todo fluía de mí con suavidad y violencia al mismo tiempo, con precisión y anarquía, como antaño. Además, tenía mucho que contar tras mi largo viaje, así que ni siquiera tuve que tomarme un tiempo para decidir un tema sobre el que escribir, en cuanto empecé ya nada pudo detenerme. Durmiendo una media de cuatro horas al día terminé mi libro en tres meses. ¿Recuerda el nombre de éste? –Bigelow niega con la cabeza-. Lo llamé “Donde el cielo arde”, huelga que explique el porqué de su nombre, ¿verdad? El caso es que cuando hube terminado, llené una mochila con un puñado de cosas indispensables y un par de prendas de ropa y por fin salí de casa. Paré un taxi y le pedí que me llevara a la sucursal en Maine de la editorial “Lookbook”. Cuando llegamos le dije que esperase, que solo tardaría un par de minutos. Bajé del taxi y, escondido bajo un oscuro sombrero, entré en la sucursal y dejé en recepción todas las páginas que conformaban mi libro metidas dentro de una gruesa carpeta. “Házselo llegar a los de arriba”, le dije a la chica al otro lado del mostrador. Cuando ella me preguntó de parte de quién tan solo respondí: “Fénix”. Se le iluminaron los ojos y trató de decir algo, pero me di la vuelta y abandoné el edificio a paso rápido antes de que lo hiciera. Me subí al taxi y pedí ir lo más rápido posible al aeropuerto. Volví a huir, inspector, volé aún más lejos, aún más alto... pero harto del frío me decidí por un lugar cálido, donde no necesitase ir con abrigo hasta en verano. ¿Sabe dónde fui?

- Nadie lo sabe. –contesta Bigelow- De nuevo desapareció, eso hizo que su libro se vendiera incluso más.

- Fui a Madagascar, inspector, a una pequeña localidad costera llamada Morondova, ahora alguien lo sabe... Allí perdido, en ese cálido y peculiar país de tierras rojas, extraños árboles y amables gentes nadie me conocía, así que podía estar tranquilo. No supe que mi cuarto libro abrió la herida mal cerrada que había hecho mi nombre en la sociedad. No supe que la gente se volvió loca al saber de mi inesperado regreso al mundo de la literatura y tampoco supe las astronómicas cifras de ventas que alcanzó mi cuarta obra. No hay nada que venda más que el misterio, y eso era lo que yo ofrecía sin darme cuenta, un gran misterio. Hasta entrevistaron para la televisión a la

joven recepcionista a la que entregué mi libro. Le preguntaron por mi aspecto, por mi estatura, mi forma física, mi complexión, mi voz, mi atractivo... estupideces, sin duda, pero su declaración y algunas fotos del orfanato era lo único que tenían sobre mí, y eso me convertía en alguien aún más misterioso. Lo gracioso era que yo, lejos del caos que había creado con tan solo una visita, me encontraba al otro lado del mundo, relajado y en paz, aprendiendo con lentitud los entresijos de un idioma y una cultura extraños para mí. Decidí que ya había trabajado suficiente en Alaska, y que mi estancia en Madagascar sería como unas merecidas vacaciones. Compré una bonita y sencilla casa cerca del mar y, cuando me cansé de los baños matutinos en el océano y de tomar el sol en mi porción de playa particular, decidí comprarme una bicicleta. Pedaleé y pedaleé en todas las direcciones, durante mucho tiempo, alojándome en casas de amables ciudadanos o en precarios hostales del camino. Conocí gente, vi exóticos animales, contemplé increíbles amaneceres... No sé cuántos kilómetros recorrí en bicicleta, pero muchos. Para que se haga una idea, inspector, mis excursiones las medía en semanas, y lo normal era que durasen entre cinco y seis semanas. Descubrí la belleza extraordinaria de Madagascar montado en mi bicicleta, vestido con ropa ajada y mal lavada. Nadie que me hubiera visto por aquellas fechas hubiera imaginado que poseía fama y dinero, y que ambas aumentaban a cada segundo, a cada pedaleo -Carraway ríe-. Cuando ya hube explorado una considerable cantidad de kilómetros ciento ochenta grados alrededor de Morondova, decidí cruzar al otro lado del canal de Mozambique, hacia el vasto continente de África. Mi afán aventurero estaba en su apogeo cuando llegué a las costas de Mozambique, pero se desvaneció al recordar mi deuda. Ya sabe, inspector, todo hombre...

Carraway mira a Bigelow en silencio esperando a que él acabe su frase.

- ¿El qué? –pregunta Bigelow encogiéndose de hombros- ¿Todo hombre qué?

- Que todo hombre debe pagar sus deudas -contesta Carraway subiendo el tono-. Debe estar atento, inspector, ya lo he dicho antes –Bigelow frunce el ceño-. Lo importante es -continúa Carraway-, que allí, recién llegado al continente, me di cuenta de que era momento de volver y escribir sobre las cosas tan increíbles que había visto, y que ya regresaría a África algún día

para seguir explorando sus tierras. Así que, tan moreno como irreconocible, con una espesa barba y ningún equipaje, cogí un vuelo de vuelta a Maine. Llevaba un año y cuatro meses en África, un año y cuatro meses que pasaron como un suspiro. No son unas cortas vacaciones, ¿verdad? -dice Carraway sonriendo-. Pero ya se había acabado mi descanso, era hora de volver al trabajo, así que compré otra enorme cantidad de comida y me volví a encerrar en mi habitación. La inspiración que recibía con cada viaje volvió a hacerse patente en cuanto comencé a escribir, de nuevo un mar de ideas arrasó con fuerza el papel cubriendo hojas y hojas. En dos meses y medio de soledad y cortas noches hube terminado mi quinto libro: "Bajo el sol". Contemplé orgulloso la montaña de papel durante unos segundos, la cogí, la metí en una carpeta y salí de casa. Tenía pensado hacer exactamente lo mismo que la última vez. Paré a un taxi y fui a la sucursal en Maine de la editorial "Lookbook". Me sentía nervioso y abrumado por cuál sería mi destino esta vez, tenía ganas de descubrir qué nuevo lugar del mundo estaba reservado para mí. Bajé del taxi como la última vez, entré en el edificio de la editorial y dejé el manuscrito en recepción a nombre de "Fénix". Fue entonces cuando las cosas se complicaron... Ni siquiera pensé que algo podía salir mal en esa parte del proceso, así que lo que ocurrió me cogió totalmente desprevenido. Resulta que la chica de recepción era la misma chica a la que había dejado mi cuarto libro un año y medio atrás. Yo podía haber cambiado, podía ser mucho más moreno, ser ligeramente más alto y llevar gafas de sol y un sombrero más grande que la última vez, pero ella... ella seguía exactamente igual. Cuando escuchó el nombre de "Fénix" alzó la cabeza frenética para mirarme y después descolgó el teléfono y marcó un número con rapidez. Actuaba como un robot, como siguiendo un preciso protocolo. Evidentemente no me quedé para ver en qué acababa todo, si no que salí del edificio lo más rápido que pude. Me subí al taxi y supliqué ir a máxima velocidad al aeropuerto. Le prometí mucho dinero al taxista si se saltaba todos los semáforos en rojo. Así lo hizo, y en menos tiempo del que creí posible llegamos a nuestro destino...

- Pero ya era tarde -interrumpe Bigelow casi susurrando.

Carraway se queda un segundo en silencio, mirando al infinito, y después asiente con la cabeza.

- Ya era muy tarde... por fin me habían encontrado.

- Eso sí que fue noticia -dice Bigelow-. El misterioso Arthur Carraway aparece por fin... Salió en todos los periódicos. Recuerdo el sombrero tan hortera que llevaba en las fotos -ríe.

- Me costó entrar por la puerta del aeropuerto con la cantidad de prensa que había. Después de haber estado tanto tiempo en la tranquilidad de Madagascar, y después de pasar dos meses y medio en la quietud de mi casa de Maine, el ensordecedor griterío de la gente y las constantes preguntas de los periodistas transformaron la entrada en un infierno. Todos intentaban hablar conmigo, y se empujaban entre ellos para poder avanzar a mi lado. Los flashes de las cámaras no dejaban de cegarme y me costaba andar en línea recta. Aquello era sin duda la tormenta después de la calma, mi vuelta a la incómoda realidad... Me siguieron como acosadores hasta dentro del aeropuerto mientras me asediaban a preguntas. "¿A dónde tiene pensado ir, Fénix?", preguntaban... ¡Maldita sea!, no podía saberlo, no dejaban que me concentrase, ni siquiera podía ver con claridad los carteles por culpa de los incesantes flashes. Finalmente, sobrepasado por la situación y al borde de explotar en un violento ataque de cólera, o sencillamente perder el conocimiento por la creciente presión que se acumulaba en mis sienes, decidí dirigirme a la taquilla y pedir un billete para el siguiente vuelo que cruzase el Atlántico. El dependiente, impactado por la multitud que se agolpaba a mi alrededor, tecleó nervioso en el ordenador y me dijo que los vuelos más próximos eran el vuelo a Atenas que embarcaba en diecisiete minutos y el vuelo a Viena en diecinueve. "El primero", dije casi arrojándole mi tarjeta de crédito. No porque prefiriese Atenas, sino porque eso suponía ahorrarse dos minutos de terrible sufrimiento. Y una vez que tuve el billete en la mano corrí, sencillamente me dediqué a correr por el aeropuerto. Movía las piernas lo más rápido posible, la mochila daba saltos en mi espalda y la gente a mi alrededor se agolpaba para tratar de seguirme el ritmo. En un momento dado el sombrero se me cayó de la cabeza, pero me dio igual, seguí corriendo como si escapase del más ávido de los asesinos. "¿Por qué a Grecia, Fénix?", preguntaban a mi espalda, "¿tiene pensado seguir escribiendo?". Quería que me dejaran en paz, que enmudeciesen, que desapareciesen... Y eso hicieron, los gritos cesaron al fin en cuanto crucé la puerta de embarque, les dejé atrás, con sus cámaras y sus grabadoras, con sus flashes y sus preguntas. Pude entonces respirar, y tras el frenesí recién experimentado, allí, sentado en el avión, recuperando el

aliento con sonoras bocanadas de aire me di cuenta de algo: ¿a dónde demonios estaba yendo? Supongo que pocas personas se han hecho esa pregunta ya una vez dentro del avión, ¿no cree? -Carraway ríe.

- Pues no fue a un lugar tan raro y apartado. Yo mismo estuve en Grecia durante mi luna de miel.

- Fíjese que coincidencia, inspector. Efectivamente no se trataba del lugar más raro del mundo, ni del mejor lugar para desaparecer, de hecho ya tenía pensado usar el aeropuerto de Atenas como punto desde donde hacer escala y volar a otro lugar más apartado. Pero cambié de idea cuando llegué... Coincidirá conmigo en que aquello es precioso, ¿verdad inspector? -Bigelow hace un ligero gesto con la cabeza de forma afirmativa-. Es bueno saber que al menos estamos de acuerdo en algo... -continúa Carraway-. Gracias a Atenas me di cuenta de que, cualquier lugar del mundo que no fuese Maine o Bedford podía maravillarme, que no tenía que buscar el destino más extraordinario para sorprenderme, porque todos eran extraordinarios para mí. Concluí entonces que lo importante no era lo que miraba a través de mis jóvenes ojos, si no lo que veía... Miraba una sencilla vista de la ciudad de Atenas desde la entrada del aeropuerto, pero en mi interior veía maravillas. La gente, los edificios, hasta el sol era distinto allí, todo se presentaba ante mí como una postal de viaje con cada uno de mis parpadeos. Decidí finalmente quedarme, empapar me de los incontables matices de ese nuevo lugar. Pero, como antes bien ha dicho, Atenas no es el paraje más apartado del mundo, y gracias a traductores mis libros habían llegado hasta Europa, así que no tardé en empezar a encontrarme con gente que me señalaba. Al principio eran lugareños que habrían visto mi foto en el periódico y que se acercaba a mí y me hablaba con total normalidad en una lengua desconocida. Lo malo es que las noticias vuelan, y en menos de tres horas después de haber llegado empezaron a aparecer periodistas. Menos que en Maine, claro está, pero igual de inoportunos e insistentes. Me hacían preguntas, a algunos les entendía, a otros no, pero a ninguno contestaba. Había viajado a Atenas para escapar y aquello era lo que encontraba... maldita sea, que desafortunado me sentía...

- No exagere, señor Carraway, no es la única persona famosa del mundo, y todos saben convivir con la prensa.

- Se equivoca en eso, inspector, todos "aprenden" a convivir con la prensa -matiza Carraway-. Y por aquel entonces yo no había tenido tiempo para tal cosa. Ahora claro que sé, es un tema que ya no tiene misterios para mí, tengo mis trucos para lidiar con ellos. Pero allí, andando sin rumbo por las calles de Atenas, tuve que improvisar... Me alojé en un hotel de cuatro estrellas que estaba en el centro y al amanecer del día siguiente cogí un taxi al puerto marítimo. ¿Se hace una idea de cuáles eran mis planes?

- ¿Buscó trabajo como en Alaska? -pregunta Bigelow sin mucho interés.

- No -contesta Carraway-. Mucho mejor que eso. Me compré un barco. Un pequeño yate modelo Jemsa fácil de manejar, con un acogedor camarote para uno y una estrecha y eficiente cocina. Como Onassis, pero mucho menos glamuroso... -sonríe-. Durante algo más de un mes pasé las noches en el barco, amarrado en el puerto, y los días en alta mar. Contraté a un experimentado marinero llamado Denes que conocí en el amarradero de barcos pesqueros para que me enseñara los conceptos básicos de la navegación. Nos entendíamos, bueno... más o menos. Chapurreaba con deficiencia mi idioma porque tenía un abuelo de Kentucky o algo así creo recordar, el caso es que, con lo que ya sabía sobre el mar y sobre los barcos gracias a Alaska, tardé solo un mes en aprender a navegar. Y tras las lecciones, tan solo me quedaba practicar... El mar Egeo, comprendido entre Grecia y Turquía, se transformó en mi patio de recreo, emprendí decenas de viajes en solitario de isla en isla, haciendo paradas tan solo para hacer acopio de alimentos y demás cosas indispensables y para hacer un poco de turismo. En el mar me sentía minúsculo, perdido y encontrado al mismo tiempo. ¿Sabe lo que es mirar alrededor trescientos sesenta grados y tan solo ver el color azul, el cielo confundándose con el mar en el horizonte, cada uno con sus secretos?, ¿sabe lo que es agudizar el oído y tan solo escuchar el murmullo de la brisa, el murmullo del agua, y el crepitar de la piel bajo el sol? Es una sensación adictiva, inspector, por eso hay hombres que han acabado enamorándose perdidamente del mar... -Carraway abre la cajetilla de tabaco y saca un cigarro-. A mí casi me ocurre eso, me sentía tan cómodo en mi pequeño barco que empecé a plantearme el no volver jamás, en quedarme navegando esas aguas para siempre. Pero el mar es tan hermoso como traicionero... Casi pierdo la vida en una fuerte tormenta cerca de la isla de Mykonos, y de nuevo en una tormenta aun mayor próxima a Santorini. En esta segunda, una gran ola

me tiró del barco al mar embravecido en medio de la noche. En la total oscuridad, con el agua agitándose con fuerza y mi embarcación alejándose, supe con certeza que iba a morir, pero no fue así, alguien me salvó, “algo” me salvó. Fue el escritor, inspector, lo comprendí instantáneamente, aquella tormenta y la anterior habían sido obra suya, me estaba mandando una señal, me estaba diciendo a gritos que mi destino no era quedarme allí, navegando, sino que debía regresar a tierra lo antes posible porque tenía otros planes para mí. Por ese motivo me hizo caer al agua y después me salvó. Uno de los flotadores de seguridad de mi barco apareció de pronto frente a mí, bailando los relámpagos. Me agarré a él con las fuerzas que me quedaban y esperé. Sé que si ese flotador no hubiese aparecido me habría ahogado, pero inspector, estaba fuertemente atado a la proa de mi barco, así que, ¿cómo pudo llegar hasta mí?, alguien me ayudó aquella noche, no tengo la menor duda. Pasé unas catorce horas sujeto a mi salvación, protegiendo mis recientemente cumplidos veintitrés años de la indómita fuerza de la naturaleza.

«Al día siguiente, con el mar ya en calma y al borde del desmayo por cansancio, divisé mi barco seriamente dañado en la lejanía. Supe entonces que viviría –se coloca el cigarro entre los labios y Bigelow le acerca el zippo-. Era el momento de regresar, no exactamente por propia voluntad como las otras veces, pero eso no importaba... –enciende el cigarro-. Volví al puerto de Atenas y amarré mi barco por última vez. Habían pasado un año y tres meses desde que salí de Maine, y aún me quedaba una cosa más por hacer antes de regresar para escribir. Previendo la oleada de prensa que de nuevo haría despertar mi aparición en público decidí que lo mejor que podía hacer era acostumbrarme a ellos antes de volver, descubrir cómo poder convivir con los medios antes de verme desbordado por ellos. Durante un mes me dediqué a hacer largos paseos por Atenas dos o tres veces por semana, no solo para ver la ciudad, sino también para atraer a la prensa. Eran como un reloj, cada vez que me alejaba del puerto y me adentraba en zonas más transitadas aparecían. En total solían juntarse alrededor de una decena de periodistas, confirmando que la atracción hacia mi persona aún persistía a pesar de haber estado más de un año perdido. Daba la sensación de que nada había cambiado un ápice, como si todo vivido en la mar hubiera sido cuestión de un instante. Seguían haciéndome las mismas preguntas que antes; que si seguiría escribiendo, que dónde había estado, que por qué había elegido Atenas, y otras muchas cuestiones que no entendía. Esta vez, a diferencia de nuestros anteriores

encuentros, no huí, sino que les hice frente... a mí modo. No respondí a ninguna de sus preguntas, pero tampoco modifiqué el ritmo de mi paseo. Intenté acostumbrarme a su presencia a mi alrededor, a sus cámaras y a sus voces. Del mismo modo que mi mente había inventado años atrás a mis tres amigos imaginarios: Edgar, Jade y Emilie, ahora quizás podría, en lugar de hacer aparecer personas que realmente no existían, hacer desaparecer a otras que sí lo hacían, esa era la idea. Y lo logré, después de unos cuantos largos paseos, los periodistas dejaron de tener voces y caras para mí, se convirtieron en bultos que me acompañaban al caminar, nada más que bultos, tan vivos para mí como una piedra.

- Creo que es justo que le avise, señor Carraway, de que hay un montón de esos “bultos”, como usted los llama, a las puertas de esta comisaría esperándole –dice Bigelow con algo de malicia.

- No hacía falta que me avisase, inspector, no era muy difícil imaginárselo. Nunca he caído bien a la prensa, como se imaginará. Nunca les he prestado atención, nunca he contestado a sus preguntas, nunca he sonreído ante sus cámaras, es lógico que estén deseosos de que las cosas me vayan mal. Disfrutarían viéndome salir de esta comisaría esposado, puedo asegurárselo. Por desgracia para ellos, inspector, ambos sabemos que eso no va a ocurrir. Además, no puedo ir a la cárcel, señor Bigelow, no creo que pudiese acostumbrarme jamás a compartir habitación con otra persona, y menos si es violenta... preferiría acabar en cualquier sitio antes que en la cárcel.

- Ellos no son los únicos que disfrutarían viendo algo así, señor Carraway. –dice Bigelow encendiéndose el siguiente cigarro.

Carraway ríe.

- No lo dice en serio, inspector, ¿tan mal le estoy cayendo? –pregunta sarcástico.

- ¿Cómo cree que me está cayendo, señor Carraway? Llevamos horas encerrados en esta maldita sala. Llevo demasiado tiempo escuchando una declaración que más bien parece un diario, y creo que las palabras que salen de su boca comienzan ya a no tener sentido para mí. Pero usted disfruta con

esto, usted disfruta teniéndome aquí, jugando conmigo, disfruta oyéndose a sí mismo. Tan solo debe darme un nombre y un apellido para que pueda hacer mi trabajo señor Carraway, y en lugar de eso me narra sus memorias. Le estoy pidiendo dos palabras, no las miles que está diciendo... ¿es que no entiende qué cuanto más tiempo dure su declaración menos probabilidades tendremos de atrapar al asesino?

- Quiero que tenga algo claro inspector -dice Carraway manteniendo la calma-, el objetivo principal de mi declaración es demostrar mi inocencia, y para ello deberé dar el nombre del asesino, por eso lo daré, no porque usted me lo pida ni porque quiera que lo atrapen, sino para demostrar que yo no maté a Patrick Emmerton, ¿entiende? Así que no me importa que este tiempo que le estoy haciendo perder sea crucial en la investigación ni que el hombre que buscan pueda estar huyendo muy lejos de aquí en estos momentos, eso a mí no me concierne. De hecho, prefiero que así sea porque, aunque usted aún no lo sepa, estoy en deuda con el asesino, y esta declaración no deja de ser una forma de traicionarle... -Carraway da una calada pensativo-. Pero señor Bigelow, como diría cualquier persona con algo de inteligencia: “mejor él que yo”.

- Del mismo modo que a usted parece no importarles mi trabajo, a mí no me importa su vida -dice Bigelow de forma brusca y violenta-. Es hora de que me dé un nombre, señor Carraway.

El ambiente se ha vuelto más denso y abrasador de pronto. Ambos hombres se miran unos instantes con total seriedad, en el más absoluto silencio. De pronto Carraway aparta la mirada y comienza a reír.

- Entiendo que le cueste aceptarlo, inspector -dice incisivamente-. Pero, aunque esté sentado en el lado bueno de la mesa, por una vez no tiene agarrada la sartén por el mango. Deberá entender eso si quiere tener el nombre que busca -Bigelow respira agitadamente, controlando su creciente ira hacia el hombre que tiene delante-. Calma, calma, por suerte soy alguien justo, le prometí que le daría al asesino si escuchaba toda mi declaración, y me ha estado usted atendiendo todo este tiempo, así que le informo de que ya no falta mucho para llegar a lo que realmente le interesa, ¿no querrá echarlo todo por la borda cuando ya está tan cerca de conseguir lo que quiere, verdad?

Bigelow aprieta las mandíbulas involuntariamente. Lo hace con tanta fuerza que aplasta el filtro de su Winston entre los labios. Odia la situación en la que se encuentra, odia tener que darle la razón, pero no tiene otra opción. Necesita ese nombre, y cuanto antes termine el espectáculo del insoportable Arthur Carraway, antes lo tendrá, eso es lo único en lo que piensa.

- Puede continuar con su declaración –dice con frustración, bajando la cabeza.

- Bien, bien –contesta Carraway esbozando media sonrisa-. Eso es exactamente lo que quería oír, inspector, porque para su deleite, el misterioso asesino está al borde de volver a llamar a las puertas de mi historia...

Capítulo 8

- El viaje a Atenas me sirvió de tres formas distintas. En primer lugar hizo que me enamorase y que respetase al mar más incluso que antes, en segundo lugar consiguió que aprendiese a lidiar medianamente con la prensa, y por último, me trajo la inspiración que necesitaba para dar a luz a mi sexto libro: "Nubes de tormenta". La vida comenzaba a volverse ligeramente previsible a mis ojos, adoptó un curioso movimiento cíclico que transcurría por etapas: viajaba a algún paraje aleatorio bien alejado de casa, dejaba que mis ojos se maravillasen con la novedad de un mundo en constante cambio, después regresaba a Maine y, con la inspiración literaria a flor de piel, volvía a hacer lo único que sé hacer: escribir. La sociedad acogía mis libros con los brazos abiertos, con una ferviente expectación que siempre se veía satisfecha. Era un fenómeno público, un ídolo de masas, un hombre eternamente observado... y era exactamente esa presión la que me hacía viajar lejos otra vez, la que me hacía volver a empezar el ciclo. Viajé de nuevo a África, para completar la exploración que una vez dejara inacabada. Traje de vuelta la piel tostada por el sol del viejo mundo y el cerebro repleto de ideas. Escribí a una velocidad casi atlética: "Safari". Después volé a Nueva Zelanda, a Turquía, a Guinea Ecuatorial, a las islas Cook, a la estepa Mongola... descubrí, aprendí, escribí. Disfrutaba de que lo único constante en mi vida fuese el cambio, de que mi entorno mutase constantemente, de que mi cuerpo, mi mente y mis sentidos fuesen conscientes de la verdadera belleza y extensión de este mundo, que incluso a veces sentía demasiado pequeño. Cada año aproximadamente me tomaba un par de meses para asentar en mi memoria todo lo que había vivido y poder escribir sobre ello. Sacaba un nuevo libro con cada nuevo viaje, no por dinero, ni por la gente que lo leería, lo escribía para mí, para decirme a mí mismo que todo había sido real, para convencerme de que efectivamente mi vida se había convertido un carrusel geográfico. Sabía que desde algún lugar,

mi madre estaría leyendo esos libros, estaría sonriendo ante mi fortuna, y mi padre, desde su lado, me guiñaría el ojo sobrio, porque lo había conseguido, porque había vuelto a empezar... y de qué modo –Carraway habla de forma distante, como si estuviese hablando consigo mismo-. Viajé por todo el mundo, inspector Bigelow -dice levantando la cabeza-, cada continente, cada meridiano... hasta que llegué a Bután –Da una calada a su cigarro-. Llegué allí de casualidad, sin saber bien a dónde me dirigía, viajando en una pequeña avioneta pilotada por un hombre que no hablaba mi idioma y que parecía profundamente ebrio. Bután... oh Bután... -dice mirando hacia el techo con los ojos brillantes-. ¿Sabe qué es Bután, inspector? –Bigelow niega con la cabeza-. Bután es... es un pequeño y montañoso país que colinda con Nepal y el Himalaya, con frescos veranos y gélidos inviernos, con gentes tranquilas y felices, que adoptan el budismo como modelo de vida, que viven de su agricultura y ganadería, como antiguamente, sin política, sin control, sin miedo... Supongo que eso es Bután para cualquier persona que lea sobre ello, pero no para alguien que haya estado allí, y menos para mí. Para mí Bután no es un país, ni una localidad, para mí Bután es un estado de la mente, es una sensación, no es algo físico y tangible, es la suma de los recuerdos, de las imágenes y las emociones que para mí supuso aquel lugar. Bután es soñar despierto, es la felicidad en su verdadero estado, es... magia, como la aurora boreal, pero a ras del suelo. No creo que todas las personas que lo descubran piensen de un modo tan extremo, pero para mí fue casi como una revelación, un acto del escritor para decirme que ya era momento de dejar de viajar. Inspector Bigelow, ¿sabe cómo funciona nuestro sistema olfativo? Bigelow mira a Carraway sorprendido.

- ¿El sistema olfativo?, ¿a qué diablos viene esa pregunta ahora?

- Verá, inspector, de niño leí que nuestro sistema olfativo está muy poco desarrollado en comparación con casi todas las demás especies, que cuando olemos algo, en lugar de identificar la composición bien diseccionada de lo que estamos oliendo, nuestro sistema olfativo envía la información directamente a la parte del cerebro encargada de almacenar los recuerdos, de modo que cuando olemos por ejemplo un perfume, nuestro cerebro nos devuelve sensaciones, emociones, que hayamos sentido en el pasado en presencia de ese perfume.

- ¿Y qué?, ¿qué tiene que ver eso con su declaración? –pregunta Bigelow totalmente perdido.

- Se lo cuento, inspector, para que entienda qué es lo que ocurrió en mi cabeza en cuanto llegué a Bután. Cuando bajé de la avioneta y toqué suelo firme, miré a mi alrededor para descubrir que bello paisaje tenía el mundo reservado para mí esta vez, y era hermoso, sin duda, pero no fue eso lo que me dejó paralizado. Lo que logró retorcer mi alma, agarrotar mis músculos y petrificar mis huesos fue el olor. Cogí una profunda bocanada de aire fresco y mi cerebro se encargó del resto... De algún lugar recóndito de mi mente fue buscando uno a uno mis mejores recuerdos, recuerdos de los que ni yo era consciente, los envolvió todos juntos y me los entregó de vuelta, como si fuera un regalo adornado con un brillante y perfecto lazo. Las piernas me fallaron y caí de rodillas al suelo, lo que sentí es inexplicable, como si el pasado, el presente y el futuro no importasen, como si todo hubiese estado dispuesto para que yo cogiese esa bocanada de aire en ese preciso momento, todo se había alineado para hacerme sentir lo que más tarde definiría como “felicidad”. Fue perfecto... sencillamente perfecto... -Carraway cierra los ojos recordando la sensación. Permanece así unos segundos-. Sé que no puede entenderlo –dice abriendo los ojos de nuevo-, nadie que no lo haya vivido puede saber qué es, pero es lo más intenso que jamás sentiré. La felicidad, señor Bigelow, es una sensación real, existe. No como la gente suele definirla, no es algo duradero, no es algo que se pueda prever, la felicidad es apenas un instante de regocijo, como si descubrieses que todo lo ocurrido en tu vida ha tenido sentido, lo malo y lo bueno, por y para ti. Cualquier persona que haya tenido la infinita fortuna de alcanzar ese estado atestiguará que eso es la felicidad, que viene y se va en siquiera un instante, pero que logra empapar tu alma con su intensidad, afirmará que no la buscó, sino que llegó de forma súbita, inesperada, pura. Inspector, no busqué esa sensación, Bután me la regaló, yo solo tuve la suerte de poder aceptarla... -Carraway baja la cabeza y se queda en silencio durante unos segundos-. Aún afectado por la fuerza de lo que había sentido, pasé el que sin duda ha sido el mejor año de mi vida en Bután. Todo estaba adornado para mí con un colorido tinte, la realidad era la misma, el que no era el mismo era yo. Nunca he estado enamorado, pero por las descripciones que he leído de ese sentimiento, lo que sentí aquel año debió parecerse mucho, porque nada me afectaba, nada de lo mundano era ya importante para mí, vagaba impertérrito por unas tierras totalmente

desconocidas, con una sonrisa inocente cincelada a conciencia en mi cara.

«Trabajé ayudando a un anciano agricultor en sus campos de arroz a cambio de comida y alojamiento. Nunca llegué a saber su nombre, no hablábamos, él se comunicaba conmigo a través de leves gestos afirmativos o negativos con la cabeza, nada más. Portaba consigo siempre el mismo semblante y, aunque suene raro, creo que él sabía perfectamente lo que yo había experimentado al llegar a Bután, veía comprensión y empatía en sus ancianos ojos, como si me conociera de siempre. Un año después de mi llegada, un año que transcurrió con una paz y una tranquilidad inusitada, aquel hombre falleció. Dejó este mundo mientras dormía, de forma plácida e indolora. Le encontré por la mañana en su camastro e inmediatamente supe que había muerto: en su cara estaba dibujada la primera y última sonrisa que le vería. Enterré su cuerpo en una colina poco pronunciada a la cabeza de sus campos de arroz, bajo la sombra de un almendro centenario. Contemplando el bello paisaje montañoso, sentado junto a la tierra removida bajo la cual se hallaba mi anciano compañero, llegué a una conclusión... Ningún lugar del mundo superaría jamás a Bután, no para mí, ya era momento de dejar de viajar, de dejarlo para siempre. Y entonces regresé. Después de más de una década vagando por el mundo anclé mis pies a suelo firme y dejé de volar. Tenía ya treinta años, y en mi interior sentía haber visto prácticamente todo lo que merece la pena ver en este mundo. Era hora de asentarme por fin.

- Lo siento, pero no logro entenderlo señor Carraway -dice Bigelow-. Si para usted viajar era su forma de vivir, ¿por qué querría dejar de hacerlo?

- Sencillamente porque si algo que debería ser extraordinario, como es el hecho de viajar, lo haces de forma periódica, lo acabas transformando en rutina, le arrebatas la magia. Y no quería que eso ocurriese.

- Pero usted antes ha dicho que lo extraordinario no eran los viajes en sí, sino los lugares que visitaba, y eso es distinto cada vez. No tiene sentido dejar de viajar porque sea algo rutinario.

Carraway se queda unos segundos pensativo.

- Ya... Supongo que tiene razón, supongo que no fue ese el verdadero motivo. Tal vez pensé que ya ningún país volvería a maravillarme si lo

comparaba con Bután, o tal vez llegué a la conclusión de que un hombre no puede deambular de aquí para allá eternamente. Pero inspector, eso no es lo importante, lo importante es que, independientemente del porqué, estaba de vuelta, y lo estaría para siempre. Ya alojado en mi desamueblada casa de Maine tardé un poco más de tres meses en escribir mi duodécima novela. Es sin duda mi libro favorito, escrito en honor a Bután y a lo que me hizo sentir. La llamé: "Felicidad". Me sentía nervioso y al mismo tiempo expectante, no estaba acostumbrado a vivir de forma sedentaria, y lo que ahora venía por delante sin duda sería un gran reto. ¿Qué localidad elegiría para sentar la cabeza?, ¿sería capaz de acostumbrarme? Como era de esperar, la prensa volvió a asediarme desde que entregué mi libro en Lookbook hasta que llegué al aeropuerto. "¿A dónde viaja esta vez, Fénix?", me preguntaban. Lo que ellos no sabían era que mi destino no iba a ser en esta ocasión tan extravagante como solía, sino que iba a ser incluso demasiado tópico. No quería un paraje tranquilo, ya había estado en demasiados, en su lugar quería experimentar por mí mismo el bullicio de una gran ciudad, quería respirar movimiento, quería más luz de noche que de día, quería un lugar que rezumase vida las veinticuatro horas del día... quería viajar a Nueva York... -Carraway da una última calada a su cigarro que casi se ha consumido entre sus dedos-. Llegar a la Gran Manzana fue como abrir los ojos en un nuevo mundo. La prensa estaba también allí, mezclando sus tenues voces con el constante bullicio y sus flashes con los reflejos de luz de los rascacielos. Durante unos minutos no fui capaz de concluir si todo aquel despliegue de cemento y metal, de vida y de ruido me encantaba o me horrorizaba. Pero, tras haber caminado durante dos horas perdido entre manzanas gemelas y con náuseas provocadas por el murmullo urbano, supe que aquello no era para mí. Yo estaba acostumbrado a la naturaleza, al silencio, a la sencillez, y aquello era todo lo contrario. Aun así, fiel en mi empeño de adaptarme, busqué un lugar donde poder alojarme de forma cómoda. Ya que el dinero no era ningún problema, alquilé el ático de un bonito edificio de fachada elegante y clásica que colindaba con Central Park. Supuse que allí, lejos de la calle y cerca de lo único natural de la ciudad, habría más tranquilidad y podría estar a mi gusto. Y así fue, pero solo durante un tiempo... Un pájaro al que le cortan las alas puede llegar a acostumbrarse a su nueva vida, pero siempre añorará lo que una vez tuvo, eso fue lo que a mí me pasó. Tras haber palpado con mis manos, tras haber experimentado en mi propia piel la inmensidad del mundo, miraba por el ventanal de mi ático y me sentía encarcelado. Bajaba periódicamente a la calle en un intento de

adaptación y no podía evitar sentirme confinado en un enorme gallinero lleno de aves sin cabeza, que se movían sin pausa y sin rumbo. Después de llevar en Nueva York poco más de un mes tuve claro que había cometido un gran error: yo mismo me había apretado con los grilletes.

«Añoraba el mar cristalino, añoraba la tranquilidad de la gente, añoraba el silencio... Mis mejores recuerdos se volvieron nostalgia, y los malos comenzaron a reaparecer. Encerrado en mi ático, lejos del nauseabundo bullicio de la calle, la muerte de mi padre y la muerte de mi madre volvieron con insistencia a mis pensamientos. Me di cuenta de que todos mis viajes nunca habían tenido el objetivo principal de descubrir, sino de huir, y ahora volvía a recordar de qué. Había sido un hombre libre durante más de una década, pero por fin el pasado me había puesto la correa... Sucumbí a una creciente desgana que me acabó aislando por completo de la realidad. Me tumbaba en mi cama, miraba al techo y me imaginaba que seguía en Bedford, en el orfanato McHarmony, con la muerte de mis padres aun próxima. Además, la prensa, los fans y mis libros seguían allí, pruebas fehacientes de unas experiencias vitales que jamás volverían a tener lugar. Mi vida extraordinaria se apagaba en la gran ciudad. El tiempo perdió su significado para mí, los días, las horas y los minutos transcurrían a un ritmo propio a través del ventanal de mi apartamento, desacompasado con mi nuevo y depresivo ritmo vital. ¿Pero qué estaba haciendo?, maldita sea, ¿iba a permitir que el pasado me ganase la partida?, no podía seguir siendo débil, debía ser valiente y tratar de encaminar de nuevo mi vida. Por mi experiencia previa, concluí que sólo había una cosa que podía ayudarme en esos momentos. ¿Se imagina cuál inspector?

- La escritura, ¿verdad? -dice Bigelow sin mucho interés.

- En efecto -contesta Carraway moviendo la cabeza arriba y abajo-. Ese fue mi razonamiento. La escritura había logrado hacerme escapar de los peores momentos de mi vida, gracias a ella era independiente económicamente y había podido viajar por el mundo, ¿por qué no iba a ser capaz de sacarme de ese apuro? Así que, como tantas otras veces, compré una enorme cantidad de comida, centenares de folios en blanco, y me encerré en mi apartamento a escribir. Todo parecía ir bien, todo parecía ir como siempre: preparé con meticulosidad la máquina de escribir, coloqué la gran pila de papel y

repuestos de tinta en la mesa, me senté y esperé. Pero no ocurrió nada. En cuanto posé los dedos sobre las teclas ahí permanecieron, quietos, inertes, aguardando una llama que los encendiera. Las palabras no fluían ordenadas a través de mí como solían hacer, sino que rebotaban caóticamente en el interior de mi cabeza, muy lejos de acabar en el papel. ¿Qué me estaba pasando? Imagínese, inspector, sentía que había perdido lo único en lo que destacaba, mi don había desaparecido. Empezó a dolerme la cabeza con mucha fuerza, me levanté de la mesa al borde del llanto, cargado de una cólera asfixiante. Tiré la silla contra la pared, volqué la mesa y empecé a gritar. Las hojas volaban por la habitación a mi alrededor. Totalmente vacías. Estaba sufriendo un ataque de ansiedad, señor Bigelow, me sentía al borde del desmayo, en el límite de la consciencia. En ese estado de máxima frustración y pena llegué a una conclusión: estaba perdido. No entendía nada, el escritor me había hecho una señal en Bután para decirme que era hora de dejar de viajar, y ahora que le había hecho caso y había sentado la cabeza, me arrebatava mi don, ¿qué diablos quería de mí?, ¿qué se suponía que debía hacer? Bajé a la calle lo más rápido que pude, con la creciente sensación de que iba a ahogarme si no respiraba aire fresco. Una vez fuera, me senté en la acera y esperé a que mis constantes se normalizaran un poco. Más calmado, con la cara llena de lágrimas y sudor, entendí algo: del mismo modo que un mar en calma no hace a buenos marineros, como decía Denes, una vida en calma no hace a buenos escritores. No había podido escribir sencillamente porque no tenía nada sobre qué escribir. O me inventaba una historia o vivía una propia, eso era lo que el escritor tal vez quería de mí, que siguiese viviendo...

- ¿Y lo hizo? -pregunta Bigelow recostado en su silla.

- Bueno... respecto a lo de inventarse una historia era totalmente incapaz, no es que tuviese mala imaginación, es que no tenía ninguna, y respecto a lo de vivir... nadie puede decir que no lo intentase. Pero es más fácil proponérselo que hacerlo. Si yo le digo ahora mismo: salga y viva una experiencia extraordinaria, ¿sería capaz? -Bigelow se queda unos segundos pensativo, sin contestar-. Lo ve, no es tan sencillo. Pero aun así lo intenté, con un falso optimismo salí al día siguiente a la calle con el único objetivo de encontrar lo extraordinario en una ciudad caótica. Y tras mucho caminar en círculos y vagar como un gato callejero acabé entrando en un bar. No sé porqué lo hice, tal vez porque en mi paseo había cruzado ya tres veces delante de esa puerta negra y

ese cartel verde trébol con letras doradas, tal vez fue porque estaba cansado y necesitaba sentarme, o quizás algo superior a mí me guió hasta su interior, pero menos mal que lo hice...

- ¿Encontró allí su historia extraordinaria? -pregunta Bigelow.

- No, encontré algo mucho mejor. Encontré un secreto escondido a gritos, descubrí el remedio contra todos los problemas de esta vida, contra mi pasado, contra mi insatisfactorio presente, contra mi incierto futuro. Descubrí un nuevo mundo. ¿Quiere saber qué fue lo que encontré en ese bar, inspector, quiere saber el secreto para acabar con todos sus problemas? -dice Carraway acercándose a la mesa.

Bigelow muestra algo de interés.

- Adelante, sorpréndame.

- La absenta, señor Bigelow, la ardiente y misteriosa absenta -Bigelow resopla sonoramente-. No bromeo, inspector, -continúa Carraway-, semejante elixir debería venderse en las farmacias. Da igual el número de problemas que tengas, la absenta se convierte en un problema más en la lista, pero reduce la importancia de todos los otros. A mí personalmente me parece un justo intercambio, ¿no cree?

- Me está diciendo que lo que encontró en el bar fue alcohol... Jamás me lo habría imaginado, señor Carraway -dice Bigelow sarcástico.

- No fue alcohol, inspector, repito que fue absenta, no es lo mismo. Yo ya había probado el alcohol antes, en mi vuelo a Alaska junto a Erik, ¿recuerda?, pero aquello no tenía nada que ver. Había leído en repetidas ocasiones que mis ídolos de la infancia inspiraban sus almas creativas con el hada verde de la absenta. Baudelaire, Rimbaud, Poe, Oscar Wilde... todos consumían, y todos eran grandes. No es alcohol, señor Bigelow, es absenta, le puedo asegurar que existe una gran diferencia... En cuanto el transparente milagro bajó frío como el hielo y al mismo tiempo ardiente como el fuego por mi garganta, supe que mi vida acababa de cambiar. Lo que había descubierto no era la absenta exactamente, sino la vida a través del dorado filtro de la

absenta. Las preocupaciones que hacía unos minutos hubiera sentido como puñales a través de mi piel ahora eran nimiedades, había encontrado un potente sedante del espíritu, y era eso precisamente lo que siempre había necesitado. Tal vez no lograba inspirarme, ya que hacía falta mucho más que una bebida para lograrlo, pero para mí tenía otra función: con unos cuantos mililitros de esa pócima era capaz de volar con los pies en el suelo, podía sentirme ingravido, eterno, otra vez libre...

- Habla usted como un alcohólico, señor Carraway.

- Quizás sea porque lo soy, o al menos eso es lo que dice la prensa. Mi vida desde aquel momento ha estado permanentemente regada por la absenta, ha adormecido mis sentidos y ha calmado mis penas desde entonces. No estaba enfermo, solo estaba herido... herido por mi falta de inspiración, por mi pasado, por mi pena, y la absenta no era la cura, pero sí era un buen parche. Gracias a ella me di cuenta de que la libertad no me sentaba tan bien como yo pensaba, porque había diferentes grados, y tras haber experimentado la libertad en su grado máximo con mis viajes por el mundo, ahora la supuesta libertad de Nueva York me parecía irrisoria. Prefería estar encerrado en McHarmony otra vez a ser supuestamente libre en aquella ciudad, al menos en el orfanato podía escribir... -Carraway hace una pausa-. Sé que habrá escuchado muchas cosas sobre mí gracias a su esposa, sé que es conocedor de una gran cantidad de información sobre mi persona por culpa de los medios de comunicación. Ahora ya sabe de primera mano cual es mi relación con la absenta, empezó aquel nublado día, y nunca se ha diluido ni un ápice. He bebido mucho, sí, y lo reconozco con honra, porque para mí la absenta no es una perdición, es una salvación... Sé que la gente me toma por un vividor, por un hombre extravagante que ha perdido el rumbo, y que se preguntan cómo es posible que escriba tan buenos libros. Pero dígame, inspector, tengo curiosidad, ¿qué más cosas ha oído sobre mí?

Bigelow se queda unos segundos en silencio.

- La verdad... la verdad es que no he oído mucho, señor Carraway, nunca me ha interesado la vida privada de desconocidos.

- Ya, ya, sé que no es usted mi mayor admirador, pero algo ha tenido que

haber oído.

- Bueno, aparte de lo de su alcoholismo... -dice Bigelow mirando al techo-. ¿Algo de drogas? -pregunta sin estar seguro.

- Sí, en efecto, las he probado casi todas, pero nunca me han gustado, tan solo las tomaba en busca de historias extraordinarias sobre las que poder escribir... huelga decir que nunca dieron resultado. ¿Qué más ha oído?

- ¿Prostitución? -vuelve a preguntar Bigelow.

Carraway ríe.

- No es prostitución, es "compañía". Todo hombre tiene necesidades, incluso alguien como yo... ¿Algo más?

- La verdad, no lo sé, creo que no. Pero, ¿qué es exactamente lo que pretende contándome esto?

- Tan solo me quito el velo ante usted, debería sentirse afortunado. Antes le dije que el "yo" actual era fruto de lo ocurrido después de mis viajes por el mundo. Pues eso fue lo que ocurrió: alcohol, drogas, "compañía", y una falta de sentido en la vida que no podía augurar nada bueno...

- En resumen -dice Bigelow-. "Malas decisiones"

- No malas decisiones, "decisiones humanas". No encontraba inspiración aunque la buscase en el rincón más oscuro y pernicioso de Nueva York, estaba solo, estaba ebrio... vivía la vida de la que había huido con mis viajes, la vida de alguien con dos pasados, medio presente, y ningún futuro. Ahora carente de talento, el escritor me estaba mostrando lo que hubiera sido de mí si él no me hubiera bendecido con el don de la escritura, y era horrible... ¿Escuchó por casualidad algo sobre mi sequía literaria?

- No lo sé -dice Bigelow sin pensarlo mucho-. Es posible.

- Tuvo lugar desde que terminé de escribir "Felicidad" hasta que empecé

a escribir mi siguiente libro. En total tres años y ciento catorce días. Desde que comencé a escribir novelas con diecisiete años, nunca había pasado tanto tiempo entre un libro y el siguiente, así que la prensa comenzó a darse cuenta de que algo no iba bien, y al año y medio empezaron a preguntarme insistentemente por mi siguiente obra agravando así la frustración que sentía hacia mi don perdido. Durante esos tres años traté desesperadamente de hallar la inspiración fuera como fuera, intenté vivir historias extraordinarias pero no encontré más que problemas. Por suerte la ausencia hizo de mi desesperación algo soportable y me permitió seguir buscando algo que parecía haber desaparecido por completo. Viví lo que mucha gente consideraría una mala vida, pero que yo contemplaba como “supervivencia”. Ya no era capaz de vislumbrar ni un borde del camino que el escritor quería que siguiese, estaba totalmente perdido, abandonado a mi suerte, solo... Pero finalmente hallé mi salvación, o la salvación vino a mí, no sabría concretarlo. Aquella nublada tarde de Mayo, todo cuanto había estado buscando se presentó ante mis ojos, con el reconocible contorno de alguien proveniente del pasado.

«Deambulaba arrastrando los pies, recién salido del bar, sumido en mi cotidiano estado de embriaguez, cuando alguien se cruzó conmigo en el tumulto de la calle. Algo me llamó la atención en esa persona, tenía un elegante traje negro con rayas grises, una camisa de un impoluto blanco y una corbata carmesí. Andaba con seguridad en sus pasos, esbelto, con la cabeza alta y la barbilla paralela al suelo. Llevaba un maletín oscuro en la mano derecha y parecía tener prisa. Su cara... conocía esa cara, ya la había visto antes, ¿pero dónde? Sus ojos se toparon durante apenas un segundo con los míos entre la multitud y ambos pasamos de largo. Continué andando unos cuantos metros, haciendo poderosos esfuerzos mentales para recordar quién era esa persona que tan seguro estaba de conocer. Cuando me di cuenta me detuve totalmente en seco. ¿Era posible?, ¿podía ser realmente él, tan cambiado, tan distinto, tan... elegante?

- ¿El asesino? –pregunta Bigelow acercándose a la mesa interesado.

- El mismo, -contesta Carraway- Neil Armstrong, nuestro misterioso hombre, el causante de esta historia acababa de pasar a mi lado. Dieciséis años después de que nos viéramos por última vez allí estaba, en Nueva York, lejos de Bedford, lejos de McHarmony. ¿Qué probabilidades había de que

ambos eligiéramos la misma ciudad para acabar asentándonos, qué probabilidades había de que nos encontráramos allí tanto tiempo después? Yo se lo diré, inspector: ninguna. Aquello no era una coincidencia, no podía serlo. Era el destino, era el escritor, era mi camino... Fui a darme la vuelta para ir hacia él, pero no hizo falta, una reconocible y carismática voz sonó a mi espalda. “Sílabas, ¿eres tú?...”

Capítulo 9

- Tardé un par de segundos en darme la vuelta, no me estaba haciendo de rogar, sencillamente estaba saboreando esos instantes como si supiese con certeza que mi vida estaba a punto de cambiar. Le di las gracias al escritor, por enviarme a ese espectro de mi pasado con el que jamás pensé volver a encontrarme, le di las gracias a la absenta, por haberme hecho salir de casa para ir al bar, le di las gracias a Bután, a Denes, a Erik, al señor Hoffman, a mi padre, a mi madre, a todo lo que me había hecho estar allí en ese preciso momento... y finalmente giré sobre mí mismo para encontrarme con mi destino. Y allí estaba él, con su atemporal sonrisa socarrona, desprendiendo ese halo de calidez y camaradería. Se le veía centrado, encontrado, con más presencia y seriedad que antes, con la vida claramente encarrilada en la dirección correcta. Su imagen lo decía todo sobre él, sobre su seguridad en sí mismo, su visión optimista de la vida, su ambición y tenacidad. "No me lo puedo creer", dijo, "Arthur, ¿cuánto tiempo?". Llevaba mucho sin hablar con nadie y además estaba bajo los enajenantes efectos de la absenta, así que me sorprendí a mí mismo al verme hablando con soltura. "Dieciséis años", contesté, "dieciséis años desde McHarmony... ¿Qué ha sido de ti?, se te ve muy... bien". Neil dudó en contestar, levantó la manga izquierda del traje, miró su reloj y resopló. "Se supone que tengo una reunión en diez minutos...", dijo excusándose, "pero sabes qué, reuniones hay muchas, pero no todos los días uno se reencuentra con un viejo amigo. ¿Qué te parece si te invito a una cerveza y nos ponemos al día?". Amigo, me había llamado amigo, lo había dicho y yo lo había escuchado, y esa palabra era tan reconfortante que disipó mi ebriedad al instante. Quería volver a reír con su jocosos sentido del humor como todos hacíamos en McHarmony, quería exclamar: "¡Sí, bebamos juntos, hablemos, riamos... lo necesito!". Pero logré contener mi agitación y tan solo dije: "Me encantaría".

«Dejó que yo le guiase hasta mi bar de cabecera, esa vieja taberna de puertas negras, con grandes letras estampadas en dorado sobre un fondo verde trébol. Nos sentamos en una pequeña mesa para dos en una esquina del local, él pidió una pinta de cerveza Beck's y yo un café cortado con hielo. No solo no me gustaba la cerveza, sino que ya había bebido suficiente aquel día y quería estar lo más sobrio posible delante de Neil, no obstante, mi elección hizo que él me mirase con curiosidad. "¿Abstemio?", preguntó. Casi me echo a reír. "No exactamente...", contesté con un tono que dejaba entrever el verdadero trasfondo del asunto. Hablamos y hablamos durante horas, le conté qué ocurrió en el orfanato desde su partida, resumí lo más brevemente posible mi vida desde que comencé a escribir, le hablé del dinero que gané, de los viajes que hice, de la gente que conocí... Y cuando mi historia llegó a la actualidad, me dediqué a ser lacónico y conciso, no di mucha información sobre lo desdichado y atrapado que me sentía, no quería que supiese que tras todo lo vivido y experimentado, me había convertido en un ebrio pusilánime. En realidad todo lo que le estaba contando era bajo su petición, yo no tenía ganas de hablar sobre mí, quería escucharle a él, quería saber qué había sido de su vida desde el orfanato. Cuando por fin hube terminado, comenzó su historia, ya llevaba un par de pintas en el cuerpo pero su voz y su carisma se mantuvieron intactos. Hablaba con un ritmo musical y melodioso, casi hipnótico, pero eso era exactamente lo que esperaba de Neil, él siempre tuvo esa capacidad, en cuanto entraba en escena, tu atención y la de todos los presentes giraba en torno a él, como si fuera un potente imán. Me contó que había logrado alcanzar las metas que se marcó en McHarmony para cuando saliera, que una vez fuera, con la abultada herencia de su familia por fin a su disposición, viajó a la costa Este para ver el mar, que según él, era el mayor regalo posible para nuestros ojos. Recuperó el tiempo perdido haciendo todo tipo de actividades sociales, entabló una vasta cantidad de nuevas relaciones y usó su dinero sin preocuparse lo más mínimo por el futuro. "No lo malgasté como muchos hubieran afirmado", dijo, "lo invertí en experiencias". Al descubrir que su cuenta bancaria se había reducido hasta los tres dígitos concluyó que era momento de ponerse serio, era momento de madurar. Viajó a Nueva York en busca de su sitio en el mundo. "No servía para nada", dijo, "no sabía prácticamente nada sobre matemáticas, no poseía un don para la escritura como tú, ni creía poder tener responsabilidades sobre mis hombros... Pero había algo que sí que se me daba bien: la gente. Y doy fe de que con eso

basta". Me contó cómo su capacidad para encandilar le granjeó un trabajo de becario en la empresa "Clockworld" dedicada a la venta de relojes de alta calidad. En menos de un año desde su entrada, y tras dar cuenta de su gran don de gentes, le hicieron comercial. "Para mí era como vender oxígeno a alguien que se ahoga", aseguró, "hablaba con los clientes durante unos minutos y no acababan queriendo comprarse un reloj... acababan necesítandolo. No está bien que yo diga esto, pero era bueno en lo que hacía, era el mejor." En cinco años le ascendieron a jefe de comerciales y en siete a parte de la junta directiva. Actualmente ganaba una gran cantidad de dinero por hacer algo que le gustaba y parecía estar satisfecho con su vida. Me contó que había tenido más de una relación sentimental pero que casarse no entraba dentro de sus planes. Confesó haberse leído todos y cada uno de mis libros con gran interés y dijo que no se creía nada de lo que la prensa decía sobre mí, que por eso tenía ganas de saber mi verdadera historia. Parecía que el relato de su vida había terminado, parecía que ya no le quedaba nada por contar, pero aún faltaba algo, y lo que añadió a continuación supuso el principio de un camino que jamás pensé explorar. Si no hubiera continuado hablando, si nos hubiéramos despedido en aquel momento y nos hubiésemos ido cada uno por nuestro lado, usted y yo no estaríamos aquí sentados ahora mismo, inspector.

- ¿Qué fue lo que dijo? –pregunta Bigelow mostrando interés.

- Neil resopló, dio un largo trago a su tercera pinta y se inclinó hacia delante poniendo los codos en la mesa, acercándose a mí como si quisiese contarme un secreto. "¿Quieres saber algo?", dijo susurrando, "la verdad es que no es todo tan maravilloso como parece... Me gusta mi trabajo, pero después de tantos años empiezo a sentirme encerrado, como si me faltara algo, como si añorase la vida que una vez tuve. Últimamente no puedo quitarme de la cabeza la idea de hacer un gran cambio, de salir ahí afuera a gastar mi dinero como si no hubiese un mañana, volver a empezar desde cero...". Se quedó callado unos segundos, mirando a su cerveza con un semblante muy distinto al de antes, aparentemente cansado, triste incluso. En todo el tiempo que estuve en McHarmony, nunca vi a Neil así, mostrándose vulnerable, débil. "Olvidalo", dijo terminando su pinta, "es culpa del alcohol, hace que me preocupe por ideas tan absurdas como estas... mañana seguro que ni lo recuerdo". Pero yo no iba a olvidarlo, cada palabra que había dicho se podía aplicar a mí, yo añoraba también una vida pasada y soñaba con olvidarme de

todo y volver a empezar. Le miré con otros ojos, de forma más cercana, al fin y al cabo Neil era una persona como yo, con profundos y pesimistas sentimientos, aunque tratase de esconderlos tras un velo de seguridad y apariencias. Me sentí mal por no haberle contado la verdad sobre mi estancia en Nueva York, sentí que, por empatía y por justicia, debía sincerarme.

«"No son ideas absurdas", comencé diciendo, "yo también me siento encerrado, yo también pienso constantemente en el pasado. Cada día veo más esta ciudad como una gran jaula sin llave... Mi inspiración para escribir se ha evaporado como mis ganas de seguir buscándola, actualmente soy un miserable que tan solo sale de su ático para buscar absenta con la que apagar la mente... Esa es la verdad". Me sorprendí a mí mismo por la intensidad y crudeza de mis palabras, que habían salido de mi boca como si llevasen deseando hacerlo durante años. Por su mirada, Neil también parecía impactado. "¿Cómo que tu inspiración se ha evaporado?", preguntó sin llegar a creérselo. Le conté que desde hacía ya más de tres años, desde mi último libro, no había sido capaz de escribir una sola palabra, le conté que esa ciudad no había logrado brindarme ninguna experiencia extraordinaria sobre la que poder escribir y que me sentía incapaz de inventarme una y plasmarla en el papel. Neil se quedó unos instantes pensativo, mirando al frente con la vista vacía, perdido en una idea que comenzaba a gestarse en su cabeza. "¿Y si...?", dijo lentamente, como si estuviese haciendo el mayor descubrimiento de su vida, "¿y si por eso estoy yo aquí, y si no es una coincidencia que nos hallamos encontrado, y si nuestro reencuentro no ha sido fortuito?... Arthur, ¿crees en el destino?". No podía creerlo, ¡hablaba como yo!, ¿pero a qué se refería, por qué me preguntaba eso? "¿Qué quieres decir?", pregunté confundido. "Arthur", contestó con los ojos brillantes, con notas de entusiasmo en la voz, "tú no puedes crear historias, no eres capaz de inventarte algo con sentido, pero yo sí puedo... por eso nos hemos encontrado. Arthur, yo seré tu inspiración, yo te daré historias y tú las escribirás...". Tardé unos cuantos segundos en procesar sus palabras, le miré fijamente para intentar adivinar en su mirada si estaba bromeando, pero no, parecía seguro de lo que había dicho, como si se tratara de la mejor idea del mundo. ¿Estaría borracho?, esa era la única posibilidad factible, porque semejante proposición no parecía poder tener cabida en una mente a pleno funcionamiento. ¿Cómo que me iba a proporcionar historias?, ¿pero qué se había creído, un cuentacuentos? No sé cómo lo verá usted, inspector, pero supongo que tampoco le gustaría que

alguien apareciese un día de pronto y, con total seriedad, le dijese que le va a ayudar en su trabajo, como si supiese con certeza que es mejor que tú haciendo lo que mejor se te da. Hay una delgada línea entre la ayuda y la prepotencia, y a mi parecer, Neil la había sobrepasado con su extraña proposición. ¿Usted no lo cree, inspector?

- La verdad es que me da igual –contesta Bigelow indiferente-. Es usted el que parece saberlo todo sobre esa maldita línea. Prepotencia o ayuda... ¿Es que usted no se escucha a sí mismo?

Carraway ríe.

- Claro que me escucho. Sueno como alguien que conoce el nombre del asesino y que se lo dará pronto. A mí eso me parece ayuda. Prepotente o no es una opinión solo suya...

Bigelow apoya la frente en la palma de la mano derecha y baja la cabeza resoplando. Parece tremendamente cansado de las constantes interrupciones en el relato de Carraway, que no parece llevar a ninguna parte.

- Por favor –dice casi suplicando-, continúe, acabe ya con esto...

- Está bien -responde Carraway satisfecho-, Neil acababa de proponer ser mi donante de historias, ser el sustituto de mi imaginación, mi cuentacuentos particular. “¿Qué te parece?”, preguntó incrementando el entusiasmo de su voz. No sabía cómo contestar. “¿Y... qué tipo de historias me proporcionarías?”, pregunté siguiendo su inercia. “La verdad es que ya tengo unas cuantas ideas para que puedas hacer tu siguiente libro.”, dijo acercándose más a la mesa y tratando de darse a sí mismo un tono más profesional. “Cada vez que terminaba de leer uno de tus libros llegaba a la conclusión de que plasmabas una visión demasiado poética y hermosa del mundo... el caso es que siempre me quedé con ganas de ver algo más oscuro, algo más humano, más real. Y creo que ese sería un buen punto desde el que partir, ¿por qué no pruebas a escribir algo menos alegre y luminoso, algo más frío e impactante?”. No me planteé ni por un segundo hacerle caso, pero decidí seguirle la corriente, seguramente al día siguiente se habría olvidado de sus ebrias palabras y no quería arrebatárle ahora la ilusión. “¿Y qué es lo que propones?”, pregunté. Neil sonrió. “Había pensado en una novela sobre un

crimen...”.

Bigelow reacciona con esas palabras. Saca su cuaderno de notas y escribe algo en la parte superior.

- ¿Un crimen? –pregunta con seriedad.

- Exactamente -contesta Carraway-. Neil quería que yo escribiese sobre un crimen. Casi no logro aguantar la risa cuando lo dijo. ¿En qué estaría pensando?, si mis libros solían ser casi guías de viajes, relatos de experiencias vitales, nada parecido a crímenes. Pero no se detuvo ahí, ahora que creía tener mi atención, siguió hablando con más entusiasmo incluso que antes. “El crimen es un tema bastante recurrente en el mundo de la literatura, yo mismo he leído unos cuantos libros al respecto”, comenzó diciendo, “la diferencia entre esos libros y el que vas a escribir tú, es que las palabras que conforman esos libros no han salido de la brillante mente de Arthur Carraway. Podrías redefinir la forma de tratar ese tópico literario, podrías volver a colocar tu nombre en las listas de los más vendidos, ¿no te gustaría?”, no contesté, pero él siguió hablando. “Lo importante es que la historia tenga una buena estructura”, dijo, “la nuestra se dividirá en tres partes: la primera será la presentación, en la que se introduce al personaje principal, se muestran su forma de pensar, su forma de afrontar la vida, su visión de la moralidad, sus motivos para delinquir... quizás sea la parte más importante, porque a partir de esta se asentarán las dos siguientes, y pequeños fallos aquí podrían hacerse enormes e irremediables en el libro a largo plazo. La segunda parte es la preparación, durante esta parte se cuenta cómo el protagonista se prepara mentalmente para lo que va a hacer y cómo lo dispone todo para lograr su objetivo. Y la tercera y última parte es la ejecución, en la que, como te imaginarás, se lleva a cabo el crimen, ya sea un robo, una intimidación, un asesinato...”. Aquellas palabras me asustaron, comencé a mirar a Neil de otra forma, como si estuviese loco. Arrastraba un poco las sílabas, síntoma de ebriedad, y decidí achacar sus delirios a eso: había bebido demasiada cerveza. Pero fuese cual fuese el motivo, no se callaba, seguía hablando como si las locuras que estaba pronunciando fuesen lo más normal del mundo. “Tan solo necesitamos un buen protagonista, un buen motivo, y buen crimen, el resto será fácil.” Se quedó unos segundos mirando a la mesa, aparentemente concentrado. “¿Qué te parece un nombre como “Eizen” para el protagonista,

algo así como “Ezien Lewis”?, ¿crees que podría funcionar?”, no esperó a mi contestación, siguió con su monólogo. “Bien, ya tenemos un nombre para el protagonista, y lo que yo ahora veo es un robo, no, no, no, ¡mejor dos robos!, sí, ¡dos robos en el mismo día!”, Neil estaba fuera de sí, cualquier cosa que pasaba por su cabeza salía sin filtro a través de su boca. “Eizen Lewis es un hombre solitario y depresivo de sesenta años, ha trabajado durante dos décadas como fiel contable de una gran empresa de electrodomésticos, pero su triste vida termina de desmoronarse cuando es despedido sin más motivo que: ‘debemos modernizarnos’ por sus dos jefes y fundadores de la empresa. Amargado y bajo mínimos, encerrado en su casa con una creciente agorafobia, piensa en quitarse la vida. Pero, cuando está a punto de hacerlo, se da cuenta de que, ya que va a morir, ¿por qué no hacer justicia?, ¿por qué no cobrar sus deudas? Armado con sus conocimientos sobre las finanzas de sus dos jefes decide quitarles lo que más les importa en este mundo: su dinero...”.

«Neil siguió hablando durante más de una hora, dando incontables detalles de la elaborada trama que acababa de salir de su cabeza, ratificando una imaginación fuera de lo común. Yo le contemplé más atento al entusiasmo que mostraba que al contenido de lo que decía, y cuando creí que ya era suficiente, que ya había permitido suficientes palabras ebrias por esa noche, le dije con condescendencia: “vale, vale, creo que con eso ya tengo de sobra para empezar a escribir”. Él sonrió satisfecho, realmente me había creído... sin duda estaba borracho, porque cualquier persona ligeramente lúcida se hubiera dado cuenta del evidente sarcasmo que desprendía mi tono. Cuando salimos a la calle ya había anochecido, me dijo que había sido un placer volver a verme, me dio una tarjeta con su número y me pidió que le llamase cuando necesitase avanzar en la historia, que él seguiría contándome más detalles. “¡Será un gran libro!”, exclamó convencido, “ya lo verás...”. Y tras un fuerte apretón de manos, cada uno nos fuimos por nuestro lado –Carraway hace una pausa-. Como habrá comprobado, inspector Bigelow, he sido capaz de recordar prácticamente todo lo ocurrido aquel día con bastante precisión, incluso conversaciones enteras, ¿sabe por qué?

- Buena memoria quizás –contesta Bigelow sin pensarlo en absoluto.

- En parte sí, pero no fue ese el motivo. La verdad es que sus palabras, aunque aparentemente absurdas y desechables, empaparon mi cerebro mucho

más de lo que podía imaginarme. Llegué a mi ático cansado, con sentimientos contradictorios hacia el encuentro con Neil Armstrong. No sabía qué pensar sobre él, al principio parecía el mismo Neil que conocí en McHarmony con un poco más de madurez, pero con el paso de las horas y las cervezas, descubrí a un Neil muy distinto, cargado de miedos y problemas internos, con extrañas palabras deseando salir de él. ¿De los dos, cuál era el verdadero y cuál el que fingía serlo? Decidí que lo mejor que podía hacer era dormir, apagar mi mente durante unas horas, y al día siguiente, con todo lo ocurrido bien asentado en mi cabeza, tratar de responder a esa pregunta. Me metí en la cama con la extraña sensación de haber corrido una maratón, con los músculos entumecidos y los párpados como el plomo. Creía que caería presa del más profundo sueño en apenas unos segundos, pero no fue así. Mi cuerpo se desconectó por completo, pero mi cerebro no... por algún motivo cientos de ideas comenzaban a aflorar en lugar de mi cabeza. Al principio traté de acallarlas, permanecí fiel en mi sincero intento de dormir, pero después de unos minutos me di cuenta de algo, algo casi imposible de creer. ¿Y si...? No, no podía ser, pero, ¿y si sí que lo era...? Desperté a mi cuerpo, me levante dificultosamente de la cama, caminé por la penumbra de mi habitación y me senté en la silla de escribir, delante de la mesa. Ante mí: la máquina. Encendí una pequeña lámpara de escritorio que rasgó la oscuridad de mi ático. Cogí una hoja que encontré tirada por el suelo, la alisé un poco y la introduje en el rodillo. Traté de concentrarme. Las ideas seguían allí, golpeando con fuerza las paredes de mi cerebro, ansiando salir de su negro refugio. Yo solo debía abrirles la puerta. Cerré los ojos, suspiré y posé los dedos sobre el teclado. Durante unos instantes permanecieron en su posición, quietos, muertos, pero de pronto cobraron vida, comenzaron a moverse por las letras a un ritmo frenético. Las palabras empezaron a plasmarse sobre el folio, palabras sobre “Eizen Lewis”, sobre su soledad y su depresión, sobre su forma de afrontar la vida y su moralidad. Estaba dotando de existencia a un personaje que no era real, un personaje que solo existía en mi cabeza, y todo gracias a Neil. Al final ese hombre lo había conseguido, me había devuelto la inspiración a base de cerveza e imaginación. Contemplé maravillado cómo mis manos se movían solas a gran velocidad, manejando la máquina como un robot, precisas, infalibles. Comencé a reír sonoramente, quería saltar, quería gritar de felicidad, porque lo estaba haciendo de nuevo, estaba volviendo a escribir. El cansancio que sentía había desaparecido por completo, ahora solo tenía ojos para el milagro que estaba ocurriendo bajo la luz cálida de mi lámpara de mesa. Sin duda, inspector, esa sería una noche

muy larga...

Capítulo 10

Bigelow entra por la puerta de la sala de interrogatorios. Parece cansado, unas profundas ojeras se dibujan nítidas por debajo de sus ojos y sus movimientos son torpes y lentos, como los de un hombre de ya cierta edad aquejado de una noche en vela. Ha salido unos minutos para tomar el aire y traer más café. Se sienta derrotado en la silla, frente a Carraway, y deja dos tazas sobre la mesa.

- Le informo de que lo ha conseguido, señor Carraway -dice recostándose-. Si su objetivo era mantenerme aquí toda la noche le doy mi más sincera enhorabuena, ya está amaneciendo. Espero que con eso se sienta satisfecho y me dé ya el nombre que busco...

- ¡Amaneciendo!, ¿ya? -dice Carraway con un falso tono de sorpresa-. Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando lo pasas bien, ¿verdad inspector?

- No se hace una idea... -contesta Bigelow irónico.

- En cuanto a lo de darle el nombre, le aseguro que ya falta poco. Vamos, inspector, con todo el camino que hemos recorrido juntos, ¿no quiere de verdad saber el final de mi historia?, admitirá al menos que hemos hecho grandes progresos, aquí sentados hemos pasado de hablar de un niño con amigos imaginarios a crímenes, no está nada mal.

- Yo solo quiero volver a mi casa con mi familia y dormir unas cuantas horas, no es una petición tan desproporcionada -dice frotándose los ojos con las yemas de los dedos.

- Ya, la verdad es que yo también necesito dormir un poco, cuando escribo puedo estar despierto durante días sin ser siquiera consciente, pero hablar... hablar resiente un poco mi garganta.

- Y mis oídos –contesta Bigelow sin siquiera alzar la vista.

- Me alegro de que conserve su sentido del humor –exclama Carraway riendo-. Pero siento comunicarle que seguiré resintiéndolos un poco más, porque mi historia aún no ha acabado. Aunque tranquilo, le aviso que a partir de ahora se vuelve interesante para usted –coge su taza de café y da un generoso trago-. Con mi recién recuperada inspiración, pasé días y días escribiendo, días de no comer y no dormir con un único objetivo: crear vida a través de la tinta y el papel. El personaje que Neil había imaginado para mí, Eizen Lewis, comenzó a adquirir un cariz tan humano que asustaba. Sus motivaciones eran creíbles, sus pensamientos eran lógicos, su depresión era casi palpable. Me sorprendí a mí mismo al ser capaz de escribir algo tan realista sin haberlo vivido, tan solo habiéndolo escuchado en boca de Neil. Siguiendo el esquema que él mismo había organizado para la historia, en cuatro semanas hube escrito la primera y la segunda parte, una increíble y realista presentación y una detallada preparación. Tan solo quedaba una cosa por escribir: la ejecución. Pero había sido tan tonto de detener el relato de Neil en el bar aquella noche, había sido tan estúpido como para no permitirle terminar de imaginarse la historia. Nunca había dejado un libro a medias, siempre que me había encerrado en mi habitación con el objetivo de escribir, había cumplido, pero ahora no podía, ahora solo había una posibilidad: volver a quedar con Neil. Tenía miedo de que, con lo que me había costado encontrarla, perdiese la inspiración al salir de mi ático, pero no tenía otra opción, no podía permitir que semejante historia quedase inacabada. Así que, con el objetivo de estar sin escribir el menor tiempo posible, busqué y busqué revolviéndolo todo a mi paso la tarjeta que me dio Neil con su número de teléfono. La encontré finalmente tan arrugada que resultaba casi ilegible, escondida entre sábanas y ropa sucia. Alcé el pequeño trozo de papel en señal de júbilo y bajé precipitadamente a la calle en busca de una cabina telefónica desde donde poder llamar. Llevaba mucho tiempo sin salir de mi cueva, así que tuve que taparme los ojos con las manos al verme desbordado por la luz del sol. No esperé a adecuarme, sino que caminé a tientas por la calle,

buscando con los ojos entornados el brillo metálico de las cabinas neoyorkinas. Finalmente, y tras unos agónicos minutos, encontré lo que buscaba. Tuve que marcar su número de teléfono tres veces, porque mi impaciencia era tan grande que me impedía acertar con las teclas correctas. Tras dos largos pitidos, alguien se puso al otro lado del auricular. No tuve que empezar a hablar, por algún motivo Neil ya sabía que era yo. "¡Arthur!, exclamó, "escucha, siento mucho mi actitud del otro día, bebí más de la cuenta y perdí el control de mis palabras...". No le dejé seguir disculpándose, no tenía que hacerlo. "No sé si esas palabras fueron fruto del alcohol, de tu imaginación, o de la combinación de ambas", le interrumpí, "pero necesito que las retomes. Neil, no te vas a creer lo que ha ocurrido...". Le conté tratando de recuperar el aliento cómo había vuelto mi inspiración y cómo había estado escribiendo sin descanso desde aquel día en el bar hacía ya cuatro semanas. Finalmente le pedí, mejor dicho, le supliqué vernos cuanto antes en la misma taberna de la última vez. Tardó unos segundos pero al final contestó: "está bien, tendré que cambiar de fecha unas entrevistas que tenía para hoy, pero iré. ¿Qué te parece... a las siete?". Le di las gracias con insistencia y le dije que allí estaría, que le necesitaba, que precisaba de su imaginación para volver a ponerme en marcha. Y finalmente colgué el teléfono. Miré la hora en mi reloj de muñeca: las cuatro y media. De pronto un escalofrío recorrió mi espalda y una extraña sensación me invadió por dentro, contaminando cada minúscula parte de mí, sentía como si me faltara algo, como si hubiera olvidado algo de vital importancia y no fuese capaz de recordarlo. Noté la boca seca, e intenté tragar saliva pero no la encontré, a parte del pegajoso sudor frío que empezaba a acumularse alrededor de mi cuello no parecía haber una mísera gota de líquido en todo mi organismo. Me costaba hasta respirar. Noté cómo mi pulso se aceleraba y cómo mis manos comenzaban a temblar. ¿Qué me estaba pasando? Asustado, hice un repaso mental de todos los aspectos de mi vida que pudiesen estar causando en mí aquellos extraños síntomas, y finalmente descubrí qué estaba ocurriendo... ¿Se imagina que podía ser, inspector?

Bigelow se encoge de hombros.

- ¿Cansancio quizás?

- No -contesta Carraway- Lo que me estaba ocurriendo no era nada más y

nada menos que el síndrome de abstinencia. O traducido a mi caso particular: "necesidad de absenta". Me di cuenta de que llevaba cuatro semanas sin beber, y comprendí que la escritura había actuado, como siempre, a modo de muro entre mi mente y mi cuerpo, durante cuatro semanas, en mi cabeza no había habido lugar para distracciones como el alcohol. Pero ahora que no podía escribir, toda esa necesidad que mi cerebro le había estado negando a mi cuerpo comenzaba a apoderarse de mí. No quería beber, y menos teniendo en cuenta que en pocas horas había quedado con Neil, pero tenía que hacerlo, el palpitante dolor que comenzaba a brotar en mi cabeza así me lo decía, no tenía alternativa... Caminé como pude hasta mi edificio, y desde ahí hasta mi bar. Cuando llegué tenía el cuerpo empapado en sudor y la boca de cartón. Me desplomé con violencia en uno de los taburetes de la barra y llamé urgentemente al barman. No tuve siquiera que abrir la boca, él sabía a la perfección qué iba a pedir, así que antes de llegar a mi posición cogió una botella de absenta "Reythor" y todo lo necesario para preparar mi ansiado cóctel. En los más de tres años que llevaba bebiendo, jamás el azucarillo se había disuelto con mayor lentitud sobre la cuchara de hoja de ajeno. El agua helada goteaba a cámara lenta tardando eones en volverse del adecuado traslúcido pálido. Cuando el ritual terminó por fin, y con el ímpetu de un hombre que lucha por salvar su vida, cogí el vaso con las manos temblorosas y me lo llevé a los labios. Logré relajarme y calmar los síntomas de la abstinencia en cuanto el alcohol ardiente hubo descendió por mi cuerpo. No dejaba de repetirme a mí mismo que debía beber poco, que tenía que estar lo más lúcido posible para cuando llegase Neil, me decía una y otra vez que esa sería la última copa... pero la botella "Reythor" me miraba desde el otro lado de la barra, retándome, y yo le devolvía miraba con lujuria. Cada intento de autocontrol resultó ser en vano... Para cuando Neil llegó, sobre las siete y cuarto de la tarde, la botella se había reducido peligrosamente, al igual que mi consciencia. Pidió una cerveza y se sentó delante de mí.

- ¿Neil no se dio cuenta de su estado? –pregunta Bigelow.

- Yo intenté disimularlo lo mejor posible, pero claro que se dio cuenta, era difícil no hacerlo. Me encontraba tan mal que no sabía si iba a ser capaz de escuchar la historia de Neil, pero tenía que intentarlo. "¡Maldita sea Arthur!", dijo él, "has empezado la fiesta sin mí... ¿quieres qué mejor lo dejemos para otro día?". Negué insistentemente. Quería decir que no también

con palabras, pero sabía que no iba a ser capaz. “¿Seguro?”, preguntó él poniéndose serio, “no se te ve muy... bien”. Balbuceé de la forma más entendible que pude que por favor continuase con su historia, que lo hiciese por mí, porque lo necesitaba. Me miró pensativo durante unos segundos y comenzó a hablar. “Está bien, como tú quieras...”, dijo, “si no recuerdo mal me quedé por la última parte, la ejecución, ¿no?”. Asentí frenético y traté de despejar mi mente para dejar hueco a sus palabras. “Verás, esto es lo que tenía pensado...”. Neil habló y habló durante casi dos horas, ofreciendo una infinidad de detalles sobre cómo debía continuar, sobre cómo nuestro protagonista, Eizen Lewis, cometía dos robos en las dos propiedades privadas de sus jefes en la misma noche, cómo entraba a la fuerza en ambas casas a punta de pistola, escondiendo su rostro tras una malla oscura, cómo les hacía abrir sus cajas fuertes y les robaba hasta el último billete. “Hay una delgada línea entre la violencia y la intimidación, y si la pistola está descargada, como estará la de Eizen, se trata solo de intimidación”, decía Neil, “creo que es mejor para la historia que no haya violencia, ¿no crees?” –Bigelow se muestra más atento ahora a las palabras de Carraway-. Y para el final Neil se dejó lo mejor, quería que Eizen Lewis no se quedara con el dinero, porque el dinero había sido el causante de todo, quería que hiciera con él una montaña en mitad de la calle para después prenderle fuego...

Bigelow abre mucho los ojos con esas palabras.

- ¡Espera un momento! -exclama-. ¡Eso ya lo he oído yo antes! No sé exactamente cuándo ni en qué situación, pero lo he oído, lo sé... Algo así no se olvida. Alguien del departamento me contó hace poco que un loco robó una gran cantidad de dinero y después lo quemó todo en medio de la calle, no sé en qué condado, no sé ni siquiera si le cogieron, pero es la misma historia.

Carraway coge su taza con tranquilidad y da un largo trago.

- Correcto, inspector, ocurrió, y mi sorpresa fue mucho mayor que la suya, se lo puedo garantizar. Pero le ruego paciencia, llegaremos a ese punto en breve... Después de nuestra segunda reunión volví a mi ático en un estado más que deplorable, no me tenía casi en pie. Quería ponerme inmediatamente a escribir, antes de que se me olvidase todo lo que Neil me había contado. Desgraciadamente, era biológicamente imposible, mi cuerpo necesitaba

descansar... Cuando me desperté casi dos días después, con la sensación de haber estado durmiendo durante décadas, lo único en lo que pude pensar fue en sentarme en mi silla y ponerme manos a la obra. Milagrosamente, tantas horas de sueño no habían logrado sacar de mi cabeza toda la información que Neil me había proporcionado, al contrario, la habían asentado con mayor firmeza. Escribí casi sin pausa durante cuatro largos días. Cuando hube terminado, contemplé orgulloso la montaña de papel que había llenado de tinta y sentí de nuevo esa cálida, reconfortante y satisfactoria sensación que proporciona el trabajo bien hecho. Tan solo quedaban dos cosas por hacer: ponerle un nombre y llevarlo a la editorial Lookbook –Carraway da otro trago a su café-. Esto que le acabo de contar, inspector, ocurrió hace apenas unas semanas. Mi libro “Antes de que amanezca” se publicó correctamente y en la actualidad puede usted comprar un ejemplar en cualquier librería del país, y prácticamente en cualquier librería del extranjero. Se trata, a nivel de ventas, de mi mejor obra, “La culminación de toda una carrera”, dicen los medios.

- Todo eso está muy bien, señor Carraway –dice Bigelow impacientemente-. Pero, ¿qué fue del caso real del hombre que quemó todo el dinero que había robado?, usted me ha confirmado que ocurrió realmente y que su sorpresa fue enorme, ¿qué es lo que ocurrió? –Bigelow prepara su pequeño cuaderno para seguir escribiendo.

- Sí, calma inspector, a eso iba ahora... Mi sorpresa tuvo lugar mientras volvía de la sucursal de Lookbook en Nueva York. La prensa comenzó a aparecer, como antaño hubieran hecho con cada entrega de uno de mis libros. La diferencia era que esta vez no se lo esperaban, después de todos los escándalos en los que había estado involucrado, con mi evidente problema de alcoholismo y mi bloqueo literario, un nuevo libro era lo último que hubieran podido prever. Me preguntaban insistentemente qué era lo que me había hecho volver a escribir, a qué había recurrido para salir del bache por el que parecía estar pasando, me preguntaron si pensaba seguir escribiendo ahora que había vuelto al panorama literario o si me tomaría otros tres años sabáticos... Ya sabe inspector, para mí no eran voces ni cuerpos, eran bultos. Caminé con calma desde el edificio de Lookbook hasta mi ático, con las manos en los bolsillos, paladeando cada zancada. Aunque me costara aceptarlo, echaba de menos esa sensación, echaba de menos que mis triunfos atrajeran a la prensa en lugar de mis deslices, y la verdad es que el círculo de gente que empezaba

a rodearme con sus cámaras y sus grabadoras era casi de agradecer. Siempre hasta entonces, después de entregar un libro, mi siguiente destino era el aeropuerto, y el hecho de que esta vez no lo fuese, hacía que me sintiese algo desconcertado. ¿Qué iba a hacer a continuación?, ¿volvería a pedirle ayuda a Neil? No sabía cómo debía actuar de ahora en adelante. E inmerso en mis pensamientos, rodeado de prensa, caminando hacia mi ático, fue cuando lo vi... -Carraway se detiene y da un sorbo a su taza de café. Bigelow está más expectante que nunca-. En un quiosco de la zona este del Central Park, allí fue. No sé el motivo por el cual mi mirada se desvió hacia la sección de prensa del quiosco, yo nunca he tenido la costumbre de leer el periódico, porque, a pesar de haber viajado por todo el mundo, no suelo preocuparme ni lo más mínimo por lo que ocurre día a día dentro de él, sencillamente me dejo llevar. Lo importante es que algo había llamado mi atención. Una fotografía de lo que parecía ser una hoguera estaba impresa en la esquina inferior derecha de un periódico local. Algo dentro de mí me empujó a acercarme para ver de qué se trataba, tenía el extraño presentimiento de que aquella no iba a ser una noticia cualquiera. Y no me equivocaba... El titular decía: "¿Ladrón o pirómano?". Pagué con un billete mucho mayor de lo que costaba el periódico y comencé a leer. A mi alrededor las voces de los periodistas seguían allí, y también la voz del quiosquero queriendo devolverme el cambio, pero yo no les oía, sonaban distantes, mi cabeza estaba centrada en las letras y las palabras de aquella noticia. Parecía imposible...

- ¿El qué parecía imposible? -pregunta Bigelow frunciendo el ceño.

- Aquella noticia relataba, de forma precisa y exacta, los mismos hechos que yo había escrito en mi libro horas antes. Un robo, aun sin sospechoso, a dos propiedades privadas la misma noche, un ladrón armado y que esconde su rostro tras una oscura malla, incluso la montaña de dinero quemado era igual...

- ¡Lo sabía! -interrumpe Bigelow- sabía que ya había escuchado esa historia antes, aunque no logro entender qué relación tiene con usted.

- Ya, al principio yo tampoco lo entendí. Comprenda mi profundo desconcierto, inspector. Casi se me cae el periódico de las manos. ¿Qué significaba todo aquello?, alguien había hecho exactamente lo que yo había

escrito, ¿pero por qué? Intenté buscar una explicación lógica, pero no era capaz de pensar con frialdad. Continué caminando alterado hasta mi ático, y una vez allí, me tomé un vaso de agua y traté de relajarme. Necesitaba encontrarle el sentido a aquello, "seguro que tiene explicación, seguro que tiene explicación...", me repetía a mí mismo en alta voz. Releí una y otra vez la noticia, y siempre terminaba con el mismo semblante de incredulidad. Traté de razonar lo más fríamente posible. Tal vez todo no era más que una sencilla coincidencia... No, imposible, demasiados detalles encajaban para que esa fuera la respuesta, la persona que lo había hecho debía ser conocedor de mi libro antes incluso de que yo lo publicase, eso estaba claro. Pero nadie podía haberlo visto. Tal vez... tal vez alguien entró en mi ático mientras yo dormía y leyó lo que llevaba escrito... no, eso era demasiado rebuscado, sonaba casi a ciencia ficción. ¿Y si Neil le había contado a otra persona la historia?, ¡claro!, aquello sí que tenía sentido, alguien más debía conocer aquella historia, no había más opciones... El responsable debía ser alguien que había escuchado el relato, y después, por locura o por algún motivo oculto, había decidido reproducirlo fielmente. Sí, eso era lo más lógico. Cuando hube alcanzado esa conclusión, decidí que lo mejor que podía hacer era quedar con Neil y aclararlo todo, seguramente tuviésemos que avisar a la policía y testificar con lo que sabíamos contra el misterioso ladrón. Pero eso era pura especulación, ahora lo más importante, lo primordial era llamar a Neil y ver cómo se desarrollaban las cosas a partir de ahí. Con eso en mente, cogí el papel con su número, salí a la calle y me dirigí a la misma cabina desde la que llamé la última vez. Perdí la cuenta de las veces que marqué su número, pero siempre ocurría igual: comunicaba, nadie descolgaba el auricular al otro lado de la línea. Supuse que estaría en una reunión o en algo parecido, y que debía esperar para volver a llamar. Pero no podía... aquel asunto era demasiado importante y demasiado urgente como para hacerlo esperar. Fuese lo que fuese lo que estaba ocurriendo necesitaba saberlo ya, no podía posponerlo, tenía que despejar mis dudas. Así que, sin pensarlo mucho, me subí al primer taxi que vi y le pedí que me llevara al edificio de "Clockworld" –Carraway apura su taza de café-. Creo que no estaba preparado para lo que iba a descubrir allí, inspector... Entré en aquella luminosa y diáfana recepción de techos altos con el convencimiento firme de ver a Neil aquel mismo día, pero mis deseos ni de lejos iban a ser satisfechos. Me acerqué a una mujer de unos treinta años, cuya frente asomaba por encima de un imponente mostrador de caoba, y hablé con seguridad. "¿Podría avisar al señor Neil Armstrong de que Arthur Carraway le

está esperando?”. La mujer me sonrió cordialmente y tecleó algo en su ordenador. Lo que dijo a continuación explotó como una bomba en mi cabeza, me hizo abrir los ojos y entender de forma súbita la evidente realidad. “Siento comunicarle, señor Carraway, que ningún Neil Armstrong trabaja aquí...”.

Capítulo 11

La sala de interrogatorios queda en completo silencio.

- ¿Cómo que no trabajaba ahí? -pregunta Bigelow descolocado- ¿Qué evidente realidad?

- Vamos, señor Bigelow, yo me di cuenta instantáneamente... -contesta Carraway recostándose-. Demuestre sus dotes de inspector, no es tan difícil. Le daré una pista: cuando lo improbable queda descartado, lo imposible comienza a no serlo tanto...

Bigelow se queda unos segundos pensativo, tratando de entender a qué se refiere Carraway. De pronto alza la cabeza con los ojos muy abiertos.

- Fue él... -susurra con un hilo de voz- Neil Armstrong... él era el ladrón.

Carraway asiente suavemente con la cabeza.

- Correcto, inspector. Y no solo eso, mis deducciones no se quedaron ahí, llegaron aún más lejos. Neil Armstrong no era solo el ladrón de mi historia, era el protagonista... Neil Armstrong era Eizen Lewis.

- ¿Qué? -se le escapa a Bigelow.

- Con evidentes diferencias, claro está, pero era él. Eso lo explicaba todo, no es que Neil tuviese una imaginación desbordante, sencillamente estaba compartiendo conmigo los planes sobre lo que estaba a punto de hacer. Allí mismo, en la recepción de Clockworld, comencé a unir las piezas del

puzzle. Neil no tenía sesenta años como Eizen Lewis, ni trabajaba en una empresa de electrodomésticos, ni fue despedido porque la empresa quería modernizarse, pero el resto de la historia era igual. Desconocía dónde trabajó previamente, pero deduje que seguramente le habrían despedido por un creciente problema con el alcohol, problema que me ratificó aquella noche en el bar. Deduje que desde entonces su vida había sido una caída libre hacia el abismo, bebiendo a diario, solo, y comenzando a tener problemas económicos, pensó en quitarse la vida, como dijo que intentó Eizen Lewis, y fue entonces, al darse cuenta de que ya no tenía nada que perder, cuando decidió vengarse... Aquella historia, paso por paso, se mostró diáfana ante mí, por algún motivo supe que no me estaba equivocando en ningún razonamiento, supe que esta vez había acertado por completo. Todas aquellas reuniones que decía tener, todo ese dinero que aseguraba ganar... eran mentira, no eran más que licencias en su interpretación, había jugado conmigo...

- ¿Me está diciendo que el nombre real de Neil Armstrong es Eizen Lewis? -pregunta Bigelow apuntando en su cuaderno.

- No, claro que no, aquel nombre era inventado. Lo que le estoy diciendo, inspector, es que yo no había escrito una novela sobre alguien imaginario, había escrito una novela muy real, basada en Neil y en hechos que aún no habían tenido lugar. Por perturbador que suene, era así, y había estado tan ciego como para no darme cuenta...

- ¿Entonces me confirma que Neil Armstrong no es solo culpable del asesinato de Patrick Emerton, sino que también es responsable de aquel robo múltiple?

- En efecto -contesta Carraway-. Eso he dicho.

Bigelow apunta con rapidez en su cuaderno.

- ¿Y dónde tuvieron lugar los dos robos? -pregunta sin levantar la cabeza.

Carraway alza la mano derecha y mueve el dedo índice de un lado al otro en señal de negación.

- Le repito, inspector, que yo no estoy aquí para entregarle a Neil Armstrong, estoy aquí para probar mi inocencia, y necesitaba explicar esto último para justificar mis actos posteriores, sino no lo hubiera ni mencionado. Como comprenderá, siento algo de afecto hacia la figura de Neil, a él le debo el reencuentro con mi inspiración, tampoco es cuestión de arrojarle ahora a los leones... Si quiere saber dónde tuvieron lugar los dos robos, tendrá que investigar por su cuenta. Ambos sabemos, señor Bigelow, que con sus medios no le llevará ni diez minutos encontrar la respuesta.

Bigelow frunce el ceño y levanta la vista.

- Está bien -dice suspirando-. Cuénteme entonces qué fue lo que ocurrió con el señor Emmerton.

- De acuerdo -contesta Carraway-. Comencé a pensar qué debía hacer, cómo debía actuar ahora. ¿Debía ir a la policía?, ¿debía hacer como si nada hubiera ocurrido? A pesar de creer firmemente que Neil era el ladrón no identificado del que hablaba el periódico, aquella no dejaba de ser mi opinión, y entregarlo a la policía sin estar seguro al cien por cien de su culpabilidad tal vez no era la mejor opción. Además, Neil no dejaba de ser la persona que me había devuelto la inspiración, gracias a él había escrito un gran libro. Pero, ¿y si ahora que ya no tenía sobre qué escribir volvía a mi vida de antes?, ¿y si acababa sucumbiendo de nuevo a la soledad, la depresión y a la absentia?, quizás necesitase que Neil volviese a inspirarme en un futuro, y si le entregaba sin más, fuese culpable o no, sin duda perdería su amistad... No podía hacerlo, ni por él ni por mí. Decidí que lo más sensato era actuar de forma natural, volver a quedar con él y tratar de recabar información para llegar a una conclusión sobre su culpabilidad. Neil sabía que yo no leía el periódico así que supondría que no me había enterado de nada de lo ocurrido, y eso me brindaba la posibilidad de hablar con él con total naturalidad. Esperaría al día siguiente y volvería a llamarle, esa era la idea. Aquella noche, entre el desconcierto y el aburrimiento, como era de esperar, volví a beber...

- Un momento, un momento -interrumpe Bigelow-. ¿Usted sabía que Neil Armstrong era seguramente un ladrón y no avisó a la policía?, eso quiere decir que si lo hubiera hecho, seguramente habría sido detenido y Patrick Emmerton

seguiría con vida.

- Neil Armstrong era ante todo un amigo -contesta Carraway subiendo el tono-, uno de los pocos que he tenido, y no se entrega a los amigos a la policía por una corazonada. Hice lo que cualquier persona sensata hubiera hecho, si usted quiere ahora hacerme en parte responsable de la muerte del señor Emmerton por no haber avisado antes, adelante, hágalo. No supone ningún cargo de conciencia para mí, actué como un ser humano, nada más...

Bigelow le mira satisfecho.

- Cállese, señor Carraway - dice imitando el tono altivo que suele emplear el hombre que tiene delante-. Está bien, procuraré omitir mis juicios la próxima vez. Continúe.

Carraway intenta no mostrarse molesto.

- Al día siguiente -prosigue-, tras levantarme al mediodía aún aturdido por la borrachera de la noche pasada, bajé a la calle y fui directo a una cabina telefónica. Tenía la esperanza de que esta vez Neil sí me cogiera, y así lo hizo, al primer pitido. "¡Arthur!", exclamó entusiasmado, "he leído en la prensa que ya has terminado tu libro. ¿Qué tal ha quedado? Bueno no, no me lo digas, prefiero leérmelo cuando lo publiquen...". Contesté siguiendo su tono animado, sin levantar sospechas de ningún tipo, dije que le había llamado ayer para celebrarlo pero que no había cogido. "Sí, lo siento", contestó, "estaba en una reunión importante, no podía responder". Embustero... Continuamos hablando durante unos minutos y finalmente le propuse quedar esa misma noche, para celebrar lo que llamé deliberadamente: "Nuestro libro". Sabía que no podría decir que no al escuchar aquellas dos palabras, porque dichas por mí eran música para sus oídos. Como suponía, contestó que era una gran idea y que quedábamos en el bar a las ocho. Perfecto, la primera parte de mi plan estaba completa... A continuación, caminé unas cuantas manzanas hasta el banco. Una vez allí, saqué una abultada suma de dinero en efectivo y lo metí en un sobre, completando así la segunda parte del plan. Ahora tan solo quedaba esperar a la noche, quedar con Neil, y analizar las señales...

Bigelow se muestra confuso.

- ¿Señales? -pregunta con curiosidad.

- Sí, previendo cómo se iba a desarrollar la noche, decidí que habría una serie de señales que determinarían si Neil era culpable o no. Yo tan solo debía interpretarlas. La primera era sencilla, Neil leía todos los días el periódico, así que sería conocedor de los dos robos ocurridos recientemente, dos robos iguales a los que él “imaginó”. Si esa noche él no mencionaba aquel hecho demostraría que quería ocultármelo, y eso no podía significar nada bueno. La segunda señal era un poco más rebuscada, como ya le he dicho, acababa de sacar dinero del banco y lo había metido en un sobre, durante nuestra reunión le ofrecería ese sobre a Neil... Él aseguraba tener una gran cantidad de dinero gracias a su trabajo, y si eso era cierto rechazaría el dinero, por orgullo, por caballerosidad, por amistad, y porque realmente no le hacía falta. En cambio, si mis sospechas eran correctas y había sido despedido hace tiempo, estaría pasando por una precaria situación económica, y, aunque al principio se mostraría algo reacio, acabaría cogiendo el sobre con cualquier excusa. Y por último, la tercera y más evidente de todas las señales: si supuestamente la primera historia había sido por completo fruto de su imaginación, podría ser capaz de imaginar ahora otra historia, ¿no?, esa era la idea. Le diría que estaba pensando en empezar un nuevo libro y que necesitaría su imaginación para hacerlo, si él aceptaba, podría significar que efectivamente la primera historia había salido de su cabeza, pero si ponía alguna excusa por la cual ahora no podía ayudarme, supondría que seguramente su imaginación no había sido la artífice de mi libro.

Bigelow reflexiona unos segundos sobre las palabras de Carraway.

- Sí -dice asintiendo con la cabeza-, no está mal pensado. . Parece más bien la idea de un detective, no de un escritor... me sorprende que se le ocurriera a usted. ¿Cómo fueron finalmente las señales?

- ¿Cómo fueron? –contesta Carraway-. Perturbadoras... -se queda unos segundos en silencio-. Yo llegué al bar un cuarto de hora antes de lo previsto para obtener mi dosis diaria de absentia, menos que normalmente, pero lo justo para quitarme esa necesidad. Neil llegó puntual, se pidió una pinta de cerveza Beck's, como siempre, y después ambos nos sentamos en nuestra mesa de la esquina. Parecía animado, incluso más que de costumbre, sin duda se había tomado en serio la idea de que aquello era una celebración. Quería que

saliéramos después por Nueva York a “celebrarlo correctamente”, como él decía. Estuvo hablando durante casi una hora de lo orgulloso que estaba de que nuestra historia hubiese funcionado, de que yo hubiese sido capaz de escribirla y aseguró que sería un completo éxito de ventas. Para mí aquello no fue una conversación, más bien fue una espera... esperé y esperé a que él mencionase en algún momento lo del periódico, pero no fue así, siguió bebiendo y hablando sin pausa. Finalmente concluí que si no había sacado el tema durante la primera hora entera, no lo haría en ningún momento, así que la primera señal ya había tenido lugar, y no eran buenas noticias para Neil... A continuación puse en marcha la segunda señal. Saqué del bolsillo interior de mi americana el abultado sobre con dinero y lo puse encima de la mesa. “¿Qué es esto?”, preguntó Neil antes de dar un largo trago a su segunda pinta. “Es tu parte”, contesté con seriedad, “la mitad del libro te pertenece, tu pusiste la idea, yo solo la transformé en palabras”. Neil se quedó unos segundos en silencio, cogió con cuidado el sobre, lo abrió un poco para ver el contenido y después resopló impactado. Lo volvió a dejar en la mesa. “Es mucho dinero Arthur”, dijo riéndose de forma nerviosa, “sabes que no puedo aceptarlo, no estaría... bien”. Hubo unos segundos de silencio en los que Neil no apartó la vista del sobre. Por ahora iba bien, aquello parecía ser una buena señal. Pero el cierre del sobre había quedado ligeramente abierto, y los ojos de Neil analizaban con lujuria el interior como si fuese Alí Babá mirando la cueva de las maravillas. “No obstante”, dijo de pronto, “sé que no vas a permitir que no lo coja, sé que vas a convencerme insistentemente de que las ganancias del libro deberían ser de los dos y de que esta es solo una forma de agradecer mi aportación. Así que”, hizo una pausa dramática, “para ahorrarte tener que convencerme, está bien, acepto tu regalo”, concluyó Neil. Maldita sea, eso dijo... y después, con la agilidad de un camaleón que ataca a su presa, cogió el sobre de la mesa y se lo guardó en el bolsillo –Carraway detiene su relato, permanece unos segundos con la cabeza inclinada hacia adelante, mirando la superficie de la pulida mesa de metal, aparentemente inmerso en sus pensamientos-. Era él... -dice sin levantar la vista-. Aquello prácticamente lo confirmaba. Me sentía confuso, abatido, ¿qué iba a hacer ahora? Neil siguió hablando con incluso más entusiasmo después de aquello, pero yo ya no le escuchaba. ¿Quién era ese hombre?, ¿qué era verdad y qué no lo era? Dos de mis señales habían determinado que efectivamente Neil era la persona que había cometido aquellos dos robos de los que hablaba mi libro y los periódicos, así que la tercera señal era ya innecesaria, pero aun así decidí

llevarla a cabo para terminar de confirmar mis sospechas. Y eso lo cambió todo... “Neil”, le interrumpí, “estaba pensando... estaba pensando en escribir otro libro”, hice una pausa para atraer más su atención, “¿crees que podrías ayudarme de nuevo con una historia?”. Mi cabeza, mi razón y mi lógica me decían que lo que ahora Neil iba a contestar era evidente, diría que, por algún motivo, no podía ayudarme en este segundo libro. Pero no fue así...

El tono de Carraway parece verse afectado por unas crecientes emociones.

- ¿Qué fue lo que contestó? –pregunta Bigelow nervioso-. Señor Carraway, ¿por qué aquello lo cambió todo?

Carraway alza la cabeza con el semblante más serio que hasta ahora ha mostrado en la sala de interrogatorios.

- “¡Claro que puedo ayudarte!”, dijo, “de hecho iba a proponértelo ahora mismo, porque ya he tenido unas cuantas ideas”. Me inquieté. Si él era el culpable, aquello ahora solo podía suponer una cosa... “Había pensado en pasar de los crímenes de segunda división directamente a los crímenes de primera”. Cada palabra que decía encogía más y más mis entrañas. Recé para que no dijese lo que estaba a punto de decir, pero fue en vano. “Había pensado en un asesinato...”

Capítulo 12

- Un momento –interrumpe Bigelow-. Señor Carraway, necesito recapitular un segundo, porque si lo que usted acaba de decir es cierto podría considerarse una prueba de homicidio con premeditación –Bigelow mira en su cuaderno-. Usted y Neil se encontraron hace unos meses caminando por la calle en Nueva York. Fueron a un bar y él le contó una historia para que usted escribiese sobre ella, una historia sobre dos robos en los que todo el dinero sustraído acaba ardiendo en una gran hoguera. Usted descubre que las acciones que Neil describió y que usted escribió se han cumplido con total precisión, de forma tan exacta que la probabilidad de que sea una coincidencia queda inmediatamente descartada. Entonces elabora un plan para cerciorarse de que Neil Armstrong es el verdadero culpable de esos robos, y cuando descubre que efectivamente él es el responsable, el señor Armstrong le aborda con la posibilidad de contar otra historia, esta vez la historia de un asesinato. ¿Me he equivocado en algo?

- No -responde Carraway-, eso es exactamente lo que estaba ocurriendo.

- Pues para mí está muy claro, ese hombre tenía pensado matar, y su declaración, aquí grabada –Bigelow señala con la pluma hacia la grabadora de voz encima de la mesa-, puede ser una prueba importante en un futuro juicio. Cuando un asesino cuenta sus planes explícita, o implícitamente a un tercero, se considera homicidio con premeditación, homicidio en primer grado. El grado más alto.

- Considérelo como usted quiera, yo solo repito sus palabras. Aunque no hay que ser ningún genio para deducir el trasfondo de aquello: si para mi anterior libro Neil me había relatado sus planes para vengarse de sus jefes,

ahora, al decir que tenía nuevas ideas para otro libro, estaba casi afirmando que pensaba volver a vengarse... No sabía de quién ni por qué, pero Neil tenía en mente un asesinato...

- ¿Patrick Emmerton? –pregunta Bigelow.

- Correcto -dice Carraway afirmando con la cabeza-. El anciano señor Emmerton era su nuevo objetivo, claro que no le llamó así, de nuevo se inventó un nombre que darle.

- ¿Por qué motivo querría matar a un hombre de casi ochenta años?

- Esa era la gran pregunta -contesta Carraway-, ¿qué le había hecho ese hombre para que su castigo fuese tan severo? Yo no estoy aquí para juzgar sus actos, eso ya lo hará usted y lo hará un tribunal, pero puedo afirmar que su venganza tenía unos motivos muy sólidos.

- ¿Cuáles? –pregunta Bigelow.

- Después de que dijese la palabra “asesinato” quedé totalmente paralizado. Aquello era demasiado para mí, el hombre que tenía delante, mi amigo, estaba contándome con total naturalidad sus planes para matar a alguien. La situación se convirtió en algo siniestro. Al igual que la última vez, Neil comenzó su relato empezando por el protagonista, que como yo sabía, era él mismo pero con diferente nombre. “Estaba pensando en Ross, o quizás en James... sí, mejor James, James Fox”, comenzó diciendo, “James Fox es un hombre aparentemente normal, con una bonita casa, una familia que lo quiere, y una estabilidad envidiable, pero hay algo que le atormenta todas las noches...”, Neil intentaba aparentar que esas palabras estaban saliendo directamente de su cabeza, pero yo sabía la verdad, sabía que lo que me estaba contando era un vago reflejo de sí mismo. “Nunca se lo ha contado a nadie, pero un trauma infantil ha estado alojado en su cerebro desde que tiene memoria, una pequeña zona oscura, que empezó siendo grande y que ha ido mermando hasta convertirse en una mancha imperceptible. Siempre ha deseado que ese trauma desaparezca, pero lo poco que aún queda es persistente, y se agarra con fuerza a un dolor ya casi olvidado que lo nutre y asegura su recuerdo. Aparentemente, James Fox es un hombre seguro de sí mismo,

extrovertido y carismático, pero en realidad no es más que un pobre infeliz con miedo. Tras mucho pensarlo, llega a la conclusión de que la solución a su infelicidad y a su miedo es la misma: superar su trauma, cobrar su deuda”. Aquella última palabra llamó mi atención, porque una deuda era exactamente lo que yo creía tener con el señor Hoffman y por eso siempre regresaba para escribir después de cada uno de mis viajes. ¿Recuerda la frase, inspector? Todo hombre...

- Todo hombre debe pagar sus deudas –dice Bigelow.

- Bien, inspector, me alegro de que se acuerde, pues aquella frase la escuché por primera vez en boca de Neil... -Carraway hace una pausa-. “Había un responsable del trauma de James Fox”, continuó Neil, “Jacob Palmer, un hombre ya anciano e indefenso había sido el culpable, y a pesar de que James no quiere hacerle daño, siente que debe hacerlo, porque es la única manera de erradicar el trauma que aflige su mente. Jacob Palmer tiene una deuda de sangre con James Fox, y las deudas de sangre, por desgracia, solo pueden ser cobradas con sangre...”, aquello hizo que un gran escalofrío surcara mi espalda.

- ¿Jacob Palmer era Patrick Emmerton? –pregunta Bigelow. Carraway asiente con la cabeza- ¿Y qué deuda tenía Jacob Palmer con James Fox, qué deuda tenía Patrick Emmerton con Neil Armstrong?

- Eso fue lo que yo le pregunté, con un tímido hilo de voz. “Jacob Palmer, antiguo conductor de camiones de mercancía pesada, decidió hacer uno de sus viajes más ameno bebiendo antes de conducir”, dijo Neil, “llevaba muchos años haciéndolo, confiaba en sus habilidades al volante y sabía que hacía falta más que un poco de cerveza para mermar su control en la carretera, pero aquel día se equivocó. Cuando James Fox tenía solo siete años sus padres fallecieron en un accidente de tráfico producido por Jacob Palmer. El pequeño James quedó huérfano a una temprana edad y tuvo que aprender a luchar por su vida y a sonreír ante la soledad en un pequeño y sencillo orfanato. Ya sabes, Arthur, como nosotros...”. Maldita sea, ¡aquello lo explicaba todo!, ¿recuerda que todos en el orfanato sabían la historia de Neil Armstrong, que sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico cuando él era muy pequeño? Aquello que acababa de contar era su propia historia, no había duda.

- Entonces Patrick Emmerton era el conductor de camiones que provocó el accidente en el que murieron los padres de Neil... -dice Bigelow en bajo.

- Exacto -contesta Carraway-, ya le avisé de que sus motivos eran sólidos. “Jacob Palmer fue llevado a prisión por homicidio imprudente”, continuó Neil, “y cuando salió, una década más tarde, compró un pequeño local y lo transformó en una sencilla tienda que le permitiese ganar el dinero suficiente para no envejecer en la más absoluta precariedad... Pero diez años para James no eran suficientes, el tiempo es tiempo y la sangre, sangre. Y por mucho que la sociedad hubiese dictaminado que ese debía ser su castigo, tanto James como el mismo Jacob sabían que la deuda no había sido todavía saldada...”.

- Suena a maniático –dice Bigelow-. Vengarse no le iba a ayudar a olvidar, nunca lo hace.

- Neil no me estaba hablando de venganza -dice Carraway-, me estaba hablando de deudas, y yo sabía mucho sobre eso, de hecho incluso llegué a sentir algo de empatía hacia él. Era un hombre atormentado por un pasado que no era capaz de olvidar, decía que “todo hombre debía pagar sus deudas”, pero que a veces necesitan una pequeña ayuda. Sus dos jefes y Patrick Emmerton tenían una deuda con él, de dinero, y de sangre... y él había tenido que ayudarles a saldarlas. La primera ya había sido pagada con dinero, y la segunda pronto sería pagada con sangre. Desde su punto de vista, eso era hacer justicia.

- ¿Y usted no intentó hacerle cambiar de idea? –pregunta Bigelow.

- Me lo planteé durante unos minutos, pero no, no tenía el valor suficiente para decirle que sabía su secreto, que sabía que me estaba contando sus planes. Sencillamente dejé que siguiese hablando. “¿Sabes qué localidad había pensado para que se desarrollase la historia?”, me preguntó en cierto momento. Negué con la cabeza. “Había pensado en Bedford, ¿qué te parece?, sería como un homenaje a McHarmony, a nuestra infancia”. Aquello no hacía más que confirmar sus planes, porque la gente de Bedford rara vez sale de Bedford, así que seguramente esa sería la localidad que Patrick Emmerton

había elegido para quedarse tras salir de la cárcel.

- Al contar su historia, ¿llegó a decirle cómo James Fox tenía pensado matar a Jacob Palmer? –pregunta Bigelow.

- No –contesta Carraway-. No llegó a decírmelo, pero no hizo falta, en tan solo unas horas lo descubriría...

- ¿Qué? –reacciona Bigelow.

- Resulta, inspector, que los hechos que le estoy relatando, tuvieron lugar el mismo día en el que Patrick Emmerton fue asesinado.

- Espere, espere, espere... -dice Bigelow inclinándose hacia adelante-. ¿Está diciendo que el crimen, el motivo de toda esta conversación, ocurrió aquella misma noche?

- En efecto, esa madrugada concretamente –contesta Carraway tranquilo-. Hace apenas dos días. Así que, señor Bigelow, sé que esto no le gustará, pero se aproxima el final de mi historia.

- Está bien, señor Carraway –dice Bigelow nervioso-. Ahora que se acerca a lo que realmente importa le repetiré lo que le dije al principio de esta conversación: sea lo más preciso posible y trate de proporcionar las horas de los sucesos si es capaz de recordarlas.

- Está bien, creo que se lo ha ganado, ha escuchado todo mi relato y un trato es un trato, así que preste atención –Bigelow se prepara para comenzar a apuntar en su cuaderno y Carraway carraspea listo para abordar la última parte de su historia-. A eso de las diez menos cuarto Neil Armstrong ya había acabado con la tercera pinta, se había pasado los últimos cuarenta minutos hablando sin descanso sobre James Fox y Jacob Palmer, y daba la sensación de que a cada palabra que pronunciaba y a cada trago que daba, un poderoso sentimiento crecía en su interior. Una ebria decisión brillaba en sus ojos, como si se estuviese convenciendo a sí mismo sobre qué debía hacer, como si desease fervientemente llevar a cabo lo que tanto tiempo había estado esperando. Al relatar la deuda de James Fox estaba relatando la suya propia, y

parecía que sus ganas de cobrarla crecían segundo a segundo. Hasta que ya no pudo aguantarlo más... Seguramente, antes de ir al bar aquella noche no podía imaginarse que el día terminaría del modo en el que lo hizo, pero inspector, el alcohol y las historias tristes del pasado nunca son una buena combinación, y eso quedaría patente en tan solo unas horas. De pronto se levantó de la mesa en mitad del relato. “Es tarde Arthur”, dijo trabándose un poco con las sílabas, “mañana debo madrugar, debería irme ya”, extendió su mano hacia mí, “de nuevo ha sido un placer quedar contigo, enhorabuena por el libro y... nos vemos pronto, tendré que contarte cómo sigue la historia...”. Estreché su mano con vacilación y después observé cómo salía del bar arrastrando los pies y balanceándose de un lado al otro a punto de caer. ¿Realmente estaba pensando en hacerlo?, ¿realmente en su cabeza parecía una buena idea?, me resultaba casi imposible creer que en su estado pudiese siquiera intentarlo, pero, ¿y si me equivocaba, y si de verdad Neil estaba a punto de cometer un asesinato? Sería imprudente por mi parte quedarme de brazos cruzados...

- ¿Llamó a la policía? –pregunta Bigelow.

- No, la verdad es que no tuve tiempo para pensar con frialdad qué estaba pasando. Normalmente nos negamos a creer que cosas así puedan ocurrir hasta que ya están ocurriendo. Eso fue lo que sucedió... Todo se desarrolló a gran velocidad a partir de entonces. Por precaución, decidí seguirle. Salí del bar unos segundos después que él, y vi a una distancia prudencial cómo se subía en un taxi. Acto seguido, cogí yo otro taxi y pedí que siguiera al coche que acababa de salir, le dije que si no lo perdía le pagaría el doble, y el taxista, con la promesa de una buena suma de dinero revoloteando en sus oídos, hizo un trabajo impecable. Se mantuvo en todo momento a una distancia perfecta del taxi de Neil, ni lo suficientemente lejos como para arriesgarse a perderlo, ni lo suficientemente cerca como para levantar sospechas. La verdad es que parecía que ya había hecho eso con anterioridad. A las once en punto de la noche, tras una hora y cuarto de viaje y mucho tráfico, el taxi de Neil se detuvo, y el mío detrás. No me sorprendió ver que habíamos ido al aeropuerto. Aquello estaba ocurriendo de verdad, Neil iba a coger reamente un vuelo para asesinar al culpable de la muerte de sus padres... y en mis manos estaba el poder evitarlo.

- ¿Fue entonces cuando llamó a la policía?

- Tampoco -contesta Carraway bajando la vista-. Esta vez sí que quería hacerlo, pero si buscaba una cabina para hacer la llamada perdería a Neil, y si eso ocurría, quizás ya no quedase ninguna posibilidad. Debía continuar siguiéndole, era la única opción. Pagué generosamente a mi taxista por su buen trabajo y después me quedé unos segundos en los asientos traseros observando cómo Neil caminaba aun ebrio hasta la entrada del aeropuerto. En cuanto le vi desaparecer al otro lado de las puertas de cristal, bajé del taxi y entré yo también. Había bastante gente, no puedo decir que estuviese abarrotado, pero sí que había la suficiente cantidad de personas como para perder a Neil.

«Tardé casi quince minutos en encontrarle. Estaba comprando un billete en las taquillas. Desde la lejanía vi cómo sacaba de su bolsillo el sobre con dinero que yo le había dado horas antes y pagaba con parte de su contenido. Pero, ¿cuál era el destino de su vuelo?, eso no podía saberlo, estaba demasiado lejos para oír algo. Busqué lo más rápido que pude en los carteles repartidos por las paredes, busqué una señal que me indicase cuál era el vuelo que Neil iba a coger. Y lo encontré, sin duda era ese... El vuelo de las once y veinticuatro hasta el condado de Middlesex, donde se hallaba Bedford. Aquel vuelo aterrizaba en el aeropuerto de Laurence G. Hanscom Field, el primer aeropuerto que pisé en mi vida, en el que me dejó el señor Hoffman para que huyese de los medios y empezase una nueva vida. El destino había querido que volviese a aquel lugar más de una década y media después, quería que regresase a la cuna de mis primeros libros, de mis primeras palabras como escritor. Era un círculo digno de ser mencionado. Neil cogió su billete y caminó a paso rápido pero inestable hacia la puerta de embarque, tan solo quedaban unos minutos para que su vuelo despegase. Miré la cola de gente que había ahora en las taquillas y calculé que iba a ser difícil comprar un billete a tiempo, pero debía intentarlo, la vida de una persona estaba en juego.

«A las once y catorce me puse en la cola sabiendo que no había margen de error. Unas diez personas estaban por delante de mí, y las siete primeras aceptaron a dejarme pasar ante mi frenética y casi desesperada petición, les dije con un evidente nerviosismo que no podía perder ese avión, que era de vital importancia que yo estuviese dentro cuando despegase. Pero por desgracia aquello no funcionó con la persona número ocho... Ya creía estar cerca de conseguirlo cuando topé con ella. Era una mujer corpulenta y de

pequeña estatura, que hablaba con un tono inusualmente alto. Por su acento deduje que era del sur del país. “¿Y qué te crees hijo, que no es de vital importancia que yo coja mi vuelo?”, exclamó como queriendo que todo el aeropuerto nos mirase, “tendrás que esperar detrás de mí”. Maldita sea, no podía creerlo, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos... Ví como el minuterero del gran reloj que estaba colgado en la pared frente a nosotros corría sin pausa. Las once y veintiuno, las once y veintidós... Cuando llegó mi turno avancé exaltado hacia el chico al otro lado del mostrador y le pedí un billete para el vuelo a Middlesex, pero estaba tan agitado que en lugar de una frase, de mi boca salieron unos berridos imposibles de entender. Traté de calmarme. Tal y como se habían desarrollado los acontecimientos no había tenido ni un segundo para darme cuenta de lo realmente afectado que estaba por la situación, lo realmente involucrado que ahora me sentía en el destino de Neil Armstrong y del pobre desgraciado a quien él pensaba quitar la vida. En aquel momento me arrepentí de no haber llamado a la policía con anterioridad y me prometí a mí mismo que haría todo lo posible por evitar el derramamiento de sangre que en unas horas tendría lugar.

«Recompuse mi voz y, esta vez vocalizando todas las palabras, volví a pedirle el billete. Él me miró durante un segundo muy fijamente, creo que se dio cuenta de que era Arthur Carraway, y después tecleó en su ordenador. “Lo siento señor, pero ese vuelo cerró la puerta de embarque hace unos minutos”. Se me cayó el alma al suelo, ¿qué podía hacer ahora? El chico se compadeció de la desesperación que debió ver en mis ojos y volvió a teclear en su ordenador. “El siguiente vuelo sale en un par de horas, ¿quiere un billete para ese?”. Resoplé. “Necesito ir al aeropuerto de Laurence G. Hanscom Field lo más rápido posible, es una cuestión de vida o muerte y dos horas es demasiado tiempo...”. Volvió a mirar a su ordenador y contestó en un tono condescendiente: “no puedo hacer nada más por usted, lo siento de verdad”. Le obligué a mi cerebro a funcionar lo más ágilmente posible, tenía que pensar en algo, y tenía que hacerlo rápido. De pronto se me ocurrió una idea que podía dar resultado... Engrasaría la maquinaria de la bondad con el lubricante más potente que conocía: el dinero. Saqué mi cartera y puse dos billetes de tres cifras encima del mostrador. “¿Seguro que no hay nada que puedas hacer para ayudarme?”, pregunté mirándole con seriedad. Al ver aquello tensó las mandíbulas y abrió mucho los ojos. Miró con precaución a la derecha, después a la izquierda, y finalmente cogió los dos billetes. Con naturalidad hizo el

gesto de meterlos en la caja de dinero en efectivo, pero acabó metiéndolos en el bolsillo de su camisa. Volvió a teclear en su ordenador por tercera vez y se acercó al mostrador para hablarme más de cerca. “Un avión de mercancías con un cargamento de paquetes de correos despegó en dieciséis minutos de la pista cuatro, su primer destino es Middlesex, concretamente el aeropuerto de Laurence G. Hanscom Field”, dijo susurrando. “Pero los aviones de mercancías no permiten pasajeros”, contesté también susurrando. “Eso es algo que tendrá que ‘discutir’ con los dos pilotos”, miró hacia mi cartera al decir esa palabra, “Diríjase rápidamente a la zona Este del aeropuerto y descienda a la pista número cuatro por las escaleras de emergencia, si se da prisa aún no habrán terminado de cargar el avión y quizás tenga alguna posibilidad de subir en él”. Volvió a echarse hacia atrás, se inclinó hacia la derecha y llamó con total naturalidad al siguiente de la fila de gente que se había formado detrás de mí. “Mucha suerte”, logré escuchar de sus labios antes de echar a correr. Ya tenía toda la información que necesitaba, se había cerrado una puerta, pero por suerte se había abierto una ventana, y tenía que aprovecharlo...

«Corrí todo lo que pude siguiendo los carteles del aeropuerto hacia la zona Este, y una vez allí, busqué ansioso la puerta número cuatro. Toda esa sección del aeropuerto estaba reservada para vuelos de mercancías así que no había prácticamente nadie en los largos pasillos. Siguiendo las palabras que me acababan de decir, encontré las escaleras de emergencia de la pista cuatro y bajé por ellas. De pronto me hallé en el exterior, caminando perdido sobre el oscuro asfalto que cubría las zonas de despegue y aterrizaje. Eran las once y media, hacía frío y las turbinas rugían rabiosas. Bajo unos potentes focos, cuatro hombres vestidos con trajes reflectantes comprobaban la puerta de carga de un gigantesco avión de mercancías estaba correctamente cerrada. “Ya podéis iros”, les dijeron a otros dos hombres uniformados que estaban en la parte baja de unas escaleras que conducían a la cabina. Eran ellos, eran los pilotos, y si quería tener alguna posibilidad de llegar a Bedford, debía darme prisa. Corrí hacia ellos ya fatigado mientras subían las escaleras. “¡Esperen, esperen!”, grité. Los dos hombres se dieron la vuelta y observaron confusos cómo subía las escaleras detrás de ellos. “Necesito que me lleven hasta Middlesex”, dije tratando recuperar el aliento, “es importante”. Ambos hombres me miraron de arriba a abajo, después se miraron entre ellos y comenzaron a reír. “¿Es una broma?”, preguntó el más alto, “¿pero usted quién es?”. “Solo soy un hombre desesperado... y le aseguro que no bromeo, esto es

muy serio, necesito llegar al aeropuerto Laurence G. Hanscom Field lo antes posible...”, dije respirando agitadamente. “Ya, ya, si no lo dudamos, pero nosotros tenemos trabajo que hacer, tenemos unos horarios que cumplir, y la política de nuestra empresa no nos permite llevar polizones a bordo. Lo siento señor, pero tendrá que ir en un vuelo regular. Buenas noches”. Los dos hombres se dieron la vuelta y siguieron subiendo las escaleras. “¿Y qué haría falta para que se saltasen la política de su empresa?”, exclamé sacando la cartera...

Bigelow resopla.

- ¿También ellos se dejaron sobornar por usted? –pregunta indignado.

- Por supuesto –contesta Carraway-. Todas las personas tienen un precio, y con el tamaño de mi cuenta bancaria... creo que podría comprar a quién yo quisiese.

- En eso se equivoca, señor Carraway –dice Bigelow con seguridad-. No existe una cifra con la que usted pueda comprarme a mí, no soy de ese tipo de personas... Aún conservo mi integridad.

- Los íntegros acaban siendo los más baratos... -dice en bajo.

- ¡Cállese! –exclama Bigelow alzando la voz-. Y continué con su declaración, terminemos esto de una vez por todas.

- Está bien, está bien –dice Carraway sonriendo-. Tan solo quería que comprendiese que el dinero es capaz de abrir todas las puertas, hasta las que parecen estar cerradas a conciencia... No sabía que tuviese tanta curiosidad por seguir escuchando mi relato –Bigelow tensa las mandíbulas fuertemente-. Tuve que darles prácticamente todo lo que me quedaba en la cartera para que acabasen accediendo. Tan solo me dejaron que me quedara con lo suficiente para coger un taxi desde el aeropuerto hasta Bedford. Me senté en una pequeña silla atornillada a la pared de la cabina detrás de los dos pilotos y recé por que fuesen raudos, Neil nos llevaba una ventaja de casi veinte minutos... De las dos horas que duró el viaje, ambos hombres dedicaron más de la mitad del tiempo en discutir cómo podían hacer para que yo saliese del avión en Middlesex sin levantar sospechas. Parecían nerviosos, sabían que sus trabajos

estaban en juego por el sencillo hecho de que yo estuviese allí con ellos, así que su discusión fue subiendo progresivamente el tono a medida que nos acercábamos a nuestro destino. “¡No debemos aceptar su dinero!”, decía uno frotándose la cabeza con las manos. “Ya no hay vuelta atrás”, contestaba el otro, “ahora tenemos que pensar en cómo acabar con esto”. Finalmente decidieron que lo mejor era que me hiciese pasar por empleado del aeropuerto, y me dieron un chaleco reflectante para ponerme. Había una pequeña trampilla que conectaba la cabina con la zona del avión reservada para la carga. Tras el aterrizaje pasaría por esa trampilla y me escondería entre los paquetes. Esperaría a que se abriese la puerta de descarga y a que entrasen unos cuantos empleados a sacar cajas, entonces yo saldría con ellos con total naturalidad. “Por favor, trata de ser discreto”, me suplicaron, “si lo haces bien todos ganaremos”. Recuerdo que miré la hora en mi reloj de pulsera, que coincidía con la hora que un reloj digital mostraba con números rojos en el centro del panel de mandos: las dos menos veinte de la madrugada. Neil habría aterrizado ya hace unos minutos y eso hizo que mi ansiedad aumentase, pero ya estábamos cerca, dos hileras de luces blancas nos daban la bienvenida al pequeño aeropuerto de Laurence G. Hanscom Field en la oscuridad de la noche. Me puse el cinturón y esperé al aterrizaje. Las ruedas del gran avión chirriaron contra el asfalto, después del contacto, fuimos reduciendo la velocidad hasta detenernos en el lateral de la pista. Uno de los pilotos se levantó de su asiento y abrió, haciendo un gran esfuerzo, la pequeña trampilla por la que yo tenía que pasar para llegar a la zona de carga. “Recuerda, naturalidad”, dijo nervioso mientras cerraba la trampilla a mi paso. Me quedé totalmente a oscuras sin más ayuda que mi tacto para determinar la posición del centenar de cajas que había a mi alrededor. Fue entonces cuando pensé en lo descabellado que era aquel plan.

- Se dio cuenta ahí... -dice Bigelow sarcástico-. Creo que cualquier persona se hubiera dado cuenta mucho antes de que aquello no tenía ni pies ni cabeza.

- Sí, reconozco que no era un plan brillante, pero era lo mejor que se les había ocurrido a esos dos hombres con el poco tiempo del que disponían. Yo no quise contradecirles, sencillamente me dejé llevar. No me importaba que en mis manos estuviesen sus empleos, solo me importaba que en mis manos quizás estaba la vida de un hombre, y si me descubrían perdería demasiado

tiempo, no podía fallar... Me senté en el suelo, en la total oscuridad, plegándome sobre mí mismo para ocupar el mínimo espacio posible y tener menos opción de ser visto. Recuerdo que en aquella posición, los fuertes y rápidos latidos de mi corazón hacían que mi pecho chocase violentamente contra mis rodillas, que temblaban de los nervios. De pronto, un sobrecogedor chasquido metálico sonó a pocos metros de mí y el opaco negro que me rodeaba empezó a desintegrarse. La puerta de descarga se estaba abriendo lentamente y la tenue luz de la noche comenzaba a penetrar en el interior del avión, al igual que las voces de los operarios de carga y descarga. Pude diferenciar unas seis voces diferentes, con lo que deduje que yo me convertiría en el séptimo empleado. "Démonos prisa", dijo uno, "esto tiene que estar acabado antes de las dos". Una algarabía de pasos metálicos comenzó a hacerse eco en las curvadas paredes. Entraron tres hombres vestidos con sus chalecos reflectantes, cogieron una caja cada uno y salieron, instantáneamente entró otra tanda de tres hombres que hicieron lo mismo. Con el pulso desenfrenado y los músculos temblorosos me levanté de mi posición, cogí la caja más grande que vi, la puse delante de mi cara para no tener de mirarles, y salí por la puerta de descarga caminando con normalidad...

- ¿No le dijeron nada? -pregunta Bigelow sorprendido.

- A mí no. Evidentemente se dieron cuenta de mi presencia, y se asombraron bastante, pero no se atrevieron a decirme nada, actuaba con tanta naturalidad que llegaron incluso a dudar. Además el chaleco me confería una apariencia más profesional. No obstante, eso no evitó que hablaran entre ellos sorprendidos. "¿Trabaja aquí?", dijo uno, "¿tú le has visto venir?". Yo no podía verles, solo podía escucharles, porque la gran caja tapaba todo mi campo de visión, tan solo era capaz de ver vagamente por donde iban mis pies. Recé para que no me hiciesen ninguna pregunta mientras bajaba por la rampa metálica hasta el asfalto. Una vez allí, aumenté el ritmo de la marcha, dejé la caja junto con otras muchas que estaban apiladas sobre un remolque y, sin mirar atrás, caminé rápidamente hacia el edificio del aeropuerto. Aun podía oír sus voces en la lejanía y sentir sus miradas confusas clavándose en mi nuca, pero me daba igual. Había logrado mi objetivo: estaba en el Laurence G. Hanscom Field, a pocos kilómetros de Bedford, y ahora, la persona cuyo nombre en clave era Jacob Palmer, quizás tendría una oportunidad de vivir... Miré mi reloj de pulsera, y en la penumbra pude distinguir las finas sombras

de las agujas. Las dos menos diez. Supuse que Neil ya estaría en Bedford, y sintiendo la presión del tiempo como una cuenta atrás, me deshice del chaleco y empecé a correr. Entré en el edificio del aeropuerto a través de una puerta reservada para pilotos y continué corriendo. No había prácticamente nadie aquella madrugada en los pulidos pasillos así que pude cruzarlos como una exhalación. Todo a mi alrededor portaba nostálgicos recuerdos, aquellos pasillos eran los que había recorrido de arriba abajo hacía ya tantos años en busca de un destino a donde escapar. Por aquel entonces todo me parecía desproporcionadamente grande, pero ahora, tras haber visitado tantos aeropuertos, me parecía mucho más pequeño, como si yo hubiese duplicado mi tamaño desde la última vez que estuve allí. Sentí envidia de mi yo pasado, de aquel chico de dieciocho años que estaba a punto de volar a Alaska, que sin saberlo, pondría el mundo a sus pies... Parecía haber pasado una eternidad, como si todo lo vivido formase parte de una vida que ni siquiera me había pertenecido. Mientras corría, sentí pena de mí mismo, por haber acabado así, por haber dejado de volar, por haber dejado de soñar, por haberme convertido en quien era ahora... Mis ojos comenzaron a humedecerse, pero no, no podía centrarme ahora en mí, si tenía algún problema interno, ya tendría tiempo de solucionarlo. La tarea que tenía ahora por delante era mucho más importante, y no podía ser egoísta. Así que me sequé los ojos con la manga de la camisa y seguí corriendo. Si deseaba llegar a Bedford, tendría que coger un taxi desde la entrada del aeropuerto, pero tenía un problema: no sabía a dónde debía ir.

«Neil no había especificado la zona de Bedford en la que “cobraría su deuda” en ningún momento del relato, así que, a pesar de estar tan cerca que casi podía sentir el halo que había dejado Neil al pasar por allí, no podría hacer nada si no descubría el paradero de Jacob Palmer. ¿Recuerda que le dije que la gente de Bedford rara vez sale de Bedford? –Bigelow asiente con la cabeza-. Pues aquello fue lo que me permitió continuar. Acertadamente llegué a la conclusión de que, en un pueblo tan pequeño y tranquilo como Bedford, la ruptura de una familia por la trágica muerte de los padres en un accidente de tráfico y la posterior inserción del hijo en el orfanato habrían calado bien hondo en la memoria popular. Yo solo debía preguntar, esa era mi esperanza. Cuando por fin llegué a la entrada del aeropuerto, me acerqué agotado a los cuatro taxis que allí estaban apostados. “¿Es usted de Bedford?”, pregunté al primer taxista. “No”, contestó, “de Lexington”. Fui hacia el segundo, y la respuesta de nuevo fue negativa, hacia el tercero, y también negó. Solo

quedaba una oportunidad, me acerqué hasta el cuarto taxi. Un hombre de unos sesenta y cinco años estaba al volante, fumando un cigarro con la ventanilla bajada, con una cadena de música folk sonando a medio volumen desde su radio. “¿Es usted de Bedford?”, pregunté cruzando los dedos. “Nacido y criado”, contestó sonriendo sin quitarse el cigarro de los labios. Miré al cielo, cubierto de estrellas, y di las gracias al escritor, aquello no era una coincidencia, de nuevo quería que estuviese allí en aquel momento, frente a aquel hombre. Me subí en la parte de atrás del taxi. El taxista tiró la colilla fuera y cerró la ventanilla. “¿A dónde vamos?”, preguntó amable. “¿Conoce usted la trágica historia de la familia Armstrong?”, pregunté. “¿La familia Armstrong?... Todos conocen esa historia aquí.”, dijo para mi júbilo, “¿qué pasa con ellos?”. “¿Sabe que fue del hombre culpable del accidente de tráfico en el que fallecieron los padres?”, pregunté. No me hizo falta esperar. “¿Se refiere a Patrick Emmerton?”, dijo instantáneamente. Diana... había acertado de pleno. Aquella fue la primera vez que escuché ese nombre, le había quitado la máscara a Jacob Palmer y había hallado la verdadera identidad que se escondía debajo: Patrick Emmerton. “Supongo”, dije, “¿qué ha sido de él?”. “Cumplió condena”, contestó, “durante una década, creó que abrió una tienda hace ya unos cuantos años, en Bedford, en la frontera Noreste con Burlington. ¿Por qué lo pregunta?”. Miré el reloj digital del taxi, las dos en punto. Neil ya estaría cerca. “Lo pregunto porque necesito que me lleves hasta allí, y rápido...”.

Capítulo 13

- Tras apenas diez minutos de viaje, penetramos en los límites de Bedford. Mis ojos volvieron a ver aquellas calles, aquellas zonas boscosas y aquella tranquilidad, volvieron a ver aquel pueblo tal como mi padre y yo lo viéramos tras la muerte de mi madre. Tantos recuerdos... Durante unos minutos mi mente se alejó de Neil Armstrong, se alejó de Patrick Emmerton, se alejó de todo lo ocurrido desde que empecé a viajar por el mundo. Y volví a ser un niño. Con la cabeza pegada contra la húmeda ventanilla de mi asiento hice un amargo, y al mismo tiempo hermoso viaje por mi infancia. Vi el motel en el que mi padre y yo nos alojamos durante nuestras primeras semanas en Bedford. Vi la casa que alquilamos y en la que vivimos casi cinco años. Pasamos frente al colegio donde vi por primera vez a mis mejores amigos Edgar, Jade y Emilie. A lo lejos asomaban las chimeneas de la fábrica en la que, por un accidente, murió mi padre. Y después vino McHarmony... Volver a ver aquellos pálidos muros, aquella verja oxidada y aquel viejo letrero en la entrada fue demasiado para mí. Había dado tantas vueltas la vida. Recordé mis primeros días allí, recordé la camaradería, la sensación de ser aceptado, recordé al señor Hoffman, recordé mis inicios como escritor, recordé la visita de los dos editores de Lookbook, sus miradas codiciosas, recordé a la prensa, mi huida, y de pronto recordé a Neil. ¡Oh Neil!, maldita sea, debía volver a la realidad. Sacudí la cabeza e intenté concentrarme, ya estaba bien de recuerdos, debía regresar al presente, a lo que ahora tenía por delante. Miré el reloj, habían pasado veinte minutos desde que me subí al taxi, veinte minutos de un trance que no podía repetirse. "¿Estamos muy lejos?", pregunté recuperando el nerviosismo. "No", dijo, "Burlington está a menos de diez minutos, así que tardaremos más o menos eso en llegar a la tienda que buscamos". "¿Podría acelerar un poco?", pregunté perdiendo parte de mi amabilidad. El taxista me hizo caso y, sin decir nada, fue aumentando

progresivamente la velocidad. "¡Alto!", exclamé de pronto, "¡pare el coche, pare el coche!". El taxista frenó en seco, más bien por lo abrupta que había sido mi petición que por el contenido de la misma. Las ruedas chirriaron y los amortiguadores hundieron el coche por el morro. "¿Qué diablos pasa?", preguntó el hombre asustado. No le contesté, había visto algo que no podíamos saltarnos, y no había tiempo para explicaciones. "¿Cómo se llama la tienda del señor Emmerton?", pregunté exigiendo una respuesta rápido. El taxista no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, agarraba el volante con fuerza, sorprendido por mi repentino cambio de actitud. "No sé... algo relacionado con 'Emmertland', no recuerdo el nombre exactamente. ¿Pero qué sucede?". Bajé del coche dejando la puerta abierta y crucé corriendo hacia el otro lado de la calle. ¿Sabe qué me hizo reaccionar de ese modo, inspector?, ¿se imagina qué fue lo que vi?

- Dígame –contesta Bigelow.

- Una cabina telefónica. Eso fue lo que me hizo ordenar detener el coche. Había una cabina de color oscuro apostada en la acera derecha de "Pine Hill Road", esperando pacientemente a ser usada.

- ¿Iba a llamar por fin a la policía? –pregunta Bigelow.

- Era el momento, me había arrepentido desde hacía horas de no haberlo hecho antes, así que aquello era la forma de redimirme. Además no quería ser el único capaz de salvar la vida de Patrick Emmerton, quería poder contar con algo de ayuda, ¿y quién mejor para tratar de impedir un asesinato que la policía?

- Para eso necesitaba el nombre de la tienda... Entiendo -dice Bigelow.

Carraway asiente con la cabeza.

- Marqué el número de emergencias lo más rápido que pude. En cuanto escuché que alguien descolgaba el auricular al otro lado comencé a hablar frenético. "Necesito que venga alguien a la frontera norte de Bedford con Burlington, a una tienda que contiene la palabra 'Emmertland'". La persona al otro lado de la línea se tomó unos segundos para contestar. "¿Puede repetir?",

dijo al fin con calma. ¿En serio?, ¿se podía ser más incompetente?, alguien llama a emergencias con el tono de desesperación con el que yo estaba llamando y ‘¿puede repetir?’ es lo que contestan, y encima con esa calma... Naturalmente perdí los nervios. “¡Qué envíen a alguien ya!”, grité al auricular, “por favor, es posible que vaya a cometerse un asesinato...”, no esperé a su contestación, no podía perder más tiempo, así que solté el teléfono y volví corriendo al taxi.

- Cuando alguien llama a emergencias y dice la palabra asesinato, independientemente del contenido del resto de la conversación, estamos obligados a dar parte de esa llamada y hacer las comprobaciones necesarias para garantizar la seguridad ciudadana –dice Bigelow-. Antes de entrar en esta sala, como inspector de policía de la comisaría de Woburn que soy, fui informado de que habíamos recibido una extraña llamada que hablaba del homicidio que más tarde resultaría ser cierto. Naturalmente pregunté si se había tomado alguna medida a raíz de esa llamada y si se había identificado al extraño informante. Collins, el hombre que al parecer recibió la llamada, me dijo que el informante no había especificado correctamente dónde tendrían lugar los hechos pero que, por precaución, había enviado un coche patrulla a la frontera entre Bedford y Burlington para comprobar que todo iba bien. En cuanto a lo de la identificación, me dijo que era imposible saber quién había realizado esa llamada. ¿Me está diciendo que fue usted el informante? – pregunta Bigelow preparándose para tomar nota.

- Claro que fui yo, ¿es que no me acaba de escuchar? –dice Carraway subiendo el tono- Maldito Colley o como haya dicho que se llame... qué vergüenza de cuerpo de policía que ni siquiera son capaces de escuchar unas sencillas palabras. Debería ser él quien está aquí sentado, no yo. Yo hice más por evitar la muerte de Patrick Emmerton que todos ustedes juntos.

- Cuide sus palabras –dice Bigelow intentado mantener la calma.

- ¡No! –contesta Carraway más alto-. Claro que no las cuida. Además acaba de decir que recibieron esa llamada en la comisaría de Woburn, ¡pero si eso está a casi media hora de Bedford!, ¿cómo diablos llegó allí mi llamada, es que no había otra comisaria un poco más cerca?

- Como usted bien ha dicho antes, señor Carraway, Bedford es un pueblo muy tranquilo, al igual que los pueblos de los alrededores. Solo con esta comisaría en Woburn basta para los cuatro pueblos vecinos. Nunca habíamos tenido problemas hasta que llegaron usted y Neil para causarlos.

- ¿Causarlos? –exclama Carraway indignado-. ¿Pero no me está escuchando?, yo quería evitar a toda costa un derramamiento de sangre, al parecer al contrario que usted y sus hombres. Mandaron un coche patrulla para ver si todo iba bien... ¡Era evidente que algo no iba bien!

La temperatura en la sala de interrogatorios parece haber aumentado en varios grados. Carraway está casi en pie, rojo de rabia. Bigelow permanece quieto, le encantaría poder llevarle la contraria pero no puede, sabe que efectivamente la labor policial de sus hombres había dejado mucho que desear, y quizás su falta de velocidad había sido la causa de la muerte del señor Emmerton.

- Está bien –dice finalmente el inspector-. Le pido disculpas de parte de Collins, de parte del resto del cuerpo y por mi parte también –a pesar de que resulte evidente lo mucho que le cuesta a Bigelow pronunciar esas palabras, lo hace de forma sincera.

Carraway trata de calmarse.

- De acuerdo –dice resoplando-. Acepto sus insuficientes disculpas...

- ¿Podría entonces terminar de contar lo que ocurrió? –pregunta Bigelow.

Carraway resopla y se deja caer hacia atrás en su silla.

- Después de realizar la llamada más inútil de toda mi vida, volví al taxi bajo la atónita mirada del taxista. Trató de preguntarme algo en cuanto entré, pero no le dejé. “Rápido”, dije, “acelere”. Nos pusimos de nuevo en marcha y avanzamos por Pine Hill Road como un rayo. El hombre al volante se sentía claramente confuso y no dejaba de preguntarme qué estaba pasando. En lugar de contestarle, seguí metiéndole prisa. Las dos y veinticinco, las dos y veintiséis... Después de unas cuantas curvas tomadas a gran velocidad, de

pronto el taxi se detuvo. “¿Hemos llegado?”, pregunté sobresaltado mirando a través de todas las ventanillas. “Sí”, contestó, “ahí está”, señaló a través del parabrisas a un pequeño local al final de la calle, a unos treinta metros. “Ya le dije que tenía la palabra ‘Emmertland’”. Tenía razón, unas parpadeantes luces de neón brillaban sobre la fachada del edificio: “Emmertland Groceries Store”, sin duda era el lugar. Le di las gracias sentidamente, por haber sido raudo y por haberme llevado al sitio correcto. Vacíe lo que quedaba en mi cartera sobre sus manos y salí del taxi. En cuanto puse un pie en el asfalto, mi estómago se contrajo sobre sí mismo haciendo un perfecto nudo. El taxi volvió a ponerse en marcha y, con el leve traqueteo del motor arañando el total silencio, dio la vuelta y desapareció en la noche. Quedé solo en mitad de la calle, en mitad de la oscuridad, paralizado por el pánico. Hacía frío y mis manos empezaron a temblar. Recuerdo que pensé en lo bien que me vendría un poco de absentia, para dejar de pensar, para actuar, porque el miedo que sentía en aquel instante era tan grande que me hacía imposible avanzar. Cerré los ojos y cogí una gran bocanada de aire frío, intenté que mis pulsaciones se redujeran y después, con un elevado esfuerzo, moví la pierna derecha. La izquierda la siguió, y así, comencé a caminar hacia mi destino...

«Había recorrido un largo camino durante una larga noche para estar allí, desde mi bar en Nueva York hasta Bedford, hasta mi pasado, y ahora la razón de mi viaje estaba cada vez más cerca. El azul de las letras de neón se reflejaba sobre los charcos de la calle. Daba miedo, tenía miedo... El corazón parecía irseme a salir del pecho. A pesar de que mi razón me dijese que debía dar la vuelta, mi moralidad me lo impedía, un hombre podía estar a punto de ser asesinado allí mismo, no podía irme ahora que estaba tan cerca, así que forcé a mis piernas a seguir moviéndose. No se veía nada a través de las ventanas alrededor de la tienda, el interior parecía estar a oscuras. Mientras rodeaba el pequeño local, seguí sin ver nada, fue entonces cuando comencé a replanteármelo todo. ¿Y si había estado equivocado desde el principio?, podía encontrarme en el lugar incorrecto o sencillamente haber interpretado mal las señales. ¿Y si Neil Armstrong tan solo era un tipo corriente que había cogido un vuelo esa noche a saber con qué fin?, ¿y si no era un ladrón ni un asesino?. Empecé a sentirme como un completo paranoico, ¿qué estaba haciendo allí?, ¿de verdad había sobornado al chico del aeropuerto, a los pilotos, había llamado a la policía y casi había conseguido que a mi taxista le diese un paro cardíaco por un error? En parte me sentía un completo estúpido y en parte

sentía un profundo alivio. Puse las manos en mi cabeza, me apoyé en la fachada y comencé a reír solo. Reí de forma despreocupada, como si toda la tensión que había estado sintiendo las últimas horas hubiese sido una pesadilla de la que acababa de despertar. Pero de pronto, entre el sonido de mi risa, otro sonido mucho más perturbador atravesó la ventana de la tienda hasta mí. Un gemido, o un grito ahogado, no podía saberlo con certeza, pero había oído algo, eso seguro. Paré de reír instantáneamente, mi corazón dio un poderoso vuelco y de nuevo volvió a golpear mi pecho con fuerza. Quedé totalmente en silencio, aguanté la respiración y agudicé el oído lo máximo posible... Y volvió a sonar: un extraño gemido, supuse que humano, que esta vez venía acompañado con un ruido más estridente y claro: cristal rompiéndose contra el suelo. Había alguien dentro de la tienda, eso estaba claro, a pesar de que las luces estuviesen apagadas, allí había alguien. El alivio que acababa de sentir al creer que todo había sido un estúpido error desapareció y volvió la ansiedad. Me mordí los nudillos con fuerza, no sabía qué hacer. Pensé que tal vez lo mejor sería esperar a la policía, que con suerte estaría de camino... evidentemente yo no sabía que venían con calma desde Woburn y que no llegarían hasta pasadas las tres de la madrugada... -Bigelow baja la cabeza con esas palabras-. Volví a escuchar algo cayéndose al suelo, y un pequeño grito, mucho más claro que los anteriores, de alguien que sin duda tenía la voz rota por la vejez. En mi mente se dibujó la figura de un anciano sufriendo en el interior de esa tienda, un anciano sin rostro, pues yo no conocía el aspecto de Patrick Emmerton, y me imaginé a Neil Armstrong allí, siendo el culpable de ese sufrimiento... -Carraway hace una pausa-. Señor Bigelow, todos poseemos un pequeño instinto heroico, todos tenemos una pequeña porción de nuestra personalidad que nace siendo héroe, pero que duerme a la espera de que unas circunstancias extraordinarias la despierten. Aquella visión que se dibujó en mi cabeza fue suficiente para que mi actitud cambiase por completo, para que mi decisión fuese absoluta. La diminuta parte de héroe que tenía en mi interior salió a la luz en el momento más oportuno.

«Con la necesidad acuciante de entrar en acción, rodeé el local caminando con impaciencia, en busca de la puerta trasera. Una vez allí, no me sorprendió encontrar el candado, que debería garantizar que estuviese cerrada, roto y tirado en el suelo. Alguien había forzado aquella puerta hacía apenas unos minutos. Mi instinto heroico se acrecentó y, con una decisión que jamás creí poseer, abrí la puerta y entré con sigilo en el local. En el interior de

Emmertland Groceries Store no había ninguna fuente de iluminación, solo la tenue luz de la calle que entraba por una claraboya rompía la total oscuridad. Tuve que esperar unos segundos a que mis ojos se acostumbraran a las tinieblas mientras avanzaba a tientas por la tienda. Escuchaba susurros provenientes de algún rincón, susurros que rebotaban por las paredes y llegaban a mí apagados, misteriosos. Caminé aguantando la respiración entre decenas de estantes llenos de comestibles en busca de una pista, una señal que me permitiese saber de dónde venían aquellas voces, hasta que por fin, tras unos minutos de oscuro y silencioso rastreo, encontré lo que tanto temía ver...

- ¿Qué vio señor Carraway? –pregunta Bigelow alterado.

- Después de haber recorrido todos los pasillos del local, caminando agachado entre estantes, por fin llegué al mostrador de la tienda. Las voces ahora eran más nítidas, más claras que antes. Miré a mi alrededor sin entender la procedencia de las voces. Ya había visto toda la tienda, ¿qué me quedaba por registrar?, ¿de dónde venían aquellos susurros?

- La trastienda... -dice Bigelow en bajo.

- Exactamente, la trastienda. Sin saber qué hacer, de pronto mis pies tocaron algo duro, que crujió bajo mi peso. Me agaché para ver qué era, y allí, a la altura del suelo, vi el rastro de miguitas de pan que estaba buscando. Una taza estaba quebrada en un centenar de pequeños pedazos a mi alrededor, y unos metros más adelante, unas bolsas de comida estaban tiradas por el suelo y su contenido esparcido por doquier, y un poco más allá, una decena de revistas estaban desperdigadas sin ningún orden por la moqueta. Tan solo era capaz de ver formas, pero entendí que aquello eran los indicios de la tormenta, como si allí hubiese tenido lugar una violenta pelea que avanzaba por los recovecos de la tienda. Mis ojos siguieron el rastro que había sido dejado, y se toparon con lo que sin duda era la última parada del abrupto viaje: la puerta de la trastienda. Ahora que sabía el dónde, las voces se hicieron mucho más nítidas. Avancé con el corazón en un puño pero con decisión hacia la entrada. Al igual que Dante, escapé de un infierno para explorar un infierno aun peor. Puse mi mano en el pomo y agudicé el oído, las voces sonaban a través de la metálica superficie con más claridad que nunca, tal vez porque estaba realmente cerca, o porque estaban aumentando el tono. Me armé de valor y

abrí la pesada puerta que, sorprendentemente, no hizo ningún ruido. Y mis peores sospechas se hicieron realidad.

- ¿Cuáles? –pregunta Bigelow instantáneamente.

Carraway suspira afectado.

- Mi amigo de la infancia, mi único amigo en la actualidad, Neil Armstrong estaba allí, como había previsto. Sujetaba con una fuerza maniática a un hombre claramente anciano y enjuto, cuyas arrugas eran tan pronunciadas que era capaz de verlas incluso a través de la oscuridad. Los contornos de aquellas dos personas se dibujaron para mí en el fondo de la trastienda, a unos diez metros de mi posición. La violencia que se respiraba en aquella escena era permeable, y empapaba la atmósfera con el denso olor del miedo. Neil agarraba con sus dos manos la camisa de Patrick Emmerton, y le movía de un lado al otro como si fuese un muñeco de trapo. A pesar de la escasa luz, pude imaginarme el rostro desencajado de Neil, expulsando toda la rabia contenida durante décadas hacia aquel hombre, imaginé sus ojos hinchados en cólera, abiertos de par en par. Me imaginé el rostro del anciano señor Emmerton, el dolor, la desesperación, el pánico, alivio quizás, alivio por ir a saldar su deuda, por ir a encontrar pronto la muerte de la que tanto tiempo había huido. “¡Asesino!”, gritó Neil llorando, en su voz latía el alcohol, así que supuse que había seguido bebiendo durante su viaje en avión. “¡Asesino, asesino, asesino!”. Siguió bamboleando al pobre anciano hasta hacerle chocar contra una mesa. Un pequeño bote con lápices cayó al suelo desperdigando su contenido por el lugar. “Acaba ya con esto”, imploró el señor Emmerton con una voz mucho más sobria de la que podía imaginarme, lúcida a pesar del miedo.

«Yo me totalmente paralizado, contemplando la violenta coreografía con el corazón reducido al tamaño de una nuez. Ellos estaban tan centrados en sí mismos, Neil en Patrick, y Patrick en Neil, que ni siquiera se dieron cuenta qde que les miraba desde el umbral de la puerta. Fue cuando cometí el mayor error de mi vida... -Carraway detiene su relato unos instantes y se queda mirando la mesa de interrogatorios. En el interior de sus ojos revive aquellos momentos-. Yo había ido allí para evitar un asesinato, eso es evidente, pero inspector, ¿recuerda que al principio de nuestra conversación le confesé que

yo no había sido el culpable del asesinato de Patrick Emmerton, pero que seguramente mi presencia durante los hechos supusieron su final? –Bigelow asiente impacientemente con la cabeza-. Pues lo dije por lo que ocurrió a continuación, por la broma tan pesada que me gastó entonces el escritor. No sabía cómo actuar, qué debía hacer para detener todo aquello, y la violencia que estaba presenciando me había arrebatado ese instinto heroico que hacía unos segundos había creído poseer. Finalmente abrí la boca y sellé el destino del anciano señor Emmerton... “¡Suéltalo Neil!”, grité casi sin ser consciente. Mis palabras volaron lentamente a través de la trastienda y llegaron a los oídos de Neil, que se estremeció de sorpresa. Giró la cabeza galvanizado, con pavor, y empujó con fuerza a Patrick Emmerton lejos de él, como intentando alejarse de los actos criminales que estaba llevando a cabo. Aquello era precisamente lo que yo quería, que soltase a aquel hombre, pero las cosas nunca son tan sencillas... Fotograma a fotograma, descifrando la oscuridad, mis ojos vieron como el pie del señor Emmerton, tras ser empujado, topaba con el bote de lápices que hacía unos segundos había sido volcado y resbalaba con él. Contemplé cómo caía lentamente hacia detrás y cómo, con un sonido que jamás lograré quitarme de la cabeza, su nuca golpeaba la esquina de la mesa contra la que había chocado previamente.

«Durante unos segundos Neil y yo quedamos mudos e inmóviles. Ambos contemplamos cómo el suelo enmoquetado comenzaba a cubrirse de un brillante rojo bajo la cabeza de Patrick Emmerton. Intenté respirar, pero no pude, el dolor que sentía en las sienes se hizo casi insoportable. Neil y yo nos miramos durante un instante, su rostro no decía nada. No como él esperaba, pero su deuda había sido saldada... De pronto, se acercó a mí y, sin decir una sola palabra, otorgarme una mirada o tocarme siquiera, cruzó el umbral de la puerta en la que me encontraba. Le escuché entonces alejarse a pasos rápidos por la tienda y la puerta de emergencia cerrándose. ¿Qué acababa de ocurrir?, ¿realmente acababa de ver morir a un hombre? Quería llorar, quería gritar, quería vomitar, pero todos mis sentidos estaban alterados de una forma tan caótica que no hubiera sido capaz de realizar ninguna de las tres acciones. Sin saber por qué, como siguiendo unos pasos que siempre estuvieron allí, preparados para que yo los diese, me acerqué tambaleándome hacia el cuerpo de Patrick Emmerton. Vi su rostro pálido y sin vida, su semblante tranquilo, aliviado. Después miré hacia el techo, a través de la claraboya, y me pregunté por qué diablos el escritor quería eso para mí, por qué había llegado hasta

allí, tan lejos, para no poder evitar la muerte de aquel hombre. Confundido, aterrado, y con el aroma de la muerte asomando en mi nariz, mi cuerpo hizo lo único que podía hacer para evitar la locura: desconectarse. Caí sin sentido sobre el cuerpo un caliente del anciano señor Emmerton, y allí quedé, manchándome con su sangre, hasta que su hombre llegó a la escena del crimen... El resto usted ya lo conoce. Fui llevado al hospital de Burlington donde determinaron que no estaba herido y después fui traído directamente hasta aquí, la sala de interrogatorios de la comisaría de Woburn, frente a usted.

La habitación queda en silencio. Carraway permanece mirando hacia la mesa. Bigelow apunta en su cuaderno.

- Nunca podremos saber si Neil hubiese matado realmente a Patrick Emmerton si yo no hubiera estado allí, -dice Carraway- si realmente habría sido capaz de llegar a ese extremo, pero mi conclusión es que la muerte de aquel hombre era inevitable, ya estaba escrita mucho antes de que ocurriese, y que yo no cambié nada, sencillamente aceleré el proceso. Como siempre he hecho al no entender mi destino, ahora me dejo caer por completo en las manos de escritor. Que él haga lo que quiera conmigo, él ha sido el culpable de que yo esté aquí esta noche, y tengo ganas de saber el porqué, tengo ganas de saber qué tiene ahora planeado para mí.

- Señor Carraway -dice Bigelow-, entiendo que esté afectado, pero necesito que ahora me diga el verdadero nombre del asesino de Patrick Emmerton. Recuerde que tenemos un trato...

- El caso es, inspector -dice Carraway alzando la cabeza-, el caso es que esta historia ha hecho que me dé cuenta de algo. El principal asesino de Patrick Emmerton no fue Neil Armstrong, ni yo... fue el mismo Patrick Emmerton.

- ¿Qué? -pregunta Bigelow confuso.

- Esta historia, cualquier historia, la historia en general, es un puzzle que se empieza al revés.

- ¿De qué está hablando? -pregunta Bigelow subiendo el tono.

- Hablo del destino, inspector. Al principio de esta conversación le pregunté si creía en el destino, lo hice por esto... Sabemos que Patrick Emmerton está muerto, e instintivamente culpamos al hombre que estuvo con él antes de su muerte, pero ese hombre, Neil, tan solo fue una herramienta del destino, del escritor, para cumplir lo que tantos años antes ya había sido escrito. Si retrocedemos en el tiempo, acción por acción, Neil no hubiera estado allí de no ser por nuestra conversación aquella noche, y esa conversación no hubiera tenido lugar si no nos hubiéramos encontrado en Nueva York, él no hubiera viajado a Nueva York de no ser porque se le había acabado el dinero de la herencia, y esa herencia no se habría acabado si no se hubiera pasado siete años recuperando el tiempo perdido. ¿Qué tiempo perdido?, el tiempo que se pasó encerrado en McHarmony, ¿y por qué estuvo en McHarmony?, porque sus padres fallecieron en un accidente de tráfico producido por, adivine quién, Patrick Emmerton... Él es el causante de todo esto, él es quien está al principio y al final del puzzle. Patrick Emmerton es el asesino de Patrick Emmerton, y todos los demás tan solo somos piezas que cumplimos nuestra función en el vasto entramado del escritor...

Bigelow mira a Carraway sorprendido. ¿Estaría perdiendo el juicio?, ¿todo ese asunto estaría haciéndole perder la cabeza?

- Entiendo lo que dice... -miente Bigelow-. Pero verá, el cuerpo de policía y las leyes de este Estado no creo que compartan su forma de ver los hechos. Según nuestra legislación, por lo que usted ha contado, Neil Armstrong es culpable de un homicidio, y debe pagar por ello. Usted hizo un trato conmigo, me prometió que me daría el verdadero nombre de Neil Armstrong al final de su relato, pues bien, he esperado pacientemente y ese momento ha llegado. Por favor, señor Carraway, dígame el nombre que busco.

Carraway se queda unos segundos pensativo.

- Está bien -dice finalmente-, un trato es un trato. Supongo que aunque seamos tinta escupida sobre un papel, aunque estemos inevitablemente insertos en la caligrafía de un escritor, todos debemos pagar por nuestras acciones. Neil Armstrong fue mi amigo, me devolvió la inspiración y logró en parte sacarme de la espiral descendente en la que me encontraba. Pero tiene una

deuda conmigo, por su culpa fui testigo de una escena que jamás saldrá de mi cabeza, fui testigo de la muerte de un hombre, y como él dijo: “Todo hombre debe pagar sus deudas, aunque a veces necesiten una pequeña ayuda”. Por eso le diré su nombre –Bigelow se acerca a la mesa empuñando su pluma y su cuaderno, con los ojos brillando de impaciencia-. El nombre del hombre por el que hoy estamos aquí, por el que hemos pasado toda la noche en vela, el verdadero nombre de Neil Armstrong es... -Carraway baja la cabeza avergonzado por lo que está a punto de hacer-. El verdadero nombre de Neil Armstrong es “Aaron Desmond”...

Bigelow apunta con velocidad en su cuaderno, apaga la grabadora, la coge y, sin mediar palabra, se levanta de su asiento, se mete los bordes de la camisa por dentro y se dirige raudo hacia la puerta de la sala de interrogatorios.

- Inspector, -dice Carraway alzando la cabeza- “Des”, llámale “Des”, todos le llamábamos así...

Bigelow no contesta, vuelve a apuntar algo en su cuaderno, abre la puerta, y finalmente, con el trabajo cumplido, abandona la sala.

Capítulo 14

En la sala de interrogatorios Carraway yace recostado sobre la mesa. Se ha desabrochado los dos primeros botones de la camisa y se ha remangado hasta los codos. Han pasado casi cuatro horas desde que Bigelow abandonara la sala, cuatro horas en las que la indignación de Carraway por haber sido dejado allí solo ha ido creciendo poco a poco hasta finalmente transformarse en agotamiento. Harto de hablar con el espejo pidiendo ser liberado, ha acabado claudicando y dejándose vencer por el sueño. Ahora se apoya en su antebrazo sobre la mesa, con los párpados cerrados y el cuerpo inerte, aparentemente dormido. De pronto la puerta de la sala de interrogatorios se abre y Bigelow entra por ella. Se ha puesto la americana, porta una taza de café en cada mano y unas carpetas sujetas entre el brazo y el cuerpo. El ruido de la puerta al cerrarse despierta a Carraway que, como un resorte, se levanta de su asiento y se dirige directamente hacia el inspector.

- Adiós –dice claramente enfadado-. Es hora de que me vaya de aquí.

- Ey, ey, ey... –responde Bigelow-. Cállese señor Carraway, ¿a dónde cree que va?

- ¿Qué a dónde creo que...? Llevo casi cuatro horas aquí metido sin ninguna explicación. ¿Esta es forma de tratar a alguien que acaba de resolverle un caso? Dije que probaría mi inocencia y que le daría el nombre que buscaba, he hecho ambas cosas y ahora es momento de que me marche.

- Sí, tiene razón, y lamento que haya estado aquí tanto tiempo, hemos estado muy liados ahí fuera. Pero le pido que aguante un poco más, hay algo de lo que querría hablarle –Bigelow se acerca a la mesa y deja las carpetas y las

tazas de café-. Adelante siéntese. –señala con la mano hacia una de las sillas.

Carraway mira con desconfianza a Bigelow, no se mueve de su posición.

- Señor Carraway, he estado toda la noche aquí sentado escuchando su historia, tan solo le estoy pidiendo que usted haga lo mismo. Tome asiento y escuche la historia que yo tengo que contarle, ¿es tanto pedir?

Carraway tarda unos segundos en contestar, parece estar pensándoselo.

- Está bien -dice finalmente-. Es justo –se acerca a la mesa y se sienta en su lado-. Pero sea breve, inspector, estoy realmente cansado y me gustaría volver a Nueva York lo antes posible.

Bigelow sonrío. “Sea breve”, cuantas veces habrá pedido él lo mismo durante esa larga noche.

- Ah, y otra cosa –dice Carraway-, necesito que llame a un taxi por mí. Tengo que ir al aeropuerto al salir de aquí y no quiero estar esperando en la puerta con toda la prensa, ya me entiende...

- Ya habrá tiempo para eso –contesta Bigelow-, antes deje que empiece con mi historia –empuja una de las dos tazas de café hacia Carraway.

- ¿No hemos bebido ya suficiente café por hoy?

- Beba solo si quiere, aunque se lo recomiendo, no me gustaría que se quedase dormido.

Carraway alarga el brazo, coge la taza y se la acerca a los labios.

- Acabemos con esto, ¿qué es eso que tiene que contarme? –bebe-. ¿Han encontrado ya a Des?

- En cierto modo... -responde Bigelow.

- ¿Tan rápido? –pregunta Carraway levantando las cejas sorprendido-. ¿Dónde?, ¿México, España, Reino Unido...?

- No exactamente –dice Carraway-, pero vayamos paso por paso. Quizás yo no sea tan poético y profundo como usted al contar mi historia, pero la contaré de todos modos –da un trago a su café-. Mi historia comienza en el momento en el que salí de esta sala hace cuatro horas. Con mis notas en el cuaderno, la conversación grabada y el nombre del asesino, fui directamente a la zona de expedientes policiales. Con la ayuda de tres de mis hombres, Scott, Adams y Handerson, despachamos un centenar de carpetas en busca de Aaron Desmond, hasta que finalmente lo encontramos. Era una ficha breve y sin ningún detalle, que seguramente fue hecha tras la muerte de sus padres. Tan solo ponía su nombre, su situación de huérfano y un teléfono de contacto. Por ahora solo sabíamos que había alguien que tenía el mismo nombre que usted nos había dicho y que, como en su declaración, era huérfano. Pero somos policías, hacen falta más indicios para poder pasar a la acción, así que lo siguiente que hicimos fue llamar al número que aparecía en la ficha y... ¡Bingo! ¿Sabe de qué número se trataba? –Carraway levanta los hombros de forma interrogativa-. Era el número de su querido McHarmony. El policía que hizo esta ficha hace ya tantos años puso ese teléfono de contacto previendo que el pequeño Aaron Desmond pasaría muchos años en aquel orfanato. – Bigelow saca de una de las carpetas una hoja amarillenta, teñida por el paso del tiempo, y se la acerca a Carraway. Carraway la coge, la mira de arriba abajo y la deja sobre la mesa. Es una ficha escueta, sin siquiera una fotografía de la persona a la que hace referencia.

- ¿De verdad era necesario todo eso? –pregunta Carraway-. ¿Es qué no creía lo que yo le había contado, mi palabra no era suficiente?

- No es eso, señor Carraway –contesta Bigelow tranquilo-. En nuestro trabajo se nos exige rigor y profesionalidad, y un solo testimonio no es suficiente, es necesario contrastarlo para poder aceptarlo. Y eso era lo que estábamos haciendo. Una señora se puso al otro lado de la línea y habló en nombre de todo el orfanato McHarmony. Le pregunté por Aaron Desmond y ella reaccionó al instante: “Aaron Desmond, sí, un chiquillo encantador, muy trágico lo de sus padres, era como un soplo de vida en el orfanato, siempre tenía una sonrisa en la cara...”.

- Sería la señorita Monteith, la segunda del señor Hoffman, supongo que

pasaría a hacerse cargo del orfanato cuando él murió. Bueno, a estas alturas me imagino que más que una señorita, ya será una señora.

- No importa quien fuese -dice Bigelow-, lo importante es que conocía al muchacho. Pregunté más datos sobre él y me dijo que se fue en el ochenta y cuatro y que fue un golpe duro para todos los demás internos porque le habían llegado a coger mucho cariño. “Hasta yo lloré cuando se fue”, dijo riendo. Aquello nos valía, ahora que teníamos un contraste podíamos pasar a la acción. Aaron Desmond era quien usted había afirmado, y por lo tanto era culpable de un doble robo y de un asesinato. Era momento de hacer llamadas importantes... En primer lugar llamamos al Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, más concretamente a los eficientes chicos de la comisaría “120 Precinct”. Les avisamos de que teníamos información fiable que afirmaba que un asesino podía estar en esos momentos en su ciudad, y que debían detenerlo. Les facilitamos el nombre y, con la profesionalidad de la que hacen gala, nos aseguraron que harían todo lo que estuviese en sus manos, que descubrirían donde vivía y le detendrían lo antes posible. La verdad es que no teníamos ninguna esperanza en que eso ocurriera, nos imaginábamos que el último lugar en el que estaría Aaron Desmond era en Nueva York, supusimos que ya habría comenzado su huida hace tiempo y que ahora encontrarle iba a ser una tarea casi imposible. Tras la llamada, y con el objetivo de hacer esa huida algo más difícil, llamamos a Control de Aduanas y dimos orden de que Aaron Desmond fuese detenido si intentaba atravesar cualquier frontera. Poco después de colgar, a eso de las siete y cuarto de la mañana, mientras pensábamos cual iba a ser nuestro siguiente paso, recibimos una llamada inesperada. Era del Departamento de Policía de Nueva York, no habían pasado ni veinte minutos desde nuestro aviso y ya nos estaban devolviendo la llamada... Sorprendente. “Ha sido coser y cantar”, dijo el inspector Steele desde la comisaría Precinct, “ese tío ni se lo ha visto venir, estaba durmiendo plácidamente en su piso del centro cuando mis hombre entraron...”.

- ¿En serio? –dice Carraway resoplando-. Des... ya sabía yo que no tenía madera de criminal...

- Eso pensamos nosotros –dice Bigelow-. Creímos que ese hombre incluso quería ser detenido. No sólo no se había movido de Nueva York, sino

que además estaba durmiendo tan tranquilo...

- No sé, tal vez efectivamente quería ser cogido. La verdad es que no quiero saberlo. Le repito, inspector, que ese hombre es mi amigo, y si le soy sincero preferiría no saber qué ocurre con él a partir de ahora, porque sé que no va a ser bueno... Así que si eso es de lo que usted quiere hablarme, no creo que quiera escucharlo.

- No, tranquilo, no es ese el motivo por el cual le estoy contando esto. Usted está aquí por lo que el inspector Steele añadió a continuación. “Ya está esposado y metido en un coche patrulla, dirigiéndose a la comisaría”, dijo, “mis hombres me han contado que la mujer y la hija del acusado han preparado un verdadero circo con sus gritos mientras se lo llevaban. Pero eso ya no importa, lo tenemos...”.

- ¿¡Su mujer y su hija!?! –exclama Carraway sorprendido.

- En efecto. Adelaine Desmond y su niña de seis años Josephine Desmond.

- Pero... pero... -tartamudea Carraway-. Él me dijo que estaba soltero, me dijo que casarse no entraba dentro de sus planes, ¿y usted me está diciendo que mientras Aaron afirmaba aquello, tenía a una niña de seis años en casa? Me estaba mintiendo...

- Eso fue exactamente lo que creímos nosotros, creímos que sencillamente, por algún motivo, Aaron había decidido no contarle a usted todos los detalles sobre su vida privada. Bueno... para serle sincero esa no fue nuestra primera hipótesis, lo primero que pensamos fue que el inspector Steele y sus hombres se habían equivocado de hombre, así que inmediatamente le dijimos que tal vez había habido un error, que nuestro sospechoso era presuntamente soltero. “Este es vuestro hombre”, contestó Steele convencido, “no hay más personas con ese nombre en esta ciudad, además, nos informasteis de que en su ficha de Bedford estaba anotado que era huérfano y que había pasado casi toda su infancia en el orfanato McHarmony. Le hemos preguntado para estar seguros y, en efecto, conoce ese orfanato, dice que estuvo allí desde los once hasta los dieciocho años. No hay duda, es vuestro hombre”.

Carraway parece no estar escuchando lo que Bigelow dice, mira con la vista perdida hacia abajo.

- Pero... ¿Por qué iba a mentirme sobre algo así?, no tiene sentido. Éramos amigos, no se miente a los amigos...

- La amistad es algo muy complejo, señor Carraway, vaya usted a saber por qué un hombre hace lo que hace. Nuestra labor era determinar si aquel sujeto era culpable o no del asesinato de Patrick Emmerton, el hecho de que a usted le hubiese mentido sobre su estado civil la verdad es que nos daba igual, era casi una anécdota. Le pedí al inspector Steele que por favor nos permitiesen hablar con el acusado por teléfono en cuanto llegasen a la comisaria. “De acuerdo”, dijo, “os mando también toda la información que tenemos sobre él en nuestra base de datos por Fax” –Bigelow da un trago a su café-. A las siete y media de la mañana nuestro equipo de Fax comenzó a pitar con un frenesí que no habíamos contemplado en años. La verdad es que rara vez lo habíamos usado, ya le he dicho que los pueblos de los alrededores son lugares muy tranquilos. Sólo tuve un par de minutos para ver la ficha del señor Desmond antes de que sonase de nuevo el teléfono. Durante esos escasos segundos me quedó claro que debíamos ser más eficientes a la hora de elaborar nuestras fichas aquí en Woburn, que debíamos aprender de ellos, porque aquella ficha lo tenía todo...

Bigelow rebusca en sus carpetas, saca una y se la entrega a Carraway. Carraway la abre y comienza a leer de un lado al otro con rapidez.

- Es él -dice Carraway sin levantar la vista del documento-. Aquí está todo lo que le conté. Hasta hay una fotografía. Lo único que no cuadra es lo de su mujer y su hija. Se casó en el noventa y tres y tuvo a su hija en el noventa y cinco... Increíble.

- También nos enviaron información de su mujer y su hija, pero tan solo nos sirvió para ratificar que realmente ese hombre estaba casado y tenía una niña, nada más. Con esa información nos parecía incluso peor que hubiese llevado a cabo dos robos y un asesinato, un padre de familia debería estar con la familia, no entre rejas...

- ¡Un momento! –exclama Carraway con la vista en el documento-. Aquí dice que trabaja actualmente en la empresa de coches “Mercedes”, eso no puede ser.

- ¿Por qué no iba a poder ser? –pregunta Bigelow- si usted descubrió que no trabajaba en “ClockWorld”, ¿por qué no iba a trabajar en Mercedes?

- No lo entiende, inspector, aquí dice que lleva trabajando en Mercedes desde hace nueve años.

- ¿Y qué?

Carraway resopla.

- ¿No se acuerda de cuál fue mi deducción para determinar que Aaron Desmond había sido en realidad el hombre que había cometido aquellos dos? –Carraway espera unos segundos a que Bigelow conteste pero no lo hace-. En su historia, el protagonista se vengaba de sus dos jefes que le habían despedido, así que supuse que los motivos de Aaron serían los mismos, que las dos personas a quienes había robado eran sus anteriores jefes.

- ¿A dónde quiere ir a parar, señor Carraway? –pregunta Bigelow perdido.

- Aaron Desmond nunca ha sido despedido, entonces, ¿quiénes eran aquellos dos hombres a los que robó?, ¿cuáles eran sus motivos para hacer lo que hizo? –Carraway habla realmente confuso.

- No sé... -dice Bigelow pensativo-. Supongo que tiene razón, pero verá señor Carraway, le seré sincero, en aquel momento nos daban igual aquellos dos robos, ¿qué es un robo frente a un asesinato? Estábamos totalmente centrados en la muerte del señor Emmerton, si había cabos sueltos, ya los ataríamos más adelante...

- Algo no encaja... -dice Carraway en bajo, inmerso en sus pensamientos-. Y si... ¿Y si no fue una coincidencia que él y yo nos

encontrásemos en Nueva York, y si él quería algo de mí desde el principio e hizo todo lo posible para que nuestros caminos se cruzasen?, pero, ¿qué podría querer él de mí?

- Creo que está dejando volar la imaginación, señor Carraway, permítame que siga con mi historia y ya hará usted después las deducciones que crea precisas –Carraway no contesta, sigue concentrado-. Continuaré de todos modos... -dice Bigelow-. Como ya le he dicho, pasadas las siete y media de la mañana, justo después de que llegara el Fax con la información de Aaron Desmond, recibimos una llamada de la comisaria de Precinct, el acusado ya había llegado y ahora nos permitían hablar con él por teléfono. Sonaba exactamente como me había imaginado, como usted lo había descrito - Carraway levanta la cabeza-. Su voz era fuerte, con carisma, transmitía seguridad en sí mismo a pesar de estar esposado. Lo primero que dijo fue: “¿Es usted el que me va a explicar qué diablos hago aquí?”. Le comuniqué que estaba acusado de un homicidio en primer grado. “¿¡Homicidio!?”, exclamó con indignación, “¿De qué está hablando?, ¿por qué iba yo a matar a alguien?”. Parecía realmente perdido. Le dije que el hombre en cuestión era Patrick Emmerton. “¿Quién demonios es Patrick Emmerton?”, dijo con vehemencia, “no he escuchado ese nombre en toda mi vida...”.

Carraway se levanta de su silla alterado. Resopla y se pasa las manos por la cabeza.

- No quiero seguir escuchando esto –dice nervioso-. No quiero seguir escuchando tantas mentiras... -respira agitadamente-. Ese hombre está enfermo, me ha mentido a mí y ahora intenta mentiros a vosotros. Creía que era mi único amigo pero no he podido estar más ciego... Es un embustero manipulador, nada más.

- Tranquilo señor Carraway -dice Bigelow con calma-. Vuelva a sentarse, ¿no pensará que me creí sus palabras, verdad? Había algo en esa voz que era extraño, era demasiado consciente de su inocencia a pesar de estar detenido, me recordaba a usted, prepotente en una situación que muchos considerarían límite. Pero verá, señor Carraway, la mentira es una parte fundamental en mi trabajo, puedo presumir de que, tantos años en esta profesión han logrado que sea capaz de detectarla y acabar con ella. Por aquí

han pasado hombres que, a pesar de saber que no tenían opción de salir libres, seguían mintiendo, criminales que habían llegado a creerse sus propias mentiras. Supuse que me había topado con alguien así en cuanto escuché a Aaron Desmond, y también supuse que tanta confianza en sí mismo era en parte gracias a que la conversación era por teléfono, y que ya se le bajarían los humos cuando la conversación tuviese lugar cara a cara.

- ¿Entonces no le creyó? –pregunta Carraway un poco más tranquilo.

- No –contesta Bigelow-, pensé que tan solo estaba alargando desesperadamente lo inevitable, como tantos otros –Carraway vuelve a sentarse-. Ahora era momento de preguntarle por usted. “¿Conoce a Arthur Carraway?”, dije. Tardó unos segundos en responder. “Sí, coincidimos en el orfanato, de niños.”, contestó, “¿Por qué lo pregunta?”. “¿Sólo le conoce de la infancia, no han vuelto a tener contacto desde entonces?”, volví a la carga. “No”, dijo con seguridad. –Carraway suspira cansado- “¿Seguro que no ha vuelto a verle nunca más?”, le estaba poniendo las cosas fáciles. “¿Qué está insinuando?”, preguntó confuso, “leo la prensa, ¿sabe?, sé que aquel chico tímido que conocí en McHarmony acabó labrándose un nombre como escritor, también sé que tras viajar por el mundo acabó aquí, en Nueva York, ¿pero qué tiene que ver eso conmigo?, ¿qué si le he visto otra vez?, pues quizás, esta ciudad es muy grande y está llena de gente. Es posible que le viera hará algo más de dos meses, pero ni siquiera estoy seguro, tan solo fue un instante y no llegué a reconocerle en el momento.”

- ¿¡Cómo!?! –exclama Carraway indignado-. Me están entrando ganas de vomitar... ¿Cómo alguien puede ser tan embustero?

- Cállese, cálmese –dice Bigelow-, ya le he dicho antes que no me creí ninguna de sus palabras.

- Pero es que no es sólo que mintiese, es que se estaba burlando de usted al decirle eso. ¿Cómo que me vio hace cosa de dos meses pero que no me había reconocido? , ¡si fue él quien me llamó desde detrás...!

- Tome -dice Bigelow acercándole a Carraway el zippo por encima de la mesa-. Fúmese un cigarro, le vendrá bien para relajarse.

Carraway mira el zippo durante unos segundos, tendido sobre la pulida superficie, y finalmente lo coge. Saca un Winston de su cajetilla de tabaco, y, con las manos temblorosas de ansiedad y cansancio, se enciende el cigarro.

- Bien -dice Bigelow-, le sentará bien, ya verá. Proseguiré con mi historia –hace una pausa para apurar el café-. Después de aquello le pregunté qué había estado haciendo la noche del veintidós de Febrero y él contestó que no salió de casa, que había estado viendo una película con su mujer y con su hija. Como me imaginaba, no había forma de comprobar esa coartada así que di la tanda de preguntas por finalizada. Tras aquella conversación tan poco reveladora de apenas quince minutos, y con el convencimiento de que aquel hombre no solo me estaba mintiendo, sino que me estaba tratando como si fuese estúpido, decidí tomarme aquello como algo personal. Debía demostrar que el sospechoso estaba engañándonos, costase lo que costase... Durante veinte minutos le estuve dando vueltas a cómo podía probar que realmente había habido una conexión entre ustedes dos durante los últimos meses, y probar así que Aaron estaba mintiendo. Finalmente di con el modo...

- ¿Cuál? –pregunta Carraway inclinándose hacia adelante.

- Su bar –contesta Bigelow-. Por lo que usted me ha contado, solo hay un lugar en el que ambos coincidiesen más de una vez: su bar. Así que quizás el barman de aquel lugar fuese el único testigo de sus encuentros. Tenía que dar con él...

- Muy bien, inspector -dice Carraway con sinceridad-. Bien pensado, el señor Donelli les diría la verdad.

- Sí, pero le recuerdo que usted en ningún momento nos proporcionó ningún dato sobre aquel bar. De hecho, esta ha sido la primera vez que dice el nombre “Donelli” en esta sala. Así que tuvimos que revisar su declaración en mi grabadora en busca de indicios que pudiesen servirnos para dar con el bar.

- ¿Por qué no volvieron a la sala de interrogatorios dónde me habían dejado abandonado para preguntármelo?

- Se nos pasó por la cabeza, pero supuse que usted no nos proporcionaría la información que buscábamos. Supuse que repetiría que Aaron Desmond era su amigo y que ya había cumplido con su trato, que no diría una palabra más que pudiese seguir perjudicándole.

- Al parecer Aaron Desmond no es mi amigo, él mismo lo ha dejado muy claro, tan solo fingía ser mi amigo. Les habría ayudado a cogerlo si me lo hubiesen pedido.

- Ya, pero usted ha llegado a la conclusión de que Aaron Desmond no era realmente su amigo después de esta conversación. En ese momento usted seguía creyendo que ese hombre era quien decía ser, hubiéramos tenido que contarle todo lo que habíamos descubierto para hacerle cambiar de opinión.

- Sí, supongo que tiene razón –dice Carraway tirando la ceniza en su taza de café aun sin terminar-. ¿Encontraron finalmente el bar?

- No fue fácil -contesta Bigelow-, pero sí, lo encontramos. Nos basamos en que ese bar debía estar cerca de su edificio porque usted iba andando, en que su edificio era de fachada clásica y colindaba con Central Park, y en que dijo que su bar tenía la puerta negra, un cartel de color verde trébol y las letras de color oro. A partir de aquella información, y tras unas cuantas llamadas y búsquedas, dimos con el susodicho local.

- El “Irish Temple Pub” –dice Carraway en bajo.

- En efecto, el “Irish Temple Pub”, lo encontramos. Ahora sólo debíamos hacer una llamada, quizás la llamada más importante en todo este caso.

- ¿Hablaron con el señor Donelli?

- Sí, habíamos conseguido el número del propietario del bar y la idea era pedirle a él que nos ayudase a contactar con el barman. Pero no hizo falta porque resultó que el propietario y el barman era la misma persona: el señor Donelli. Se notaba que no estaba acostumbrado a hablar por teléfono, porque hablaba excesivamente alto, como si estuviese sordo. Deduje por su voz que tendría entre sesenta y sesenta y cinco años, pero que padecía de una senilidad

precoz, hablaba conmigo como si nos conociésemos de toda la vida. “Claro que conozco al señor Carraway”, exclamó cuando le pregunté, “un gran cliente, de mis preferidos... pero reconozco que tengo predilección por los pocos que piden absenta, hacen que recuerde los buenos tiempos...”. Hablaba sin pausa. “¿Sabe usted que el tal Carraway es un tipo famoso?”, continuó, “yo me enteré hace poco, escribe cuentos o algo así, ya decía yo que sus camisas eran de tela buena, raro en la gente que frecuenta mi local. Pero yo encantado eh, es un honor que venga gente rica y famosa aquí, cualquier persona es siempre bienvenida”. Le pregunté si alguna vez le había visto a usted quedar con alguien en su pub. “La verdad es que suelo entablar buenas relaciones con mis clientes, ¿sabe?”, dijo, “pero con el señor Carraway no fui capaz, parecía un tipo solitario y depresivo, como si tuviese un problema con el mundo que sólo mi alcohol pudiese solucionar. Cada vez venía con más frecuencia y bebía más. Se sentaba siempre en una mesa de la esquina solo a beber hasta que ya no podía seguir y se marchaba.” “¿Y nunca hablaba el señor Carraway con nadie?”, volví a preguntar, “Ahora que lo menciona”, dijo haciendo un esfuerzo, “en los últimos meses he visto algo un poco extraño que tiene que ver con el señor Carraway”. Le pedí que continuase. “Verá”, dijo, “no sé si debería contarle esto, no quiero que uno de mis mejores clientes parezca un bicho raro, y menos después de su gran propina...”. “¿Gran propina, bicho raro?”, pregunté confuso. “Sí, el señor Carraway tiene el récord por darme la propina más abultada que jamás he recibido” –el semblante de Carraway comienza a ensombrecer ante la confusión, pero Bigelow sigue hablando-. “Fue hace apenas tres días”, continuó, “dejó sobre la mesa, encima de la bandeja con la cuenta un sobre lleno de dinero y después se marchó sin decir una palabra...”.

- ¿Qué? –dice Carraway con solo un hilo de voz-. Ese dinero se lo di a Aaron, jamás lo dejé sobre la bandeja con la cuenta.

- Eso pensé yo -dice Bigelow-, y sin llegar a comprender del todo qué era lo que aquel hombre estaba diciendo volví a preguntar. “¿Y qué era eso extraño que había notado en el señor Carraway?”. “Repito que no quiero que parezca un bicho raro”, dijo, “no le di mucha importancia porque supuse que aquello tenía que ver con la cantidad de alcohol que se metía en el cuerpo, pero un par de veces en los últimos meses le vi hacerlo”. “¿Hacer el qué?”, pregunté por última vez. “No lo diga por ahí”, dijo el señor Donelli bajando el

tono, “pero el señor Carraway habla solo...”.

- ¿Cómo? –balbucea Carraway paralizado.

- Yo también tardé unos segundos en darme cuenta de lo que las palabras del señor Donelli significaban en realidad. Señor Carraway, jamás estuvo con Aaron Desmond en el Irish Temple Pub...

Esas palabras caen pesadas, incomprensibles. Se clavan en Carraway como perdigones.

- ¡No! –grita con vehemencia, aplastando el cigarro entre sus dedos de la exaltación-. ¡De eso nada! ¡Miente, el señor Donelli miente! –baja la vista respirando agitadamente, mueve los ojos de un lado al otro-. También está en esto, Aaron y el señor Donelli, ambos están metidos en esto... Aaron debió pedirle que mintiese por él, es todo un engaño... -Bigelow observa sin decir una palabra como Carraway habla sin control alguno-. Todo estaba preparado desde el principio –continúa diciendo-. Aaron quería encontrarse conmigo en Nueva York, e hizo todo lo posible para que eso ocurriese, ¿pero por qué?, piensa, piensa... ¡Por mi fama!, sí, eso es, por mi fama. Él quería compartir mis éxitos, quería parte de mi fama desde el principio, sí, claro...

- Señor Carraway -interrumpe Bigelow hablando con calma. Carraway deja de hablar y levanta la cabeza con la cara teñida de un intenso tono rojizo-. Señor Carraway, el señor Donelli es un hombre sencillo y tranquilo que no tiene nada que ver con esto, acepte la realidad, si alguien ha mentido en esta historia... no es él.

- ¡Pues le aseguro que yo tampoco miento! –grita Carraway-, y nuestras versiones chocan.

- Yo no he dicho que usted mienta –dice Bigelow sin alterar el tono.

- ¿¡Entonces qué diablos está insinuando!?! –pregunta Carraway con fuerza.

- Insinuó que, como usted dijo, “cuando lo improbable queda descartado,

lo imposible comienza a no serlo tanto”.

- ¿Qué está diciendo? –contesta Carraway cambiando su tono del enfado al miedo.

- Que usted efectivamente no ha mentado, me ha contado fielmente lo que vivió con Aaron Desmond, solo que aquello que vivió... jamás sucedió realmente.

Carraway tarda unos segundos en digerir esas palabras.

- No –mueve los labios sin lograr que le salga la voz- Se equivoca...

- Me equivoqué al pensar que Aaron Desmond estaba mintiendo, -dice Bigelow fríamente-. No me di cuenta de que en esta historia había una posibilidad que ni siquiera se me había pasado por la mente. Recordé a sus amigos Jade, Edgar y Emilie y todo cuadró para mí. Ellos aparecieron de la nada, fueron creados por su cabeza para combatir la tristeza y la soledad que sentía tras la muerte de su madre. Comprendí que en Nueva York, al volver a sentirse igual de desdichado, perdido y solo, su cerebro repitió el mismo truco para que no acabar perdiendo el juicio. Pero el remedio fue mucho peor que la enfermedad.

- Se equivoca –repite Carraway con la voz temblorosa- Aaron Desmond existe.

- Claro que Aaron Desmond existe –contesta Bigelow-. He hablado con él hace unos minutos. Usted le conoció en McHarmony y le convirtió casi en una divinizada figura paterna. Cuando se marchó sintió la pena de haber perdido por tercera vez a un padre, y eso le empujó a escribir. Cuando se cruzó con él en Nueva York, aunque sólo fuera por un instante, su memoria le obsequió con su presencia, y su cabeza relleno los huecos que hacían falta para de nuevo, crear a un amigo. Señor Carraway, usted y el señor Desmond se cruzaron realmente hará algo más de dos meses en “Pearl Street”, pero Aaron jamás se dio la vuelta, lo que ocurrió a continuación tan solo es fruto de su imaginación.

- Se equivoca –dice de nuevo Carraway con los ojos peligrosamente húmedos.

- Usted buscaba desesperadamente historias sobre las que escribir, y su mente se las proporcionó, de un modo que jamás nadie hubiera podido prever. Basándose en la momentánea imagen que había visto de Aaron, su cabeza trajo de vuelta a esa figura del pasado tan significativa para usted e hizo que le contase historias sobre las que poder escribir. Usted creía no tener imaginación, pero se equivocaba, tiene una imaginación hiperactiva, Piense en Edgar, piense en Jade, piense en Emily. Usted mismo dijo que aún es capaz de ver sus rostros al cerrar los ojos. No lo entiende, su imaginación es tan poderosa que puede crear personajes tan reales para usted como lo soy yo, llenos de vida y de detalles.

- Pero... -susurra Carraway-, pero entonces... Patrick Emmerton...

- Patrick Emmerton es seguramente una persona totalmente inocente, estamos buscando su ficha en estos momentos, aunque le advierto casi con total seguridad que no creo que tuviese nada que ver con el fallecimiento de los padres de Aaron Desmond. Y ahora está muerto. Usted le mató...

- Yo... yo... -las lágrimas comienzan a correr por la cara de Carraway. Le cuesta respirar-. Yo... no. No podría.

- Sí, sí podría –dice Bigelow-. Hemos llamado a expertos y les hemos contado los detalles de este caso. Señor Carraway, es usted un paranoico delirante con imaginación hiperactiva, tantos años en soledad han hecho que nadie se dé cuenta... la progresiva intoxicación a la que sometió a su cabeza con tanta absenta agravó su situación hasta las alucinaciones. Por suerte decidió quedar con su visión de Aaron en un lugar público, en el “Irish Temple Pub”, si no fuera por eso, nadie podría haber sido testigo de sus delirios. Iba allí, bebía, hablaba solo, y volvía. Usted me contó cómo su padre le miró cuando descubrió que los amigos de su hijo no existían realmente, cuando le vio hablar solo en la cocina... pues así, con una extrañeza similar, el señor Donelli le veía conversar consigo mismo durante horas. El sobre con dinero que dejó en la mesa confirman que usted estaba solo aquella noche en la que supuestamente había quedado con Aaron.

- Pero... -llora Carraway-. Yo no soy un asesino... ni tampoco un ladrón.

- En cuanto al asesinato, nadie más estaba allí la noche que el señor Emmerton murió. Por lo que me ha contado, usted creyó verlo todo en tercera persona, pero no, lo estaba viendo en primera. Lo estaba viviendo. Voló a Bedford con una prisa endiablada, creyendo que en sus manos estaba la posibilidad de detener un asesinato, cuando la realidad era que usted iba a ser el brazo ejecutor. En cuanto vio lo que había hecho, su cabeza dijo basta, y no pudo hacer más que desmayarse.

- No es posible... -dice Carraway hundiendo la cabeza entre las manos.

- En cuanto a los dos robos, aún no hemos investigado mucho, pero todo apunta a que el patrón se repite. En la misma noche que el supuesto Aaron le contó su historia sobre el ladrón vengativo, usted fue al aeropuerto y la llevó a cabo.

- ¿Al aeropuerto? –pregunta Carraway alzando la cabeza.

- Sí -contesta Bigelow-, hemos pedido información sobre su cuenta bancaria, y hemos descubierto que en la noche del ocho de Febrero, la noche en la que, según usted, quedó con Aaron Desmond para que él terminase de contarle la historia de los dos robos, usted pagó con tarjeta un vuelo de ida y vuelta en el aeropuerto a las diez y media –Bigelow saca de una carpeta una hoja con la información de su cuenta bancaria. Carraway la mira atónito.

- Pero... ¿a dónde? –pregunta.

- Aún no lo sabemos, tan solo estábamos comprobando que usted también era culpable de los robos. En su declaración usted me dijo que estaba ansioso por escribir su historia, que tenía pensado ponerse a ello en cuanto Aaron le contase el final, pero que se emborrachó tanto que fue incapaz de empezar aquella noche, que se fue directamente a la cama y durmió durante casi treinta horas. Pues me temo, señor Carraway, que dormir no fue exactamente lo que hizo aquella noche...

Las lágrimas de Carraway comienzan ahora a precipitar desde su rostro hasta la mesa. El cigarro que había empezado a fumarse mientras aún se creía un hombre cuerdo, antes de que todo su mundo se viniese abajo, humea al borde de extinguirse. Vuelve a hundir la cabeza entre las manos.

- Ha vuelto a ocurrir –susurra-. Otra vez... otra vez no... Edgar, Jade, Emilie, Des... No puede estar pasando otra vez...

- Lo siento, señor Carraway –dice Bigelow tratando de parecer compasivo-. Es usted una persona enferma, pero también es un asesino y un ladrón, y debe pagar por ello.

- ¡¡No!! –grita de pronto Carraway poniéndose en pie con una violencia inesperada- ¡No, no y no!, ¡No puedes hacerme esto, no puedes hacerme esto ahora, no me merezco esto!

Sus lágrimas rodean la comisura de sus labios y con cada uno de sus gritos saltan hacia el suelo. Bigelow se levanta asustado ante la violencia del hombre que tiene delante. No sabía cuál iba a ser su reacción ante todo aquello, pero en ningún momento se había esperado algo así. La tranquilidad y la prepotencia del hombre con el que ha estado conversando toda la noche se ha convertido de pronto en recriminación.

- Señor Carraway, debe pagar por sus actos, aunque no haya sido consciente de ellos. Será llevado a un lugar donde pueda recibir la ayuda que necesita.

- ¡No! –continúa gritando Carraway haciendo caso omiso a las palabras de Bigelow-. ¿¡Esto es lo que tenías preparado para mí!? después de tanto tiempo, ¿¡esto es lo que querías de mí!?

Bigelow se aleja de Carraway hasta chocar con la pared que tiene detrás. Mira atónito a ese hombre gritando como un loco. Al principio pensaba que él era el objetivo de sus potentes gritos, pero ahora empieza a comprender lo que verdaderamente está ocurriendo, entiende que sus palabras cargadas de cólera y dolor no van dirigidas hacia él, sino hacia alguien que siempre estuvo ahí, presente en la vida de Carraway, en su historia: esas palabras van dirigidas hacia el escritor...

- ¡Te odio! –grita Carraway con la vista fija en el techo de la sala-. ¡Te odio, te odio, te odio! ¡Tú, has sido tú, el único maldito culpable de todo esto eres tú! ¡Lo tenías planeado desde el principio!

La intensidad de lo que está viendo hace que Bigelow se sobrecoja. Hace una señal con la mano hacia el espejo pidiendo ayuda, ya ha tenido bastante. Segundos después la puerta se abre y entra por ella un hombre vestido con el uniforme de la policía y envuelto en un elegante traje.

- Está teniendo una crisis de ansiedad –dice el hombre trajeado-, hay que reducirle ahora mismo –sus palabras suenan mudas entre las de Carraway.

- ¿¡Por qué, por qué!?! –continúa gritando con la voz totalmente rota, mirando al techo como si no fuese consciente de lo que ocurre a su alrededor.

El policía uniformado saca las esposas de su cinturón y da un paso hacia Carraway pero Bigelow le detiene. Ambos hombres se miran un segundo, sobran las palabras. Bigelow coge las esposas y se acerca a Carraway lentamente.

- ¡Durante todos estos años me has guiado hasta aquí!... ¿¡Hasta esto!?! – ahora no llora, ríe, ríe con una intensidad enfermiza-. ¿Esta era tu gran broma, la que tanto tiempo has tardado en preparar? ¿¡Por qué!?!

Bigelow se coloca detrás de Carraway y le pone las esposas. El frío contacto del metal en sus muñecas hace que Carraway despierte momentáneamente del trance en el que estaba inmerso. Mira a Bigelow fijamente, muy cerca, con el semblante desencajado y los ojos cargados de miedo, incomprensión, furia, desesperación...

- ¿Por qué? –repite ahora susurrando muy suavemente, con las lágrimas empañando su cara.

- Lo siento pero todo hombre debe pagar sus deudas... -contesta Bigelow moviendo a Carraway hacia la puerta de la sala.

Carraway vuelve a reír, al principio suavemente, pero comienza a subir

progresivamente el tono, ríe como un maniático. El policía uniformado le toma el relevo a Bigelow y continúa llevando a Carraway hacia la puerta.

- ¡Tu gran broma! –exclama hacia el techo mientras abandona la sala.

El hombre del traje sale detrás de ellos. Bigelow se queda quieto, en el centro de la habitación, tratando de asumir lo que acaba de pasar. Las risas y los gritos de Carraway se escuchan ahora en la lejanía, provenientes del pasillo. Bigelow baja la cabeza y se acerca a la puerta, se coloca bajo el umbral, se da la vuelta y echa un último vistazo. Observa durante unos segundos el asiento que el huérfano, el solitario, el gran escritor, el millonario, el alcohólico, el paranoico, el ladrón, el asesino Arthur Carraway ha estado ocupando toda la noche. Cierra los ojos durante unos segundos y suspira. Finalmente abandona el lugar cerrando la puerta tras de sí.

Las luces de la sala de interrogatorios se apagan quedando así bajo el total silencio y la total oscuridad. El escritor, orgulloso ante la culminación de su plan, levanta el dedo índice sobre teclado, y con seguridad presiona la última tecla. La tinta impregna la superficie del folio en forma de punto. En forma de punto y final.

Epílogo

Puntos suspensivos...

El sol ilumina con intensidad al pequeño y tranquilo pueblo de Woburn. Alumbra pero no logra calentar las primeras horas de la fría mañana de invierno. En la entrada de la comisaría, un coche acaba de aparcar, y de su interior sale un hombre que luce un traje nuevo y una sonrisa de oreja a oreja. Se trata del recién ascendido comisario Bigelow. Camina con la cabeza bien alta, con seguridad en sus pasos hacia la puerta de entrada. Una algarabía de vítores y aplausos resuena por toda la comisaría en cuanto entra. Todos sus compañeros están allí, celebrando su ascenso, celebrando la resolución de su gran caso. La sonrisa de Bigelow se hace incluso más grande. Se sonroja ante tal demostración de cariño y se acerca a ellos para dar las gracias. Su compañero Collins se aproxima con una tarta en la mano.

- ¡Felicidades, comisario Bigelow! –dicen todos al unísono-. ¡Gran trabajo!

Bigelow sigue sonriendo y dando las gracias. En realidad no le gusta tener tanta gente alrededor, sabe que ha hecho un buen trabajo y no necesita que nadie esté constantemente recordándoselo, pero se muestra contento de todos modos. Lo mismo ha tenido que hacer ante la prensa que estos días ha estado tan insoportable, pero no le importa, sabe que su fama es solo pasajera...

- El que encerró al gran Arthur Carraway –exclama Scott dándole una

palmada en el hombro-. Un trabajo impecable. Acaba de salir en la prensa: Carraway ha sido internado esta mañana en el sanatorio mental de “West Mind” a la vista de un juicio. Enhorabuena.

- Gracias, gracias de verdad a todos –dice Bigelow sonriendo-, pero ya sabéis que no acaban de gustarme estas cosas. Ahora volvamos al trabajo, hay muchos cabos sueltos que debemos atar.

Vuelven a aplaudirle y Collins le da un plato con un trozo de tarta. Bigelow lo coge, coge también una taza de café y se dirige hacia su nuevo despacho. Abre la puerta como puede, entra, y la cierra con el pie. Deja el plato y el café en la mesa y se quita la americana. Se da una vuelta por el despacho, comprobando que es mucho más espacioso y está mejor iluminado que el anterior. Todas sus cosas han sido traídas y están amontonadas en el suelo y sobre los estantes. “Manos a la obra”, susurra para sí mismo sentándose en su nueva y mullida silla. Alguien ha dejado la ficha de Patrick Emmerton metida en una carpeta sobre su mesa. Coge la taza de café y le da un sorbo mientras observa el documento. Se dispone a abrir la carpeta y comenzar a leer cuando alguien llama a la puerta.

- Adelante –dice Bigelow alzando la vista.

Las bisagras rotan con lentitud y aparece el agente Crowel.

- Buenos días comisario -dice desde el marco-. Le traigo lo que me pidió. Por fin encontré la información sobre los dos robos de los que Arthur Carraway es presuntamente culpable. Fue fácil, tan solo tuve que buscar sobre robos que hubiesen terminado en incendio y directamente encontré el doble allanamiento con robo y vandalismo que usted me describió –Crowel se acerca con una carpeta en la mano y la deja sobre la mesa-. Por cierto, sé que estarás cansado de escuchar esto, pero enhorabuena por el caso, no creo que ninguno de nosotros hubiese tenido la paciencia y dedicación que usted tuvo con ese tipo, y tampoco nos hubiéramos dado cuenta de qué era lo que realmente estaba ocurriendo. Ha sido un verdadero ejemplo de profesionalidad...

- Gracias Crowel –dice Bigelow sonriendo sinceramente- Por cierto,

¿quién ha traído esto aquí? –pregunta Bigelow señalando hacia la ficha de Patrick Emmerton.

- Fue Handerson, ¿recuerda que no le encontrábamos en nuestros archivos a pesar de ser un residente de Bedford?, pues resulta que su ficha se traspapeló... Handerson se ha pasado aquí toda la noche buscándola hasta que ha dado con ella.

- Dale las gracias de mi parte –dice Bigelow sorbiendo su café.

Crowel hace un gesto con la cabeza en señal de aprobación, se da la vuelta y se dirige hacia la salida.

- Crowel, -dice Bigelow antes de que se vaya- tengo curiosidad, ¿dónde tuvieron lugar al final los dos robos?

Crowel se da la vuelta.

- Pues mucho más cerca de lo que pensábamos –contesta-. Tuvieron lugar aquí, en Middlesex, en el pueblo de Concord, al lado de Bedford. Justo fuera de nuestro alcance.

Bigelow se queda en completo silencio al escuchar esas palabras. Crowel abandona el despacho cerrando tras de sí. ¿Por qué la mente de Carraway habría elegido un lugar así para llevar a cabo los dos robos?, tan cerca de Bedford... Bigelow quiere creer que sencillamente se trata de una coincidencia, pero su cabeza se lo impide, en su trabajo hay que asumir que las coincidencias no existen. Abre la carpeta que Crowel acaba de dejar sobre la mesa y comienza a leer. Ve fotografías del montón quemado de dinero, de las dos puertas forzadas y de las casas en cuestión. Lee el informe redactado por la policía local, expertos y testigos oculares. Todo parece ser exactamente igual a como Carraway lo había relatado en su declaración. Comienza a pasar páginas del documento tan solo mirándolas por encima y llega a la última parte del informe: las víctimas. Saca las dos hojas que hacen referencia a cada una de las víctimas y las pone frente a sí, cogiendo una hoja con cada mano. A la derecha, un tal Alfred Carter, que por la foto aparenta tener treinta y muchos, pero que según la información tiene cuarenta y seis. A la izquierda,

Jeremy Nielsen, de apariencia similar y edad parecida, cuarenta y ocho. Después de mirar las fotos durante unos segundos, la vista de Bigelow comienza a bajar lentamente por la información de la primera víctima. De pronto sus dedos aprietan con fuerza el papel. Deja las dos hojas con violencia sobre la mesa, se acerca a ellas y comienza a leer con los ojos muy abiertos. “No es posible”, dice mientras mueve la vista de una hoja a la otra. “No puede ser...”. Hay algo que ha llamado poderosamente la atención de Bigelow y que no es capaz de comprender. En ambas fichas, en el apartado de ocupación aparecen exactamente las mismas palabras: “Editor jefe de la editorial LookBook”. Bigelow ha escuchado eso antes, y sabe cuándo, dónde y en boca de quién. Esos dos hombres no son víctimas aleatorias, Carraway conocía a esos dos hombres. Fueron los que leyeron los primeros libros de Carraway y decidieron publicarlos, los que fueron a hacerle visitas al orfanato mientras le trataban como si fuese la gallina de los huevos de oro. Claro que vivían cerca de Bedford, porque trabajaban allí... pero, ¿por qué motivo Carraway llevaría a cabo esos dos robos? De pronto las palabras de Carraway, nítidas y claras, resuenan en la cabeza de Bigelow haciéndole comprender la situación: “cuando les anuncié a los editores que tenía pensado tomarme un descanso escribiendo y que tardaría un tiempo en volver a llevarles otro trabajo decidieron que era el momento perfecto para desvelar mi identidad. No pensaron en que podían estar destrozando la vida de un adolescente, no tuvieron en consideración todo el dinero que les había hecho ganar, sencillamente se centraron en sus malditas ventas, que parecía ser lo único que realmente les importaba...”.

Bigelow se levanta de la mesa alarmado y se pasa las manos por la cabeza. Había cometido un gran error enviando a Carraway al sanatorio mental de “West Mind”. No cometió aquellos dos robos sin ser consciente como le había hecho creer, estaban mucho más planificados de lo que nunca había podido imaginar, porque aquellos dos hombres no eran personas cualesquiera, aquellos dos hombres tenían una deuda con Carraway, una deuda de dinero, no podía ser una coincidencia que su mente le hubiese llevado hasta ellos, había tenido que ser plenamente consciente de lo que estaba haciendo. “Todo hombre debe pagar sus deudas”, resuena en la cabeza de Bigelow, “aunque a veces necesiten una pequeña ayuda...”. Aquellos dos hombres tenían una deuda de dinero con Carraway, por haber vendido su identidad al mundo, y Carraway les había hecho pagar esa deuda con la misma moneda.

“Las deudas de dinero se pagan con dinero, y las de sangre se pagan con sangre”, se repite Bigelow en bajo. “La sangre... con sangre...”. Bigelow abre mucho los ojos. Aquello quería decir que... Quita las hojas que hay sobre su mesa que hacen referencia a los dos robos y coge frenético la carpeta de Patrick Emmerton, la abre y comienza leer con rapidez. “¿Qué es esto?”, pregunta subiendo el tono, “¿qué diablos significa esto?”. La ficha del señor Emmerton no es una ficha normal, es una ficha policial. Los ojos de Bigelow van de una línea a la siguiente a gran velocidad. “Encarcelado en la prisión de Burlington durante diez años”, “problemas de alcoholismo”, “homicidio imprudente”, aquel hombre tampoco era una víctima aleatoria, era el hombre que había descrito Carraway en su relato, por lo que hasta ahora ha leído encaja con la descripción que proporcionó sobre el culpable de la muerte de los padres de Aaron Desmond. Pero eso no es posible, porque sus hombres han estado repasando viejas fichas y han descubierto que los padres de Aaron Desmond habían muerto al salirse de la carretera mientras volvían del teatro. No había ningún responsable, había sido un accidente producido por una distracción, no por otro conductor, así que, ¿quién demonios era ese hombre, y por qué su descripción coincidía con la de la historia de Carraway? De pronto los ojos de Bigelow se detienen en seco. Acerca más el documento hacia su cara. Comienza a releer una y otra vez unas líneas del informe, como si no fuese capaz de creerlas. Finalmente suelta la carpeta que cae al suelo desperdigando las hojas a su alrededor, se deja caer en su silla, mira hacia arriba y comienza a reír. “Embustero, embustero, embustero...”, dice riendo. “Me engañaste, me engañaste por completo...”. En una de las hojas caídas, la clave por la cual Bigelow ahora ríe yace boca abajo: “Anterior ocupación de Patrick Emmerton: jefe de seguridad en la fábrica de piezas de coches ‘Frank & Sons’. Acusado de homicidio imprudente tras comprobar la presencia de alcohol y otras sustancias estupefacientes en su sangre el mismo día que uno de sus compañeros de trabajo fallecía en un accidente laboral. Nombre de la víctima: Liam Carraway”.

Bigelow sigue riendo en alto, mirando hacia el techo, ríe porque ha comprendido la verdadera complejidad de lo ocurrido. Esas palabras en el informe son la última pieza de un rompecabezas perfectamente ensamblado. Patrick Emmerton era el supervisor del padre de Carraway y, el día que murió, fue borracho a su puesto de trabajo permitiendo así que tuviera lugar el accidente que acabó con su vida. Carraway lo sabía desde el principio, sabía

a la perfección quién era el señor Emmerton, y sabía la tremenda deuda que tenía con él, una deuda de sangre... Las palabras de Carraway resuenan en la cabeza de Bigelow: “Diez años no eran suficientes, el tiempo es tiempo y la sangre es sangre. Y por mucho que la sociedad hubiese dictaminado que ese debía ser su castigo, la deuda aún no había sido saldada...”. Todo empieza a cobrar sentido para Bigelow, Carraway siempre tuvo como objetivo saldar sus deudas, la que tenía con los dos editores que habían vendido su anonimato, y la que tenía con el hombre responsable de la muerte de su padre. A la vuelta de sus viajes por el mundo, con nada que alejase su mente del pasado, con el alcohol hundiendo su razón y con la soledad acabando lentamente con su cordura, se dio cuenta de qué era lo que tenía que hacer. En su declaración, Carraway había puesto unas palabras reveladoras en boca de Aaron: “Nunca se lo ha contado a nadie, pero un trauma infantil ha estado alojado en su cerebro desde que tiene memoria, una pequeña zona oscura, que empezó siendo grande y que ha ido mermando hasta convertirse en una mancha casi imperceptible”, dijo, “siempre ha deseado que ese trauma desaparezca, pero lo poco que queda es persistente, y se agarra con fuerza a un dolor ya casi olvidado que lo nutre y asegura su recuerdo... Tras mucho pensarlo, llega a la conclusión de que la solución a su infelicidad y a su miedo es la misma: superar su trauma, cobrar su deuda...”. Bigelow comprende ahora que tras esas palabras Carraway había escondido sus verdaderos sentimientos, sus motivaciones para hacer lo que hizo estuvieron siempre allí mismo, escondidas en boca de un personaje de su historia. Sentía la necesidad de cobrar sus deudas para poder superarlas, y lo planificó todo a la perfección... no podía evitar ser cogido tras lo que estaba pensando hacer, pero eso le daba igual. “Prefería volver a estar encerrado en McHarmony que seguir siendo supuestamente libre en esa ciudad”, había dicho Carraway, “al menos en el orfanato podía escribir...”. No le importaba perder su libertad, porque precisamente era esa libertad la que estaba acabando con él. Quería que le cogiesen, quería estar en esa sala de interrogatorios, quería contar su historia. Por eso llamó a la policía la noche que el señor Emmerton murió, para acabar en la comisaría de Woburn, para que todos acabasen en sus redes. Todo su relato, cada una de sus palabras, cada detalle, estaba planificado para guiar a Bigelow a través de lo que él quería que creyese, y quería que creyese que estaba loco, que sus crímenes no habían sido más que un acto de pura locura, y que su locura era fruto de una extraña vida de soledad y cambio. Carraway había hecho lo que mejor se le daba hacer, lo que llevaba haciendo desde

niño: contar historias. Pero esta vez, en lugar de escrita, había sido oral, había jugado con las creencias de Bigelow, con sus sentimientos y convicciones, le había ido moviendo de una idea a la siguiente, aportando los datos necesarios para que al finalizar su relato, Bigelow dedujese que estaba paranoico. Lo único que le separaba de un plan perfecto era una última interpretación creíble de su locura, y la llevó a cabo al nivel del mejor actor de Hollywood. “Como si hubiese estado practicando mucho para ese momento”, susurra Bigelow. Pero falta una cosa: ¿por qué querría parecer un loco? La respuesta a esa pregunta, como todas las demás, aparece en la mente de Bigelow, directamente proveniente de la declaración de Carraway. “No puedo ir a la cárcel, señor Bigelow”, había dicho, “no creo que pudiese acostumbrarme jamás a compartir habitación con otra persona, y menos si es violenta... preferiría acabar en cualquier otro sitio antes que en la cárcel, la verdad”. Ese era el motivo, cualquier sitio antes que en la cárcel, un sitio como el hospital mental de “West Mind”, alejado de los demás pacientes, interpretando su papel de enfermo. Ahora todas las piezas del puzzle por fin han terminado de unirse.

- Maldita sea –dice Bigelow riendo-. Me la ha jugado desde el principio...

Hace girar la silla ciento ochenta grados para colocarse de espaldas a su nuevo despacho, mirando hacia la ventana. Por algún motivo, la epifanía que acaba de tener sobre Arthur Carraway, aunque ha logrado hacer subir sus pulsaciones y le ha hecho sentirse como un estúpido, también ha logrado llevarle a un estado de tranquilidad casi absoluta. Ríe sonoramente. Carraway jamás sobornó a una mujer en el aeropuerto, ni a los pilotos, ni había tenido que preguntar a los taxistas para descubrir el paradero de Patrick Emmerton, era todo mentira. Y era una mentira tan terriblemente enrevesada e improbable que ni siquiera se había planteado que no pudiese ser cierta, porque si lo que quería era engañarle, habría elegido algo más sencillo. Carraway contaba con eso, había jugado con él como un niño juega con un muñeco... Ahora todos los cabos han sido atados. Y, aunque tarde, ha logrado entender el entramado plan y la entramada mente del gran Arthur Carraway. Bigelow se da cuenta de que prefiere ese final, prefiere que el señor Carraway no esté loco, o por lo menos no lo esté tanto como había aparentado. Se da cuenta de que, la tranquilidad que siente ahora que ha descubierto el verdadero plan de Arthur Carraway es más bien un sentimiento de alivio, y eso sólo puede suponer una cosa: empatía.

Realmente ese hombre, a pesar de lo mucho que había logrado sulfurarle durante una larga noche, había acabado por caerle bien.

- Carraway... -susurra con media sonrisa dibujada en su rostro, mirando el paisaje a través de la ventana- ¿Debería delatar tus verdaderos planes?, ¿debería mandarte a dónde realmente mereces estar?

Como se imaginaba, nuevas palabras de Carraway regresan a su memoria: “Policías... ¿Cuántas veces la rigidez de las leyes nubla vuestra razón?, ¿cuántas veces perdéis la oportunidad de ejercer vuestro propio criterio?”.

- Usted gana señor Carraway –dice Bigelow suspirando-. Mientras esté en ese hospital mental daré su deuda por saldada, no hay motivo para que le amargue más la vida llevándole a prisión, supongo que ya ha sufrido bastante...

Coloca sus manos en la nuca y cierra los ojos relajado. De pronto alguien llama con fuerza a la puerta. Antes de que Bigelow pueda contestar la entrada del despacho se abre. Es el agente Collins.

- Tenemos un asalto a un supermercado en Lexington –dice alarmado- Debemos darnos prisa, comisario.

Bigelow se levanta con rapidez de la silla, se pone la americana y se dirige hacia la puerta. De repente detiene su marcha en seco en medio del despacho.

- Ahora te alcanzo –le dice a Collins-, debo hacer una última cosa.

Collins le mira extrañado, se da la vuelta y a paso rápido abandona la comisaría. Bigelow vuelve sobre sus pasos, se agacha y recoge las hojas de la ficha de Patrick Emmerton, después las junta con la ficha de los dos robos ocurridos en Condor y lo alinea todo con cuidado sobre la superficie de la mesa. Se dirige entonces hacia el triturador de documentos, pone todas las hojas en la rendija y pulsa el botón. El ruido de la máquina sella la decisión que ha tomado. Bigelow se gira un segundo hacia el ventanal de su despacho y mira en la lejanía, hacia el horizonte, hacia donde sabe que está el hospital mental de “West Mind”. Durante un instante intenta imaginar qué estará

ocurriendo con Carraway, qué será de él, pero su mente vuelve a centrarse en el presente. Se abrocha con presteza el segundo botón de la americana y sale corriendo por la puerta del despacho rumbo a su siguiente caso.

...

Ya ha anochecido en “West Mind” y todas las luces del edificio han sido apagadas, todas salvo una. En una pequeña y blanca habitación del ala Norte, un potente haz de luz proveniente de una lámpara de mesa hace frente con valentía a la oscuridad. Bajo él, un hombre contempla una máquina de escribir ansiosa por ser usada. Nadie hubiera podido imaginar lo difícil que ha sido para él llegar hasta ahí. Lo único que le resultó sencillo, hasta reconfortante, fue darle una enorme propina al barman de un pub irlandés, parte fundamental de su elaborado plan... Pero fingir hablar solo, aprenderse de principio a fin un discurso que dura horas, fingir tristeza, fingir desesperación, fingir euforia, gritar como un maniático, y en el fondo, interpretar una locura creíble... no le gustaría repetirlo. Pero ha merecido la pena. “Esto no es la cárcel”, se dice a sí mismo, “esto es el paraíso...”. Una cama, comida, una puerta cerrada con llave por fuera, una máquina de escribir, y la inspiración literaria, últimamente tan esquiva, a flor de piel. No le hace falta nada más. Además no tiene que tomarse las pastillas que los doctores le han recetado, tendría que hacerlo si fuese un paciente normal, pero por suerte no lo es, por suerte es poseedor de una tremenda cantidad de dinero, y como él dice: “todas las personas tienen un precio”, y los enfermeros no son una excepción. A base de dinero ha comprado todas las comodidades posibles, ese es el motivo por el cual su luz es la única que funciona a esas horas de la noche, y ese es el motivo por el cual no será molestado mientras está escribiendo salvo para traerle comida. No se arrepiente en absoluto por los actos cometidos, su conciencia es blanca, albina, sin manchas, porque él no ha matado a Patrick Emmerton, el propio Patrick Emmerton mató a Patrick Emmerton... Si ese hombre no hubiera ido borracho al trabajo, Liam Carraway, su padre, no habría fallecido en la fábrica de piezas de coche “Frank & Sons”, y él no habría acabado en el orfanato McHarmony. Si nunca hubiera ido a ese orfanato, no habría podido

conocer a Aaron Desmond, ni al señor Hoffman, ni tampoco habría empezado a escribir. Si eso no hubiera ocurrido, no habría conocido a los dos editores de LookBook que acabarían teniendo una deuda con él, no se hubiera hecho tan famoso por sus libros, y no se hubiera visto obligado a huir de Bedford. No hubiera viajado a Alaska, ni a Madagascar, ni a Grecia, ni a Mongolia, ni a Nueva Zelanda, ni a Guinea Ecuatorial, ni a Bután... Si no fuera por el señor Emmerton, jamás hubiera acabado en Nueva York, y si no hubiese acabado en Nueva York, nunca se hubiera cruzado con Aaron Desmond en “Pearl Street”. Claro que le reconoció al instante, y claro que no se dio la vuelta, de hecho aceleró el paso, no quería que aquella figura de su pasado le viese en ese estado tan deplorable en el que había acabado a causa de la mala vida. No se dio la vuelta por respeto a sí mismo, pero aquel momentáneo reencuentro le hizo pensar, le hizo darse cuenta de qué era lo que tenía que hacer, un elaborado plan comenzó a coger forma dentro de su cabeza.

Patrick Emmerton estaba al comienzo, y también estaría al final, así debía ser, ese era su destino, él tan solo sería una herramienta. La muerte de Liam Carraway por culpa del señor Emmerton generó una historia que tan solo podía acabar con la muerte del culpable. Y así fue. El único pecado del hombre que ahora ocupa esa habitación del ala Norte del hospital mental “West Mind” fue mentir, fue tergiversar un poco el final de la historia, el final de su historia, la historia de su vida. No podía cambiar el destino del señor Emmerton, pero sí su propio destino, y la cárcel no podía ser una opción. “West Mind”, por el contrario, es un lugar perfecto para continuar su viaje, para continuar su caminar ahora libre de las ataduras del pasado, y en el fondo, el lugar que siempre supo que el escritor tenía preparado para él.

Contempla impaciente la máquina de escribir que tiene frente a sí. Se queda unos segundos pensativo, en busca de un nombre indicado con el que llamar a su historia. Sonríe, lo ha encontrado. Teclea dos únicas palabras, que quedan impresas en lo alto del primer folio. Se imagina la sensación que tendrá cuando acabe su historia, esa sensación de satisfacción hacia una obra terminada, esa sensación de la que tantas otras veces ha disfrutado. No quiere adelantar acontecimientos, para él la meta es tan placentera como el propio camino. Deja la mente en blanco y se dispone a comenzar, sabe que cuando lo haga, ya no habrá nada que pueda pararlo, las palabras que está a punto de escribir no provendrán de él, sino a través de él, como siempre han hecho. Sin

darse cuenta desvía un poco su mente para recordar la figura del inspector Bigelow. Es incapaz de no sonreír, aquel hombre ha sido su confidente durante una larga noche que ninguno de los dos olvidará jamás. Ese hombre, pase el tiempo que pase, al igual que el señor Hoffman, al igual que Erik, que Denes, que Patrick Emmerton, al igual que el mismísimo Aaron Desmond, ocupará siempre un lugar en su cabeza, y ocupará un preferente lugar entre las páginas de su vida. Tendrá su propio capítulo en un relato que nunca dejará de narrar.

Finamente vuelve a concentrarse, suspira y posa los dedos sobre teclado. La tinta comienza a impregnarse con velocidad, letra a letra. Sus manos se mueven solas bajo la luz de la lámpara y la luz de la luna, como si tuviesen vida propia. El escritor, Arthur Carraway, cierra los ojos y disfruta, sabe que ni siquiera necesita tenerlos abiertos, porque a partir de ahora su cabeza hará el resto, y las palabras, precisas y ordenadas, seguirán impregnándose sobre el papel. Una por una:

“Un hombre de mediana edad se halla sentado sobre una silla metálica y bajo un elegante y oscuro sombrero. A su alrededor, diez metros cuadrados de pálidos suelos, techo y paredes le privan de cualquier tipo de iluminación natural. Cuatro fluorescentes suplen esa lacra tiñendo la habitación con un breve abanico de incómodos blancos. Sonríe, por algún motivo sonríe, como si fuese plenamente consciente del lugar que ocupa y de lo que está a punto de pasar...”

El escritor

por Gonzalo Carretero Contreras

Sobre el Autor

Mi nombre es Gonzalo Carretero Contreras, nacido y criado en un pueblo a las afueras de Madrid. Desde que tengo uso de razón, escuchar y contar historias ha sido mi mundo. El cine y la literatura han sido excelentes compañeros durante mi crecimiento, y de ellos nace mi insaciable necesidad de narrar. A los ocho años, empecé a traducir mi imaginación en palabras por primera vez. Con gusto, aporreaba torpemente las teclas de mi destartado ordenador: un cacharro más antiguo que el fuego, que tardaba en iniciarse un cuarto de hora, y que no acabó antes en la basura por el sentimiento nostálgico que generan las primeras cosas. Como miembro más joven de la casa, el ruidoso aparato terminó sobre mi mesa, recogiendo polvo y, como segundo plato, mis infantiles palabras. Desde entonces, han cambiado los medios, y sin duda ha cambiado la mirada de ese chico que tecleaba jactándose de su propia ineptitud, pero la actitud es, y seguirá siendo la misma: de la imaginación al papel.

Empecé a escribir a los ochos años, y jamás dejaré de hacerlo.

Reconocimientos:

- Ganador del segundo premio en el concurso de Relatos breves del Colegio Sagrado Corazón (2008) con el relato “Navidad”.

- Ganador del primer premio en el concurso de Relatos breves del Colegio Sagrado Corazón (2012) con el relato “La próxima vez me compraré una camiseta...”.

- Ganador del primer premio en el I Concurso Literario y Artístico de la fundación Apascovi (2013) con el relato “Como el ángel...”.

- Ganador del tercer premio en el II Concurso Literario y Artístico de la fundación Apascovi (2014) con el relato “Abraham y Baco”.

- Ganador del segundo premio en el III Concurso Literario y Artístico

de la fundación Apascovi (2015) con el relato “**Paso a paso**”.

- Ganador del primer premio en el IV Concurso Literario y Artístico de la fundación Apascovi (2017) con el microrrelato “**El susurro**”.

- Segundo finalista en el II Certamen de Relatos sobre la Mujer (Red Mariposa) (2017) con el microrrelato “**Guerrera**”.

- Mención especial y premio en el XIII Certamen de Relato Corto “Doris Lessing” (2017) con el relato “**Al compás del viento**”.

- Ganador del tercer premio en el Octavo Concurso “Caminos de la Libertad” para jóvenes en México (2017) con el relato “**Camino de libertad**”.

- Finalista en el Primer Certamen de Relato Breve “Residencia de mayores Campiña de Viñuelas” con el relato “**Contra el olvido**”.

Obras:

- *El escritor*

- *Palabras entre andenes*

- *Al séptimo día*

- *La vida de los Años*

- *La vida inesperada de Constance La Roux*